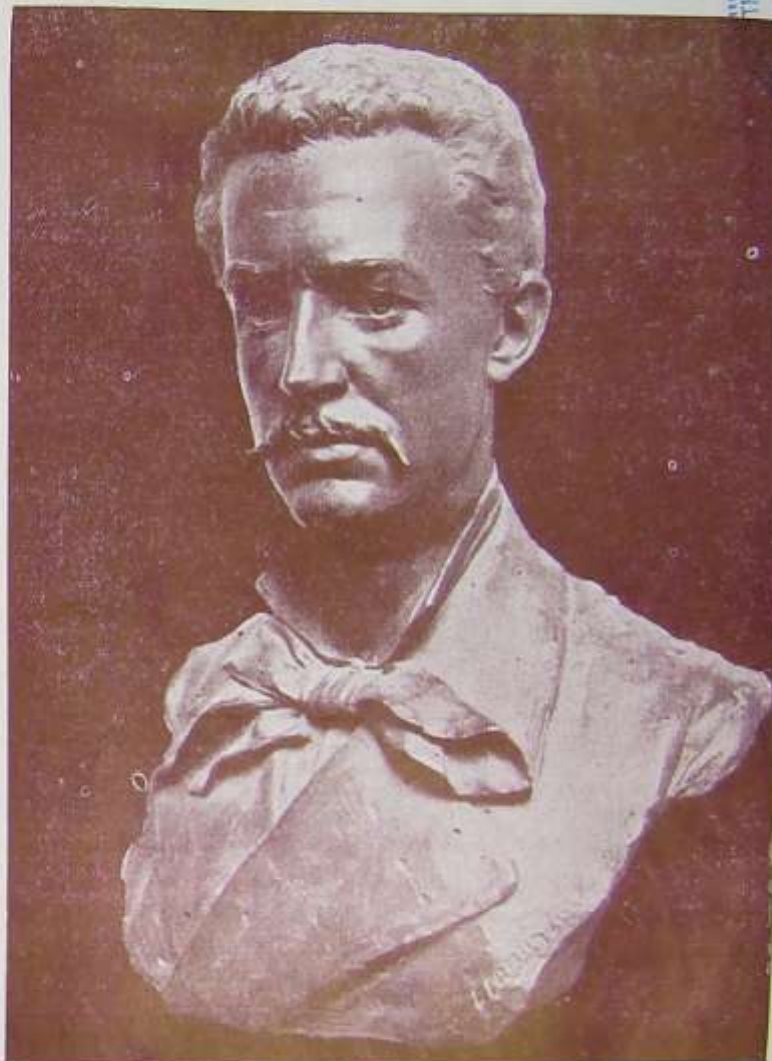


AMERICA

Nos. 17 y 18



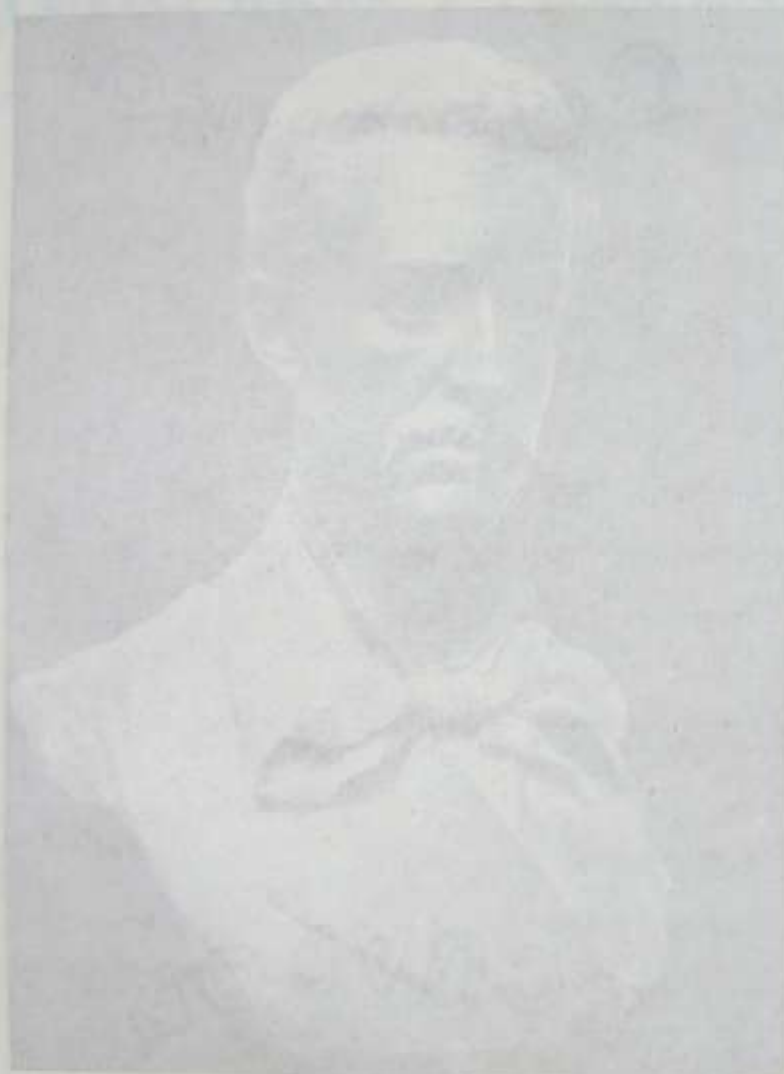
Bronce de Michalet

JUAN MONTALVO

Valor \$ 0.60

AMERICA

Nos. 17 y 18



JUAN MONTALVO

Valor 2.00

AMERICA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA
de Literatura, Ciencias y Artes

Dirección:

Alfredo Martínez

Guillermo Bustamante

Hernán Pallares Zaldumbide

Augusto Arias R.

Director Artístico:
Nicolás Delgado



Isidro Ayora
Para la Revista América

Sr. Dr. Dn. Isidro Ayora

Presidente Provisional de la República, quien,
en toda ocasión, prestó su valioso apoyo para
el desenvolvimiento de las letras ecuatorianas.
AMÉRICA presenta su profundo reconocimiento por
la magnífica acogida que supo dar al Concurso Literario
promovido con ocasión del XCV aniversario del nacimiento
de Don Juan Montalvo.

Año II

Literatura,
Ciencias y Artes

AMÉRICA

REVISTA MENSUAL
ILUSTRADA

Nos. 17 y 18

MARZO y ABRIL
Quito-Ecuador-1927

El Concurso Literario de "América"

EL CONCURSO literario promovido por esta Revista en conmemoración del nacimiento de Don Juan Montalvo ha tenido una entusiasta acogida por la joven y fervorosa intelectualidad de toda la República, quien ha respondido con el aporte de apreciables trabajos que dicen mucho en bien de la cultura literaria del país.

Y NO podía suceder de otro modo tratándose de celebrar el advenimiento al mundo de una de las más altas y consagradas figuras intelectuales de América, a cuya memoria se acaba de tributar en la más letrada de las naciones europeas, el más justo y rotundo de los homenajes. La juventud ecuatoriana, la juventud pensante, aquella que vive ya en pleno dominio de su conciencia y para quien el culto al autor de los SIETE TRATADOS no es otra cosa que noble gratitud de discípulos fieles para con el recuerdo augusto del Maestro en cuya palabra tuvo nuevo sentido la verdad y cuya enseñanza trajo ignorada luz a sus espíritus, no podía, a menos de aparecer deslayada e ingrata, negarse a festejar con música de lirás una fecha solemne por su significación.

POR más de un motivo nuestra admiración y nuestro reconocimiento están obligados a perpetuar la memoria de aquel apóstol de la libertad, infatigable luchador contra las tiranías. Dejando a un lado al impecable estilista de habla castellana; desatendiendo al pensador ilustre embebido de la más moral de las filosofías, pasemos a admirar el más trascendental de sus aspectos y el que más directamente nos atañe. Al recorrer el vasto horizonte de la historia patria, dos figuras cobran un imponente relieve de cumbres solitarias sobre el bélico teatro de nuestras libertades: ellas son Bolívar y Montalvo: dos pasiones combatientes, tenaces, irreductibles, puestas al servicio de un glorioso ideal de redención para cinco naciones esclavas y para miles de conciencias oprimidas. Mientras el uno en los tajantes filos de su espada prócera deseslabona la cadena de los realistas opresores y nos da la independencia americana, el otro, más tarde, héroe también en las rudas batallas del pensamiento contra los tiranos y los déspotas, contra la protervia y la ignominia, contra la estulticia y la ignorancia, con su pluma que mata destrona verdugos y rasga la negra página del sectarismo fanático, haciendo alborear en los espíritus la libertad de conciencia.

ESTE fue el hombre cuyo nacimiento cumplió el 13 del presente el nonagésimo quinto aniversario; por eso la revista AMÉRICA, consecuente con su incansable afán de conservar siempre viva en la juventud intelectual de la patria la influencia tutelar del más castizo de sus escritores, ha querido celebrar esta clásica fecha con un caballeresco torneo del "Libro".

Y YA que el éxito del concurso ha producido grata impresión en los ánimos, quiero agregar algo concerniente a la poca importancia que a la producción literaria se ha dado entre nosotros.

EN otros países —aun en aquellos cuyo rol en el mundo de las letras los nivela con el nuestro— mucho más cuidadosos del desarrollo intelectual de su pueblo y más francamente decididos a apoyar todas las bellas y nobles manifestaciones del espíritu, no es raro que la labor literaria halla siempre en el público un favorable ambiente de simpatía que la estimule y, amén de considerarla como la más eficaz y laudable cruzada en bien de la cultura y del progreso, sea remunerada con el elogio de la crítica y el favor de los lectores. Pero aquí, desgraciadamente, sea porque nuestra curiosidad libresca nos haya llevado a abreviar en fuentes más puras de literatura extranjera; sea porque, desdénosos de lo propio, hayamos mirado siempre con desconfianza y desapego cualquiera expresión del arte nacional, lo cierto es que, hasta hace poco, la actitud del medio para con la obra artística autóctona, ha sido, si no de desprecio, de una glacial indiferencia. Y si a esto se añade la falta de casas editoras, las dificultades insuperables que la formación del libro opone al empeño individual, tendremos la causa única y verdadera de la escasez bibliográfica ecuatoriana.

Uno que otro libro, aislado caso de amor de los autores, aparecido de tarde en tarde, constituye un lujo de adinerados para la tradicional insolencia-bohemia de la privilegiada raza de Apolo.

DE ahí que la producción literaria, dispersa en diarios y revistas, haya sido pronto echada al olvido, salvo aquello que piadosas manos amantes cuidaron de coleccionar para distraer los ocios ensoñadores de alguna alma cultivada.

POR eso el apoyo del señor Presidente Provisional de la República, Dr. Dn. Isidro Ayora, al premiar con dos hermosas medallas de oro y, sobre todo, con la edición, las obras materia del Concurso declaradas de más alto mérito por el Jurado Calificador; lo mismo que la cooperación entusiasta del I. Municipio de Ambato y de la Sociedad "Juan Montalvo", concediendo otra preciosa medalla y sendas colecciones lujosas de libros a los escritores victoriosos, son una voz de aliento y de esperanza al esfuerzo creador.

Y está bien, que alguna vez siquiera, algún Gobierno, alguna ilustre Corporación, algún grupo de hombres inteligentes, adopten una laudable actitud protectora de las Letras y que, dentro de un amplio criterio comprensivo, lleguen al convencimiento de que la grandeza de una nación está también en la mentalidad de su pueblo, en el ingenio de sus escritores, en la opima cosecha de libros que en instructiva misión de acercamiento se exporta a otros países como un mensaje fraterno de arte y de espiritualidad.

Guillermo Bustamante

Acta del Jurado Calificador DEL *Concurso Literario Nacional*

promovido por esta Revista, con motivo del nonagésimo quinto aniversario del nacimiento de Don Juan Montalvo

EN QUITO, a veinte de Abril de mil novecientos veinte y siete y en el salón de sesiones de la Sociedad Jurídico Literaria, reunido el Jurado Calificador del Concurso Literario promovido por la Revista "América" en conmemoración del nacimiento de Don Juan Montalvo, dictaminó por unanimidad y en la siguiente forma sobre la adjudicación de premios a los trabajos presentados:

PREMIOS del señor Presidente Provisional de la República, doctor Isidro Ayora, consistentes en dos medallas de oro y en la edición de las obras premiadas: a la novela intitulada "Plata y Bronce" de Félix Marvel, correspondiente a Fernando Chávez; y a la colección de versos intitulada "Poemas" de Romántico, correspondiente a Augusto Arias.

Premio del Ilustre Municipio de Ambato, consistente en una medalla de oro, al poema "San Francisco de Quito" de Velivolo que corresponde a Hugo Moncayo. Premios de la Sociedad "Juan Montalvo", dos lotes de libros: para la colección de versos llamada "El Afán" de Manuel Abril, que corresponde a Carlos Dousdebés, y para los sonetos "Canto a Montalvo" de Un Cantor Desconocido, que corresponde a Telmo N. Vaca.

El Presidente del Jurado, (f.) **José Austria**

Los Vocales: (f.) **Isaac J. Barrera, Luis F. Veloz
y Jorge Hübner Bezanilla**

El Secretario, (f.) **Guillermo Bustamante**

VENCEDORES EN EL CONCURSO LITERARIO NACIONAL



Sr. Fernando Chávez

autor de la novela «Plata y Bronce»



Sr. Augusto Arias

autor del libro «Poemas»

Los Sres. Chávez y Arias obtuvieron las hermosas medallas ofrecidas por el Dr. Isidro Ayora, Presidente Provisional de la República, y la publicación de las obras premiadas por cuenta del Estado.



Sr. Hugo Moncayo

«quien se adjudicó la medalla de oro del M. I. Municipal de Agüero por su poesía «San Francisco de Quito»



Sr. Carlos Dousebés

premiado con un lote de obras ofrecidas por la Sociedad «Juan Montalvo» por su libro de poemas «El Año»

(La fotografía del Sr. Telmo N. Vaca no hemos podido conseguir)

DISCURSOS

pronunciados en la Velada Literario-Musical, verificada en el Teatro Sucre con motivo de la entrega de los premios a los vencedores en el Concurso Literario Nacional promovido por esta Revista con ocasión del XCV aniversario del nacimiento de Don Juan Montalvo

DISCURSO

del Sr. Ministro de Instrucción Pública,
Dr. Carlos Ordeñana C.

Señor Presidente de la República, señores Ministros de Estado, Miembros del Cuerpo Diplomático, señores y señoras:

Los entusiastas jóvenes redactores de la Revista "América", auspiciados por la Sociedad "Juan Montalvo", han querido en esta noche, al par que rendir el homenaje de su admiración al Insigne Maestro, premiando a los triunfadores en el concurso literario promovido con tan noble fin, demostrar en forma práctica sus sentimientos de amor y conmiseración a la humanidad que sufre, a ese grupo numeroso de compatriotas, para quienes la vida es de perpetuo dolor y llanto, porque lejos del mundo, rechazados por él con repugnancia, no tienen más esperanza ni ilusión que la del descanso final que vendrá a librarles de sus torturas infinitas, dedicando, a aliviar su triste situación, el producto de la velada. (*) Por ese motivo, señores, he venido aquí, olvidando mi propia humildad, a decirles breves palabras que serán de pobre y débil elogio al genio y de íntima gratitud a quienes han sabido obligar mi reconocimiento con la gentil invitación de dar principio a esta fiesta de Arte y de Filantropía.

No llevo la presunción de decirles nada nuevo acerca del ilustre varón cuya memoria honramos en este acto; se ha escrito tanto sobre su vida y obra, tanto se las ha estudiado, investigado, alabado o condenado por

(*) El producto de la función se destinó a los *lazarinos de «Verde Cruz»*.

admiradores y enemigos, que ya no sería necesidad sino locura manifiesta el que yo quisiera, en esta vez, hacer de ellas un estudio serio y concienzudo, y menos cuando me dirijo a vosotros, espíritus cultos y refinados, admiradores del gran escritor al que tan bien conocéis.

Muy pocos serán los americanos, y aún los hombres de la Europa latina que, sabiendo leer, no conozcan algo de Montalvo. Su fama de escritor castizo y elegante, la aureola que prestó a su nombre su romántica e incesante lucha por la libertad y la justicia, en todas sus formas; sus terribles ataques contra los vicios alentados o disimulados ya sea bajo el sayal de un falso discípulo de Cristo o la relumbrante guerrera de un soldadote brutal; los destierros de toda su vida; la inquebrantable honradez de sus convicciones, a las que sacrificó su fortuna, su tranquilidad y su existencia toda; la estoica rigidez de su conciencia que, en las miserias del ostracismo, le hace desear tentadores ofrecimientos de Legaciones, Ministerios, etc. y hasta la simple ayuda económica que le brindara un Presidente americano, solo por no aceptar nada de los despotas a quienes combatía; su titánica contienda con esa personalidad trágica y sombría, pero grande, que se llamó García Moreno, hasta los mismos ataques de sus enemigos, las calumnias, las diatribas de que fue víctima, todo en fin, ha contribuido a presentarle ante el mundo como a uno de los hombres más ilustres, como a uno de los escritores más eminentes y como a una de las almas más puras y mejor templadas de la humanidad.

Pero es preciso también convenir en que, como ocurre con todos los grandes hombres, mucho se ha fantaseado al rededor de su vida y de su obra. Ya, hace algunos

años, Rufino Blanco Fombona en un estudio sobre el ilustre ambateño, se expresaba así: "La vida de Montalvo, la verdadera vida, los detalles, nos son casi desconocidos a todos, y una vegetación de leyendas empieza a florecer sobre la tumba del maestro y a desfigurar aquella fisonomía. Estas leyendas que trepan como enredaderas sobre la estatua y la ocultan a los ojos del que pasa y quiere observar, no son sino desviaciones de la gratitud y la admiración. En vez de plantar un árbol junto a la tumba del maestro hemos plantado un bosque. El hecho tiene mucho que hacer en torno de esa tumba. La gran lección de ese apóstol, la gran moral de ese ejemplo, la gran verdad de esa vida deben aprovecharse intactos y escuetos. Es necesario que la podadera termine con toda la vegetación lujuriosa de falsedades tropicales y que aparezca una obra digna de perdurar, una vida de Montalvo y un examen íntimo de sus obras. Los admiradores del maestro nos deben esos libros. En América, debemos convencernos de que no basta producir varones ilustres, que es necesario merecerlos, honrarlos, estudiarlos y mantener encendido el fuego de Vesta en torno de aquellos nombres que lo merezcan, entendiéndolo por tal fuego, no el aplauso desacordado e ininteligente, sino la escudriñadora mirada que explica lo que advierte y el afecto vigilante que como grano de sal, guarda en sazón lo que sin ese grano de sal vendría a parar en cuerpo maldito. Es así por medio de esa cadena de solidaridad entre las generaciones como los muertos nos gobiernan desde el fondo de sus tumbas, como no hay solución de continuidad en las letras de un pueblo, como el alma nacional se acentúa, como el arte y los artistas pueden tener historia en Hispano-América".

Perdonad señores, lo largo de la cita; pero esas hermosas palabras, son las que en mi concepto, constituyen todo un programa rebosante de sinceridad y patriotismo. He allí la obra a que debéis dedicaros, a que estais obligados y a la que estamos todos obligados a contribuir y ayudaros en la medida de nuestras fuerzas.

Bien está que honremos a nuestros hombres ilustres, erigiéndoles estatuas, bautizando ciudades y calles con sus nombres y con otros medios semejantes, porque ellos ayudan por su misma materialidad, a mantener en el alma popular latente el culto y cariñosa intención; pero descuidar por esto los otros medios más importantes para conseguir el mismo objeto es grave

error. Y cuando se trata de hombres como Montalvo, la necesidad es aun mayor, pues por la calidad misma de su obra no fue creada para ser popular. Es Montalvo escritor tan castizo, tan elevado y a veces su pensamiento tiene una tal trascendencia y su erudición tan inmenso caudal, que el vulgar conocimiento y el gusto popular no lo comprenden y le esquivan. Necesario es, pues, explicar su obra, hacerla más atrayente con la narración sencilla y veraz de su vida, que así y todo, resulta una novela interesantísima y edificante; hacer llegar hasta el pueblo al que tanto amó, el alma de este romántico aristócrata del pensamiento, de este hombre de nuestras montañas que pudo mirar sin emulación las tranquilas bellezas del pensamiento helénico y las virtudes cívicas de los romanos, porque las poseía, unidas a la tormentosa fogsidad de los grandes revolucionarios del 93 y a la altivez indomable de nuestros padres, no los españoles, digámoslo con orgullo, sino los nobles indios de esta noble tierra americana.

No se me oculta que para esta obra se requiere gran patriotismo; de ese patriotismo que no grita por las calles, que no forma algaradas estruendosas, que no pide ni da sangre, pero que es mucho más grande que éste, mejor, más productivo, más difícil de realizar, y, por lo mismo, desgraciadamente, menos común. Dar la vida por nuestra Patria en un momento cualquiera, en el campo de batalla, entre el estruendo de las armas y el fragor de la lucha, no es difícil, no debe ser difícil. Para realizar este patriotismo, tenemos muchos factores que nos ayudan: el instinto de defensa, los impulsos primitivos que, adormecidos, guarda el hombre como un recuerdo de su prehistórica bestialidad, el contagio mental, y muchos otros, en fin, que nos llevan al sacrificio de nuestra propia personalidad en un momento de aguda crisis. Pero el patriotismo tranquilo y reflexivo, sereno y constante, que no pide un momento de nuestra vida, sino que la exige toda, íntegra, en cada minuto y en cada obra, ese es más difícil y necesita de mayor fuerza de voluntad, de mayor cultura e inteligencia, de mayor abnegación y sacrificio. No negamos la belleza y el mérito que tiene el aspecto heroico del patriotismo militante y fogoso, pero parecemos muy inferior a este de que ahora hablamos, que es el que sostiene al Magistrado probo y honrado en su labor en beneficio de la Patria, a despecho de las calumnias, de las resistencias y emboscadas, y le da fuerzas para realizar sus ideales de

regeneración y bienestar nacionales, o para caer como bueno en la lucha si el destino le depara el fracaso, vencido, pero no humillado, con la tranquilidad de conciencia de haber cumplido su deber hasta el fin; es el patriotismo del maestro en su escuela, del profesor en su cátedra, del sabio en su gabinete o laboratorio, del obrero en su taller y de la mujer en su hogar, dedicados a todas horas a aumentar o mejorar los medios de vida, material y espiritual de los demás hombres, a crear fuerza y riqueza, a pulir espíritus y despertar almas, viendo en cada hombre un hermano sin detenerse en el criminal reparo de si nació en el risco o en la llanura... Es este el patriotismo que animó y sostuvo al propio Don Juan, el que le dio fuerzas para soportar hambres y miserias en tierra extraña, rechazando el oro impuro de los verdugos de su Patria; el que le ayudó a resignarse a pasar la mejor parte de su existencia lejos de su tierra y de su cielo, que tanto amaba y admiraba en su grandiosa majestad y belleza; el que le permitía siempre "hablar como hombre para espanto de los muñecos", de esos trágicos muñecos con sotana, espada o puñal, a los que abofeteaba con su candente palabra.

Si el agradecimiento de los pueblos para con los hombres que por ellos sacrificaron su vida debe manifestarse de algún modo, ninguno, pues, más apropiado en este caso, dados el carácter y obra de Montalvo, que el indicado por Blanco Fombona en las líneas antes citadas; con tanta mayor razón que, al hacerlo así no sólo demostramos amor y gratitud al Maestro sino que realizamos una obra de verdadero, de puro patriotismo; que al explicar la obra del escritor, encontramos los tesoros más puros de la lengua castellana, los giros más armoniosos y atrevidos, a la par que discreto ingenio y donosura en el pensamiento; los más altos ideales morales y cívicos, los ejemplos más asombrosos de honradez y sinceridad en el arte, en la política y en la vida. Y ese estudio nos ayudaría mucho a formar en las nuevas generaciones grandes almas y buenas conciencias.

¿Qué mejor ejemplo educativo que el de este hombre que, autodidácticamente, sin mayores medios, se procura una instrucción asombrosa igualada por sus más ilustres contemporáneos?

¿Qué mejor ejemplo podéis dar, vos, moralista, que el de esta conciencia que parece haber sido creada para demostrar que los ensueños de Kant han podido tener siquiera una vez su realización en la vida; vos, patriota, que el de este eterno

enamorado de la libertad y de la patria; vos, religioso, que el de esta humildad y este amor, netamente hidalgos y castellanos, para con Dios; vos, poeta, que el de la sensibilidad exquisita de esta alma siempre en extática contemplación de la naturaleza, ya de la montañaz y bravía de las orillas del Ambato; ya de la solemne y grandiosa del sonoro mar, ya de la aristocrática y pulida de los jardines de Versalles; y vosotros, filósofos, hombres de ciencia, gramáticos, filólogos y literatos, para aprender y para enseñar que no se encuentren ya en las páginas de oro de los Siete Tratados y de Los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes? Ambato, dichosa cuna de tal hombre, le debe esta recompensa a su amor, y todos los ecuatorianos estamos obligados a aportar nuestro contingente, por pequeño que sea recordando que nuestra patria es una sola, que los montes, y los ríos y las selvas que dividen su territorio, no pueden, no deben dividir su alma. Dedicaros, pues, a esta obra, que es su mismo deleite y provecho lleva el premio del trabajo que costare; enseñad a nuestro pueblo como es digna de amor e imitación la vida de tal varón, que supo resistir los más terribles sufrimientos morales con la misma tranquilidad e inverosímil valor que soportara en su cuerpo, ya casi agonizante, la cruel caricia del hierro, sin lanzar un solo gemido ni quejarse de Dios ni de los hombres; de este hombre que, romántico y griego hasta el fin, cuando sintió llegar la hora suprema, se puso en pie y vistió de etiqueta para recibir dignamente a la Muerte y gastó su última moneda para adornar la estancia de la cita....

Haced popular su obra, mostrad al desnudo sus bellezas y sus defectos, que, humana al fin, ha de tenerlos. Así nos deleitaremos y aprenderemos más con aquellas y colocaremos en su justo lugar éstas, evitando que criminales intenciones políticas o literarias presenten como crímenes los naturales errores.

Y vosotras, bellas damas, respetabilísimas señoras, que habéis traído a esta Sala el luminoso don de vuestra sonrisa, el calor de vuestra mirada y el perfume de vuestras almas, como un justo a la par que riquísimo homenaje al Maestro inolvidable, permitidme que, al agradeceros vuestra gentileza, es recuerdo que vuestro contingente es preciso y necesario para esta obra de justicia. Mucho amó Montalvo a la mujer y buena parte de su vida y de su alma la dió; respetuoso con las damas, a fuer de hidalgo caballeroso era capaz de quebrar lanzas por ellas a imita-

ción del Inmortal Manchego creado por su Maestro predilecto. Justo y noble es, pues, señoras, que la mujer de hoy pague esta deuda de gratitud por el amor y respeto que el poeta y maestro tuvo no sólo para las de su tiempo sino para las de todos los tiempos, para la Mujer. — Y en vuestras manos tenéis el más poderoso medio para realizar esta obra: el corazón del niño.....

Y ahora, señores, al reiteraros mis agradecimientos, sólo me resta pedir os perdón, por haber olvidado acaso mi situación de simple invitado y haberme atrevido a daros consejos que nadie me solicitó. Pero si no por el consejo mismo que nada nuevo puede haberos enseñado, por la intención al menos seréis indulgentes, pues bien sabéis que ella es, para vosotros, toda Sinceridad y todo afecto.

DISCURSO

*del Encargado de Negocios de Venezuela,
H. Sr. Dr. Dn. José Austria.*

Excelentísimo Señor Presidente de la República. Excelentísimos Señores Ministros del Ejecutivo, Señoras, Señores:

No tengo ningún inconveniente para reconocer, y aún para ratificar, por mi parte y de manera definitiva, la mala reputación de las cañas. Ellas no sólo impiden que continuemos realizando las radiantes locuras que los cabellos negros, bronceados y color de oro permiten, sino que a veces, como en el caso presente, y por benévola imposición de los directores de la Revista "América", por el sólo hecho de mi cabeza blanca, ponen a un auditorio espiritual y culto en el trance de oír, siquiera durante pocos minutos, una palabra, como la mía, desautorizada y desabrida.

Palabra, en efecto, desabrida, que yo quisiera animar de fuerza y de color, haciéndola digna y bien apropiada para evocar la figura de un escritor de líneas tan marcadas y de tan vigoroso espíritu como Juan Montalvo.

Si admitimos que un idioma es la expresión de la conciencia profunda y por lo tanto del carácter del pueblo que lo habla, ningún ejemplo puede ser más elocuente que la lengua castellana, que nosotros hemos heredado, y en cuya energía está viva y categórica el alma española. —

Algo como un hilo de sangre luminosa se dilata a lo largo de los anales, que es sin duda la médula de la raza, y ese hilo de sangre luminosa que corrió hacia América desde la Península, tiene aquí en nuestro mundo americano moderno, su expresión rotunda en la lengua que ha traído a la historia los mensajes del derecho, de la guerra, del orgullo, de la religión y de las artes. — Por esa hebra de sangre luminosa podemos a nuestro turno ascender hasta la gloria y los orígenes de la lengua de la madre Hispania, de cuyo vientre han nacido todas las grandes cosas desde que principian a acentuarse los contornos de la edad moderna.

Fue del vientre de la madre Hispania, horno terrible destinado a fundir razas poderosas, de donde salieron filósofos, poetas y emperadores parí Roma; fue su tierra, granero y cuartel de Atíbal, "la máquina de guerra más potente de la antigüedad", quien dió al Romano el estímulo necesario para el concepto y la fuerza urgentes a dominar pueblos. Fue Hispania quien dió Borgias al Renacimiento; un Pontífice para la cristiandad y un Príncipe para Maquiavelo, y su mente guerrera y religiosa quien creó Loyolas para la disciplina y para la teocracia. — Fue del vientre hispano, fecundado por el verbo teológico, de donde nació esa formidable religión católica, conquistadora del mundo, que ha sabido cubrir los más esforzados corazones con el moaré joyante de las túnicas episcopales, y con la seda roja de los capelos cardenalicios las más anchas frentes y los más sutiles espíritus de hombre; que formó la edad caballeresca de la historia, decorada por las torres altaneras y las filigranas de piedra de las catedrales que, como ha dicho un escritor insigne, fueron la cristalización amontonada hacia los cielos, de la fe y de los dolores profundos de aquella edad. — Fue en la justicia hispana donde se realizó la adaptación del Fuero Juzgo y se elaboraron los capítulos de las Partidas de Aragón. — Fue el pueblo hispano quien principió a ser gobernado por los regimenes que han puesto decoro en la monarquía, fórmula civilizada de la tribu y del ancestral pastoreo de hombres, y en la libertad política y civil, fórmula civilizada de la independencia personal, de la conciencia, de la dignidad y del pensamiento humanos. — Fue el espíritu de Hispania quien ejecutó la conquista de los pueblos misteriosos y oscuros, traídos a la corriente de la historia por los aceros damasquinados, de pomos repujados en oro y piedras finas, que supieron empuñar las

manos implacables de los infanzones aventureros, y fué Hispania la que supo dar a su vez con la culata de la carabina, en la frente del palafreñ napoleónico para detenerlo de improviso en el vértigo del dominio. Fué Hispania la creadora de una literatura madre y sin igual en todo lo escrito en los viejos geroglíficos, en los antiguos papiros, en los pergaminos medievales y en el delgado, deleznable papel de los modernos tiempos: la creadora de un libro que siendo la expresión ideal del alma de un pueblo, es también la ideal expresión del alma de la total humanidad, y que no morirá sino con el último corazón que deje de palpar sobre la haz de la tierra.—Es Hispania quien ha blasonado la historia con nombres que están resonando para siempre en las antipodas amarillas, en la entraña del continente negro, en las aguas olímpicas con la sonora, gloriosa palabra de Lepanto, en la tierra volcánica y azul que salpica de perlas el Tirreno, en las nieves de los Alpes y entre los pinos pirenaicos, en las orillas del Sena y en el cerebro de Germania, en la tierra fértil de las kermeses y de los pintores robustos, nombres castellanos glosados allí eternamente, dolorosa y orgullosamente por el agua lenta de los canales bátavos; en el turbulento suelo del Continente que pisamos, desde la Tierra Florida hasta la del Fuego, donde los araucanos combatieron y se inspiraron las valientes octavas erecilianas; y hasta en el propio corazón del esplendoroso y terrible Vaticano, de donde salieron anatemas y pavores para la humanidad consternada, que como una inmensa antorcha que fuera semejante a una iluminación polar, está plantado en ese monte de Roma, y que ni hacia el palacio de San Jaime, ni hacia la morada de hierro de los Habsburgo y de los Hohenzollern; ni hacia la resplandeciente corona y los fuertes, dorados pares de Carlo Magno, ni hacia el espléndido, poderoso Versalles, tuvo que ver con tanto cuidado y respeto como hacia esa parrilla arquitectónica que se llama el Escorial.—Si, es en la grande madre Hispania, donde se piensa como los Místicos y el de la Barca, como Fernando de Aragón y el segundo Felipe, donde se habla como Cervantes y Quevedo, donde se pinta como Velázquez y el Españoleto, como Zurbarán y Goya, donde se vive como el superilustre Alonso Quijano y donde se sabe morir como Rodrigo Calderón: y es en el seno de tanta grandeza donde se incubó el espíritu de Montalvo, y fué con el magistral castellano, como dió Montalvo su espíritu a la América.

Y luego fué nada menos que con el espíritu de la grande Iberia y con el magistral idioma castellano, como Juan Montalvo comprendió, admiró y cantó al Hombre y a los hombres que, sobre la cordillera de los Andes, jugaron con los leones al pie de los volcanes.

Montalvo vió en Bolívar al Apóstol: comprendió que ningún otro hombre de los que han hecho la historia de la humanidad, habló como él en ésta rotunda lengua castellana ni en otra lengua ninguna: vió que su palabra, más potente que la espada, removió los pueblos, como el arado los campos: vió cómo fué Bolívar interlocutor del Tiempo, y cómo los tiempos han oído su voz y la guardan para siempre.

Y Montalvo vió en Bolívar al Imperator: le vió llevar la espada al cinto, y el tahali de púrpura, bordado con oro del Perú, semejante a un lampo que guía las legiones a la noche de la muerte o al claro amanecer del triunfo.— El vió el perfil cesáreo de Bolívar: contempló la frente calva, como la de los viejos cóndores, el ojo rutilante, la garra hecha para afirmarse sobre rocas y precipicios tremendos, el alma alada, buena para el vuelo circular de un continente y para batir el viento de dos océanos.—Y vió en Bolívar al Conquistador, al Fundador, al Profeta, al Mártir.—¡Qué magnífico espectáculo éste de un gran escritor americano, revelando en perfecto idioma castellano, a un grande Hombre, tan español como Pelayo y como el Cid!

Bien haya, señores, el ilustre Presidente, que ha querido estimular en el camino de las letras, con bellos y generosos premios, a los concurrentes a este certamen: bien haya el Comité Directivo de la Sociedad Juan Montalvo: bien hayan los directores de la Revista América, iniciadores del Concurso: bien hayan la ilustre Municipalidad de Ambato, y los caballeros que han ofrecido también premios a los gallardos vencedores: y bien haya, finalmente, la juventud ecuatoriana que tiene dentro de su propia casa, semejante a un faro, a un maestro a quien seguir, como Don Juan Montalvo.

DISCURSO

del Presidente de la Sociedad "Juan Montalvo", Sr. Dn. Miguel Angel Albornoz

Señor Presidente Provisional de la República, señores Ministros de Estado; Honorables Miembros del Cuerpo Diplomático; Señoras y Soñeres:

La ilustrada Revista "América" que se edita en esta Capital, ha tenido el acierto de promover un concurso literario en honor de Montalvo, el Cervantes Americano, como uno de los principales números del programa que se había dispuesto para celebrar dignamente el nonagésimo quinto aniversario del nacimiento de aquel escritor cumbre, cuya fama es tan grande y merecida en el concepto de los espíritus bien cultivados, ya como hablista eximio, ya como apóstol y defensor de la libertad, que constituye una de las más preciadas glorias de la nación ecuatoriana. "América" ha triunfado plenamente en su generoso empeño, supuesto que a su llamamiento han acudido, solícitos, varios hombres de letras, para disputarse en plausible lucha intelectual, el lauro que sólo alcanza el verdadero mérito y ciñe la frente de los escogidos, cuando prevalecen por la inspiración y el arte en las justas del pensamiento, sea cual fuere el campo de actividad en que éstas se desarrollen. Aquella Revista ha merecido el más sincero y unánime aplauso por su importante iniciativa, que a más de significar un estímulo para el mejoramiento de nuestra literatura, envuelve una valiosa prueba de admiración y gratitud rendida en favor del Maestro, al rememorar el fausto día en que vino al mundo varón tan esclarecido y grande, para honra de la humanidad y justo orgullo de la Patria.

Mas los jóvenes redactores de "América" no están solos ni se debaten solos en su tarea singular y noble, pues que tienen a su lado, para secundarles eficazmente, las más altas figuras en la gerencia del Estado, los artistas, la prensa, las corporaciones edilicias, y, en fin de fines, todos los ciudadanos de buena voluntad; lo que quiere decir, para consuelo y satisfacción del alma ecuatoriana, que todos somos unos, que todos adicionamos nuestros corazones bajo los pliegues de la bandera nacional, cuando la trompeta de la fama, pregonando la excelsitud de los ciudadanos eminentes que supieron rendir la jornada en el cumplimiento del deber, nos recuerda que ha llegado el momento de ir a sus tumbas, en misterioso peregrinaje, y decir ante ellas el salmo de la admiración del pueblo, adornándolas con flores y cubriéndolas de pámpanos.

Entre esas entidades han concurrido también al llamamiento de "América", la I. Municipalidad de Ambato y la "Sociedad Juan Montalvo" residente en esta ciudad; la primera con una medalla de oro, y la segunda con dos colecciones de magníficos y escogidos libros, para premiar a los

triunfadores en el referido concurso; ambas corporaciones se han servido darme su representación para la entrega de los premios, y esta la causa de mi presencia en esta hermosa y aristocrática velada.

Es de justicia y es prueba de cultura espiritual en los corazones bien puestos, el rendir homenaje a la memoria de los grandes hombres, apóstoles, filósofos, héroes, que pasaron por el mundo derramando el bien como maná celestial, en provecho exclusivo de las colectividades, aunque dejarán pedazos de su propia carne entre las zarzas del sendero, y ostentaran la corona de espinas que llevó Jesús de Galilea, al consumir la obra de la redención en la desolada cumbre del Calvario.

Desde los tiempos más remotos de la civilización, las sociedades han tributado honores póstumos a cuantos las favorecieron de algún modo, mediante el saber y la virtud; y la estatua bronceada y el monumento desafiador de los siglos, han sido la canción eterna de los vivientes en loor de los muertos ilustres. Santa religión, la religión de la gratitud y la justicia; rito bendecido el de la loa sobre la memoria de los buenos; pues que la perpetua recordación de ellos, a través de las edades, es como una lluvia de bendiciones sobre los sepulcros queridos. Vivir así, perpetuamente, en el alma de la posteridad, es haber alcanzado la gloria y haberse conquistado puesto distinguido en el grupo de los inmortales.

A medida que decurren los años, y la verdad que no perece nunca, purifica los nombres de los sujetos prominentes en la historia de la humanidad, éstos crecen en la opinión del mundo y suben a la categoría de los semidioses. Si desde aquí contemplamos, por ejemplo, en su fabuloso viaje por los círculos de Dante, a Publio Virgilio Marón, príncipe de los poetas latinos, ya no le consideramos como a simple mortal; y si hablamos de Platón y Sócrates, los dos graves filósofos de la vieja Grecia, nos parecerá que estamos viendo con los ojos de la fantasía, dos sombras mitológicas, sutiles e impalpables, que nunca estuvieron sujetas a las miserias de la tierra. Bolívar y Napoleón salvan la esfera común, y poco a poco van elevándose en la admiración de las edades, sin que sepamos explicar cómo perecieron olvidados y solos, sin amigos, sin libertad el uno, sin pan el otro, después de haber fatigado los carros de la gloria, redimiendo

naciones, el primero, y encadenando tronos a su imperial soberbía, el segundo de estos dos grandes capitanes.

Pueblo que deja en olvido perpetuo el nombre ilustre de sus benefactores, no es digno de gallardearse en el rol de las naciones civilizadas, porque está denunciándose a voz en cuello, y a la faz del mundo, como ingrato y desleal. La lealtad y la gratitud son atributos propios de las inteligencias ilustradas y de las conciencias rectas: si tales son nuestra conciencia y nuestra inteligencia, bien será que propendamos con el ejemplo y la repetición de hechos significativos, a inculcar en las naciones generaciones el culto y la devoción que merecen los sabios, los mártires, los que defendieron los derechos del hombre, porque todos ellos son y han sido benefactores del pueblo.

Juan Montalvo fue uno de estos benefactores. Su grandiosa pluma se agitaba en labor múltiple, viendo de lo bello, delicado y tierno en la contemplación de la naturaleza, al campo sangriento de las pasiones políticas, donde castigaba a los tiranos, empujándolos a la picota del escarnio, o haciéndolos rodar por el suelo, envueltos en su misma sangre, para luego erguirse majestuoso ante la multitud atónita y muda, y decirle con entereza de ánimo: miradlos allí, inmóviles, impotentes para el mal: *mi pluma los mató!* Ya veis que nunca las tiranías son eternas!...

Combatiente infatigable, Quijote peregrino de armas relucientes, vagaba por los dilatados campos donde tiranía y fanatismo religioso, en infernal maridaje, estaban desgarrando a látigos las espaldas de todo un pueblo nacido para la libertad y la civilización, y, lanza en ristre, se iba sobre los verdugos, rescataba a la víctima y la restituía a la comunión social. Entonces, a la hora de la protesta airada, emergía su verbo cálido como una llama transparente y pura, desde el Sinai de las santas rebeldías, e iba ascendiendo, ascendiendo en espiral gloriosa de armonía y de luz, e iluminando con resplandores de fuego cuanto caía bajo la jurisdicción de esa como estrella fulgente, solitaria en los ámbitos de nuestro convento medioeval, allá por aquella época nebulosa y triste, como son todos los periodos de esclavitud, en que otro genio — aunque de aspiraciones contrarias a las de Montalvo — procuraba, ciertamente, el adelanto material de la República, pero a trueque de las garantías y libertades que ha menester el alma, para sentirse dueña de sí misma, y dueña de su propia suerte y su albedrío....

Los dos terribles adversarios se coloca-

ron frente a frente y midieron sus armas: eran dos leones por la fuerza; eran dos águilas por la inteligencia, la altivez y la sabiduría. "No sólo de pan vive el hombre", dicen las Escrituras, y así lo comprendió Montalvo al exigir de su airado contendor, libertad absoluta para la conciencia; libertad para la emisión del pensamiento; libertad para la acción política de los ciudadanos dentro de las normas establecidas por la ley y la justicia, supuesto que sin libertad no hay felicidad posible....

Panem et circenses! gritaba la plebe romana, junto a la tribuna de los Césares; y cuando esa misma plebe regresaba del circo, ahita de placer, ebria y tumultosa, vitoreando a los gladiadores que habían triunfado sobre la arena, iba por las calles de la gran urbe con el vientre repleto, pero soportando la vergüenza de la esclavitud, porque de nada sirven la holganza y el hartazgo de la materia, si el espíritu vive encadenado y triste.

Preciso es recordar el medio ambiente en que se desarrolló la obra de Montalvo, polemista formidable y precursor de las doctrinas libertarias entre nosotros, para apreciar debidamente lo que vale aquella obra: un pueblo sumido en las intransigencias del tradicionalismo; una política confusa en cuyos antros prevalecían la espada, el cadalso y los símbolos religiosos en bárbaro hacimiento; y como adhehala y por contera, un mandatario de indomables arrestos, empeinado tercaamente en someter a los ecuatorianos todos al régimen y la observancia de preceptos buenos para una cofradía de humildes y sumisos monjes, imponiendo una sola norma religiosa a las conciencias y cediendo muy limitado espacio para las investigaciones y vuelos del pensamiento. En tales condiciones, resultaba, pues, titánica la gestión de Montalvo; y el duelo con su digno contendor debía ser a muerte. Así fué, en efecto: los dos émulos perecieron en la demanda, heridos el uno por el otro: García Moreno a manos de los conjurados de Agosto; y más tarde, Montalvo, víctima del despotismo y la tiranía instituidos por aquél y que perduraban con los que le sucedieron en el mando, exhala el último suspiro en la noble Francia, olvidado, pobre, torturado por el más agudo y cruel de cuantos dolores puede sentir el corazón de un patriota: el dolor del ostracismo injusto. En su postrer minuto tiende los brazos congelados ya por el soplo de la muerte, y estrecha en ellos a los pocos amigos que aún le rodean con solícito afán. Sonríe melancólicamente, pensando qui-

zà en los valles y montañas de la Patria, tanto más queridos cuanto más lejanos; en la techumbre del hogar ausente, coronada de humo y dorada por el sol ecuatorial; en la silueta vaga e imprecisa de hijos y hermanos que en vano le aguardaron tanto tiempo; en el bullicioso río cuyas márgenes perfumadas y poéticas, los vieron grabar en páginas inmortales, los primeros sueños de la juventud y las caricias del amor; en los seres y cosas que había adorado su alma sensitiva, y que en ese instante acudían en procesión fantástica, venciendo las cordilleras, y atravesando los mares, para dar el ósculo de paz al proscrito infortunado. Piensa, Montalvo, en todo eso; y como única compensación a sus intensos pesares, pide un puñado de rosas para su féretro, porque es muy triste, dice, el aspecto que presentan los cadáveres sin flores.....

Así murió Montalvo, y con él murió la protesta, según el sentir de Vargas Vila; pero en aquel mismo instante comenzó la

glorificación del Maestro. El crisol de los años ha venido extinguiendo paulatinamente los odios políticos que le persiguieron día y noche, durante su azarosa vida; y ahora surge, lentamente, con la majestad de un astro de primera magnitud que rompe los diáfanos cendales del espacio para llegar al cenit y triunfar en el recuerdo y la veneración de sus compatriotas.

Honremos, señores, la memoria de nuestros hombres grandes, si queremos ser pueblo civilizado y culto.

Jóvenes redactores de la Revista "América", que habeis cooperado, con la organización de esta apoteótica festividad, realzar más, si cabe, la gloria de Montalvo; os estrecho la mano con efusiva gratitud a nombre del pueblo ambateño, que admira vuestro sereno talento y aplaude vuestro firme y aquilatado patriotismo.

LA VELADA LITERARIO-MUSICAL verificada en el Teatro Sucre y la Prensa de Quito

EL personal de AMÉRICA, al reproducir las crónicas de la prensa capitalina, agradece efusivamente al Directorio de la Sociedad «Juan Montalvo» y al Director del Conservatorio Nacional de Música, Dr. Sixto M. Durán, por la valiosa cooperación que les prestaran en la organización de la Velada Literario-Musical que se verificó con motivo de la entrega de los premios ofrecidos por el Sr. Dr. Isidro Ayora, Presidente Provisional de la República, la M. I. Municipalidad de Ambato y la Colonia Tungurahneña, a los vencedores en el Concurso Nacional de Literatura promovido por esta Revista con ocasión del nonagésimo quinto aniversario del nacimiento del Cervantes de la América Hispana, Don Juan Montalvo. A la Srta. Inés Cobo, a los Sres. Carlos A. Paz y Víctor M. Carrera y a la Compañía de «Comedias y Variedades» hacen trascendental los mismos agradecimientos y les felicitan por su brillante actuación artística en la memorable noche del 24 de Abril, que ha dejado en la sociedad quiteña un recuerdo impercedero y grato.

Pocas veces es dable al público de Quito presenciar un espectáculo como el que se efectuó antenoche en el Teatro Sucre, con el fin de honrar la memoria del Maestro del habla Castellana, Don Juan Montalvo, y además, para entregar los premios ofrecidos por el señor Presidente Provisional de la República; doctor Isidro Ayora, y por la I. Municipalidad de Ambato, a los jóvenes poetas que obtuvieron dichos premios en el Concurso Literario promovido por la Revista "América" que se edita en esta Capital.

El Teatro había sido engalanado con festones y banderas que con la profusión de luz ofrecía un aspecto encantador.

La concurrencia selecta y numerosa, pues la Sociedad de Quito, había querido en esta ocasión demostrar su júbilo por la fiesta en honor del Cosmopolita, y llenó nuestro Coliseo con la aristocrática belleza de sus damas y señoritas.

También fue honrada esta función de arte con la presencia del Primer Magistrado de la Nación y en la de distinguidos Miembros del Cuerpo Diplomático residente.

En el escenario, convenientemente arreglado, se destacaban las figuras de los Miembros del Jurado Calificador del Concurso, señores: Ministro de Instrucción Pública, Dr. Ordeñana; H. Sr. Dr. Dn. José Austria, Encargado de Negocios de Venezuela; Dn. Jorge Hübner Bezanilla, Secretario de la Legación de Chile; Dn. Luis F. Veloz y Dn. Guillermo Bustamante.

A las 9 de la noche, la orquesta del Conservatorio Nacional de Música, ejecutó el Himno Nacional que fue escuchado de pie por los concurrentes.

Luego, el Sr. Ministro de Instrucción Pública, Dr. Carlos Ordeñana, pronunció un discurso en el que puso de manifiesto la personalidad literaria del ilustre Dn. Juan Montalvo y exponiendo a grandes rasgos sus arreos de hombre de combate, frente a su adversario el Presidente García Moreno.

Fue la del Dr. Ordeñana una pieza oratoria de mucho mérito y esta la razón para que el público al terminar la aplaudiera y no faltó la entusiasta cooperación de la gentil artista Srta. Inés Cobo Donoso, quien, como lo sabe hacer, ejecutó al piano con verdadera maestría, la Rapsodia N.º 13 de Liszt, cosechando una calurosa ovación en premio de su arte.

Acto seguido, el Excmo. Sr. José Austria, Encargado de Negocios de Venezuela ante nuestro Gobierno, pronunció un hermoso discurso.

De conformidad con el Veredicto del Jurado, el señor Presidente Provisional de la República, Dr. Ayora, entregó personalmente las medallas de oro y sendos diplomas a los Srs. Dn. Fernando Chávez, que obtuvo el

premio «Isidro Ayora» por su novela «Plata y Bronce», y Dn. Augusto Arias, quien mereció el premio por su hermosísimo libro de poesías, que serán publicadas en breve por cuenta del Estado.

La Srta. Carlota Jaramillo recitó uno de los versos premiados de Augusto Arias R. y en verdad supo interpretar el alma del poeta, vertida en esos versos:

Luego después, el conocido literato ambateño, Dn. Miguel Angel Albornoz, cuya personalidad es suficientemente conocida en el mundo de las letras, no solo del país sino fuera de él, pronunció un elocuente discurso, que lo publicaremos en una edición próxima.

Después de la premiación a los poetas Hugo B. Moncayo y Carlos Donsdebés Andrade, aquel recitó su bello poema «San Francisco de Quito» con el que obtuvo la honrosa distinción del Municipio Ambateño.

Los señores Alfredo León y Carlos Donsdebés recitaron luego, el primero la composición del señor Telmo N. Vaca y el segundo la poesía «Mística».

El tercer acto de la Velada corrió a cargo de la Compañía Nacional Ecuatoriana de Comedias y Variedades, la que supo escoger muy bien los números con los cuales aportaba su concurso para el éxito de una de las más brillantes fiestas sociales que se han realizado desde alguna época a esta parte en el «Sucre».

(De «El Día»)

Un franco éxito alcanzó la sugestiva velada literario-musical, organizada por el personal de la Revista «América» y el Comité Directivo de la Sociedad «Juan Montalvo» con motivo de la premiación a los vencedores en el Concurso Literario Nacional, organizado por la revista nombrada para conmemorar el noventa y cinco aniversario del nacimiento del Cosmopolita.

El Teatro estaba rebotante de flores y una selectísima concurrencia llenaba todas las localidades. Llegado el señor Presidente Provisional de la República entonó el Himno Nacional la numerosa orquesta del Conservatorio de Música. En el escenario aparecieron los miembros del Jurado Calificador de los trabajos presentados al torneo nacional de literatura y el señor Ministro de Instrucción Pública que presidía el espectáculo y que dió comienzo al acto con un discurso consagrado a rememorar la obra de Montalvo. La Rapsodia N.º 13 de Liszt ejecutada por la profesora Srta. Inés Cobo D., cuyo nombre es ya familiar en los dominios del arte, se terminó entre los aplausos de los oyentes. El

poeta Guillermo Bustamante, que ha puesto su entusiasmo y la prestancia de su intelecto cultivado en la mesa directiva de «América», dió lectura al acta del Jurado que dimos a conocer en nuestra edición de ayer y que determinaba la adjudicación de premios a los vencedores en el concurso. Estuvo magnífico el discurso del doctor José Austria. Digno, como el que más, de la evocativa gloria de Montalvo, por el adorno castellano de la frase y la suma de conocimiento de la vasta obra de nuestro compatriota. Fue saludado con palmas el Honorable Encargado de Negocios de Venezuela que encomió a los concursantes.

Los merecedores de los premios «Isidro Ayora» fueron hacia el palco presidencial entre la entusiasta manifestación de aplauso de los circunstantes, en donde fueron condecorados por el señor Presidente Provisional de la República, quien felicitó cordialmente a los autores de los libros premiados.

Con voz emocionada dió lectura al «Romance de Adioses», poema del libro premiado del señor Augusto Arias, la señorita Carlota Jaramillo. Hubo palmas, por igual, para el conocido romance y para la simpática recitadora.

En la segunda parte del programa constaba la premiación de los distinguidos con las recompensas de la Ilustre Municipalidad y de la Colonia Ambateña, previo un discurso del señor Miguel Angel Albornoz que acertó a refrescar el recuerdo del noble tratadista de la Belleza y del Genio y habló elocuentemente del culto que se debe a los grandes y que se pronuncia como un relieve del noble espíritu nacional.

Colocó en el pecho de Hugo Moncayo la medalla ofrecida por el Municipio Ambateño y la sala se estremeció suavemente con los alexandrinios de su poema «San Francisco de Quito» lleno de recuerdos de la urbe vieja y del espíritu de antaño, oportunas y fieles estampas de la ciudad católica y romántica. Cosechó merecidos aplausos.

El señor Alfredo León dió lectura a los sonetos del Sr. Telmo N. Vaca, a quien se ad-

judicó uno de los premios de la Colonia Ambateña. Felices aciertos tiene el señor Vaca en sus estrofas dedicadas a loar a Don Juan Montalvo y logra que el soneto encierre con donaire los recuerdos del maestro del gayo decir. Agradó al selecto auditorio el sonetario y el correcto recitado del señor Alfredo León.

Al delicado autor del libro de poemas «El Afán» correspondió el otro premio de la Colonia Ambateña. Carlos Dousdebés recitó un sentido padrenuestro, cuya plegaria quedó vibrando gratamente en las almas de los oyentes.

No olvidaremos de consignar los excelentes números de los señores Carlos A. Paz y Víctor M. Carrera.

La cooperación de la Compañía Nacional de Comedias y Variedades estuvo bien consultada para el éxito de esta fiesta de cultura que resultó corta, sonriente, estimuladora y justa. El joven artista Alfredo Pérez se lució en su **Romanzo** y la señorita Carlota Jaramillo entusiasmó al público con el tango «Señor Comisario». No fue menos atractivo el tango escenográfico tan bien interpretado por la señorita Olivia Demari y el señor León. Los versos de «Trago Amargo» sonaron en la dulce voz del señor Casares. El coro «Dicen que» del agrado del público, dió término a la función que ha consagrado el recuerdo de Montalvo con la hermosa exposición de relevantes tareas intelectuales.

El producto de la Velada será destinado para los lazarinos. No puede ser mejor el donativo que ya aplaudimos a su tiempo.

Enhorabuena para los organizadores de esta fiesta, los Redactores de «América» y la selecta Colonia Ambateña. Aprobación para el doctor Isidro Ayora que tan gallardamente consagra los dones del espíritu y un parabién para el señor Alfredo Martínez, Director de «América», que ha organizado con entusiasmo recomendable el Concurso Literario.

(De «El Comercio»)



La Mirada de los Genios



EL magnífico santuario de arcilla cayó al suelo al golpe inevitable del destino.

Y el hermoso barro, modelado por la mano sapiente de los dioses, pasó a ser un escombros, un escombros santificado por el milagro de la vida. Un día estaba erguido: con la cabeza en los cielos, con lamano hacia todos los horizontes, como para alcanzar los cometas, con los pies firmes para hollar todos los senderos; y ayer, ese cuerpo, no era más que una gran flor entumecida que se inclinaba a besar la tierra materna. Un día fue un pararrayo sublime, donde las tiranías se asesinaban impotentes, donde el mal y el vicio encontraban una diestra armada de una espada flamígera y exterminadora; y ayer, ese cuerpo noble, no pedía más que la caricia perfumada de las flores, el postrer beso de los mortales y el seno generoso de Tellus. Un día paseábase gallardo, rumboso cual monarca extraordinario, cuyos vastos dominios administraba su genio clarividente, su genio que era alba para los optimistas, horizonte diáfano para los soñadores, piélago furibundo para las mediocridades y los timoratos, música celestial para los corazones sedientos de ternuras, un torrente de fuego en las contiendas purificadoras; y ayer, ese cuerpo poderoso, no era más que una ánfora rota en la mano benigna y cruel de la Vida. Un día se llamaba el hombre-dios; nobleza y sabiduría estaban encerradas en su mundo interior para felicidad de los mortales; y ayer, ese cuerpo generoso, no podía ser otra cosa que una semilla, una gota de savia petrificada para el suave surco: savia que pasa a ser nube en el cielo, o trigo para la hostia, o flor para los labios, o perfume para el espíritu y, quizá, una luz para nuestras vigiliass de dolor y meditación.

Cuando se hundió ese cuerpo adorable en el dominio del misterio, una nube de dolor empañó los espacios, las virtudes se enlutaron, las lágrimas fueron más copiosas y una estela clarísima, la estela que deja un astro

cuando rasga el velo de la noche, se perdió en la faz de la tierra. Si alguien tuvo el privilegio de ver lo que es vedado a los ojos humanos, vería desprenderse de ese cuerpo inerte la flor de la carne; una luz de formas divinas —el espíritu—, y luego admiraría el vuelo sublime de esa forma sobrenatural por un cielo de albas perdurables.

Y el noble Espíritu que vivió encerrado en un poco de arcilla, llegó a la morada donde la luz no fue hecha y la felicidad interrumpida. Y cuando se halló frente a Eternidad, la Soberana de todos los cielos y de todos los universos, cayó de rodillas e inclinó por vez primera la cabeza adornada con el laurel de los inmortales.

—¿Quién eres tú? —interrogó Eternidad.

—Un espíritu que ha escuchado vuestra voz desde la tierra y que viene a tu mansión, Señora! —repuso con voz temblorosa y con los párpados apenas entreabiertos por el deslumbramiento inconcebible de la belleza que le rodeaba.

—Mi alcázar es sólo para las almas nobles y puras. ¿Habéis dejado en la tierra el pedestal que pueda sostenerte en la Altura?

—Vos lo sabes, Señora. Distes a la tierra un barro modelado a vuestra semejanza y ahora ella, milagrosamente, os paga con un alma.

—¿Cómo pudistes alcanzar que el barro dé una llama?

—La fuerza de la vida y la contienda en el campo de la nobleza obraron el milagro.

—¿Ardua contienda! Confesad.

—Mis manos, Señora, no se mancharon con la herrumbre de la espada o el puñal fratricidas, ni mis oídos se deleitaron con el estampido del cañón; sabía que estas armas creadas por la locura de los hombres y el odio de los seres bastardos, ofendían vuestros santos desiguos... Jamás puse en el vaso de mi corazón la hiel de la envidia; jamás fué mi lengua pasto de la blasfemia y la inquina; nunca fué mi pecho ceno de la corrupción; nunca fue mi cerebro hervidero de pensamientos ilícitos. Si el mal intentó penetrar a mis dominios, no faltó mi voluntad para echarla castigada. Procuré que mi ser se ompape en la esencia inofable de las

CROMO VESPERAL

PARA CARMELITA BARRA

DULCE encantamiento... ¡Tardes que yo adoré!
El sol ya se muere tras la cordillera,
dejando en el manto de la azul esfera
luceros que tiemblan cual rosas de oro.

HAY en el ambiente un aroma vago
que va diluyéndose en la fronda verde...
cual niño travieso, a ocillas del lago,
asómase el céfiro y luego se pierde.

LAS niñas, dormidas... Con tonos aurinos
azuma en el fondo —extraña pupila—
la luna, la sierua, la randa sibila,
y en su torno cópanse —encantos marinos—
las tonalidades del poicente lila.

María Valdivieso

Quito, 1927

bondades y en la luz eterna de las virtudes. Para que en mis actos me asistan valor, constancia, hidalgua, amor, invoqué al sol, al mar, al cielo, a lo ignoto —moradas de los dioses—. Si una débil pluma —pluma templada en la fragua de mi alma— puese llamarse arma de combate, esa fue la mía. Con ella azoté tiranos; con ella ensalcé a la justicia vilipendiada y presa en los antros infaustos de la sinrazón. El vicio, la deshonra, el ocio, la iniquidad, tuvieron en mí un enemigo formidable y terrible. Si un día la tiranía cayó vencida, fue por los golpes certeros de mi pluma. Si irradió un sol de lumbre vivificadora en un horizonte de América, fue por obra de mi númen. Calumnias, destierros, persecuciones no acallaron el grito de mi protesta. —La voz del hombre nacida en el pecho de la Divinidad, es lava destructora y rayo exterminador. —Sabía que luchaba contra un enemigo impotente y mi arma se agitaba incansable y segura del triunfo. En cada ocaso enterraba una esperanza y en cada aurora conseguía una flor de alegría... Si en toda la vida de la tierra se ha de necesitar de un paladín que salga por los fueros de las virtudes, yo desearía ser el soldado que no desmayara nunca.

—¿Quién te enseñó a luchar con tanto denuedo?

—Oí una voz interior que me decía: "Luchar por el bien es la mejor gloria". Atendí a esa voz y fui digno de llegar hasta vuestra mansión, Señora, para pedir os una merced.

—Noble hijo de los dioses y la tierra, el sitio de tu gloria está reservado. Habéis ennoblecido tu espíritu y justo es que la Gloria te reciba en su seno radiante. En mis dominios encontraréis la felicidad eterna. ¡Pasad!

—Señora, otra es la merced que os imploro.

—Hablad. Mi corazón es suave para ti. Hubo silencio. Luego habló el Espíritu del hombre.

—¡Oh si pudiera habitar en la morada de los astros! ¡Cómo gozaría al ver desde una estrella cualquiera el planeta donde nací y donde aprendí a ganar vuestro corazón!

—El universo, apenas conocido por la sabiduría del hombre, es una de mis moradas. Id por él y yo seré contigo.

Y tras estas palabras asomó el cielo que ambicionaba el Espíritu glorioso. Cuando se encontró en sus dinteles de oro, extasióle la música exótica en que giraban los cometas, los luceros, los soles, astros que dejaban los horizontes plenos de auroras eternas.

Una voz conocida le sacó de su éxtasis. ¿Quién era el espíritu que se le acercaba?... Miráronse, habláronse el divino lenguaje del silencio y, luego, estrecháronse largamente.

Aquellos espíritus entrelazados por sus brazos y sus palabras fraternas, se llamaron en la tierra Cervantes y Montalvo.

Esta mañana, cuando el sol reía en su apoteosis de oro, llegó hasta mí un inefable torrente de luz, luz que llegando a mi alma era un beso extraño, divino y una ola de perfume. Y al meditar en el misterio que rodea a las almas, he creído que esa corriente de luz fue la mirada cariñosa y paternal que tienen los genios para los mortales desde el paraíso del infinito.

Alfredo Martínez

Quito, 1927

FRAGMENTO DE "CAPITULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES"

Que trata del santo hombre de ermitaño que Don Quijote encontró en el cerro, con lo cual su aventura iba a ser de las más acabadas



EGULA el caballero monte arriba, dándose a todos los diablos de no descubrir la fortaleza, cuando al voltear de un recodo vió un hombre de aspecto venerable, sentado sobre una piedra a la entrada de una gruta. Don Quijote de la Mancha tuvo por bien averiguado que esta aventura se le deparaba el cielo mismo, cuando le ponía por delante el ermitaño con quien se confesara, a fin de que ella fuese a todas luces grande y caballeresca. Oía poco el solitario, o no quería oír nada: ni al tropel del caballo, ni al ruido de las armas del caballero, alzó la vista, endebeido en su lectura. Paróse Don Quijote y se estuvo a contemplarlo un rato, sin saber cómo llamaría la atención del santo hombre. ¡Reverendísimo padre!, dijo. Levantó la cabeza el ermitaño, sin mostrar sorpresa ni alegría, y respondió: **Pacem relinquo vobis.** Mi perro no ha dado señales de llegar gente, aunque le tengo velando desde por la mañana para que me encamine a los extraviados. ¿Sois uno de ellos, hijo mío? ¿Venís a mí como penitente, o desengaños y tribulaciones os impelen al desierto en busca de la paz de Dios? Venid, y seréis de los escogidos: la soledad abre los brazos a los desgraciados: al través de ella columbramos lo infinito, como que el silencio desenturbia los ojos del espíritu, predisponiendo el alma para los misterios de la inmortalidad. Sus tres enemigos no tienen cabida en estas regiones: miserias y pesadumbres se han olvidado aquí, que en cien años no se hubieran olvidado allá. El corazón y la fantasía son terrenos abonados para esas plantas venenosas que se llaman amores y placeres, celos y liviandades, sacrificios e ingratitudes, ambiciones y desengaños, soberbias y abatimientos. Queremos lo que nos perjudica, deseamos lo que nos salva: acordámonos constantemente de lo que nos conviniere olvidar, olvidamos lo que debiéramos tener delante de los ojos. Si habéis hecho un favor a uno de vuestros semejantes, guardaos de él, porque él será vuestro enemigo. Si tenéis entregados corazón y hacienda a una de esas que llamáis hermosas, ella os causará las grandes amarguras de la

vida. Si sois ricos, dais en soberbios; si pobres, renegáis de lo divino y de lo humano. Si sois poderosos, abusáis de vuestro poder en toda forma; si humildes y desvalidos, la adulación y la vileza son vuestra parte. Aquí, en esta soledad, este monte, le quebrantamos la cabeza al enemigo; cada uno de nosotros somos el arcángel que tiene a sus pies a la serpiente. ¿Sabéis lo que la serpiente simboliza? Serpiente es la soberbia, serpiente la avaricia, serpiente la injuria, serpiente la ira, serpiente la gula, serpiente la envidia; la pereza no es serpiente, porque no pica; es animal inmundo que duerme en su fango su sueño perpetuo. Ved cuántas de esas fieras bestias os promete expeleros del cuerpo el aire celestial de este retiro. La humildad arrulla aquí como paloma sagrada; la largueza no es necesaria, pues no tenemos que ni a quien dar nada; la castidad es la flor sobresaliente de nuestros jardines; la paciencia nos habla al oído como genio invisible; la templanza nos da salud y vida larga; la caridad nos teje la corona con que nos hemos de presentar en el empuje; la diligencia, . . . , la diligencia del alma, hermano; la del cuerpo no es de nosotros: donde el espíritu trabaja, los miembros del cuerpo están descansando. Pensar, orar, llorar, todo es salvarse. Venid, mortal dichoso! A la derecha, si quisierais; a la izquierda, si gustareis; más arriba o más abajo, ayuso o deyuso, como decían nuestros mayores, hallaréis ermitas desocupadas, que ya las habitaron varones justos. La de fray Atanasio puede convenirnos, aunque está algo caediza; pero tiene un corralito para gallinas, y aun os será permitido engordar dos o tres puercos, a pesar de que muchos y muy crueles enemigos frecuentan estos lugares: lobos, lobas, jabalices, jabalizas, y otras salvajinas.—Diga vuesa paternidad jabalices, y ande la paz entre nosotros, dijo Don Quijote.—¿Por allá abajo la gente del siglo no llama jabalices a esos abejorros?, respondió el ermitaño.—Jabalices o jabalices, volvió a decir Don Quijote, no pertenecen estos animales al género de los abejorros; ni ha de ir vuesa paternidad a decir jabalizas, a título de que no sabe las cosas del mundo.—Nosotros por abejorros los tenemos, señor caballero. A veces los clasificamos entre los crustáceos, y no estamos del

todo libres de reputarlos sabandijas. Como la levedad de nuestro carácter nos prohíbe las armas de fuego, tenemos sobre nosotros la pensión y el pontazgo de aguantar esas alimañas. Los sitios elevados, señor, son lobosos y jabalízosos por la mayor parte.—¿De manera, preguntó Don Quijote, que si toros infestaran las posesiones de vuestras paternidades, ellas vendrían a ser torosas?—Por de contado, respondió el ermitaño, y prosiguió: hago vos saber que no os conviene ese vestido para la vida eremítica en que entráis de cabeza desde hoy día. Deponed ese atavío bélico; si no venis prevenido para el efecto, no faltaran por aquí una túnica propia de vuestro estado, ni cilicios con que os goceis en el Señor, ni disciplinas con que os azotéis y doméis, ni garfios en que os suspendáis para dormir. La carne, hijo mío, es bestia fiera que nos devora el alma: por sus arribentes tragadores pasan quemadas las virtudes, en sus vastas y lobregas entrañas cae y se hunde nuestra felicidad. Tened esto presente de día y de noche, y ved cómo no os pongáis en mi presencia ni en artículo mortis, porque no hay ermitaño perfecto si la soledad no es su única compañera. ¿Por dicha sois perito en esto de vivir entregado a los santos suplicios del arrepentimiento? ¿Habéis subido alguna vez a Monserrate? Al corazón os tocan, ya lo veo, esas ruinas venerandas que os hablan de los bienaventurados sus habitadores de otros tiempos, y os convidan con las delicias de sus apacibles soledades. Los campos de la fértil Cataluña se dilatan a la vista florecientes y risueñas; el Llobregat se va por ellas desenvolviéndose en grandiosas vueltas, y enbelesa con sus lejanos relucimientos. Ese que allá se mira, es el puente del Diablo: dicho puente no es más grueso que un hilo de araña; en él se agolpan las almas de los hombres cuando, roto el estambre de la vida, nos engolfamos en las formidables regiones de lo desconocido. Los justos lo pasan sin balanza; a los reprobos se les va el pie y ruedan al abismo.

¡Válgame Dios, y cuál no era la impaciencia de nuestro caballero a la interminable plática del solitario!—Los caballeros andantes, dijo Don Quijote, no somos de tela de ermitaños; somos aventureros, y no tenemos lugar fijo, ni residencia conocida. ¿Cómo puedo yo estrechar la órbita de mis obligaciones

a los mezquinos términos de una cueva, y convertirme en animal inútil para mí mismo y para mis semejantes, no viviendo yo para ellos, sin que nadie viva para mí? Otro es el objeto de mi venida; y sé decir a vuesa paternidad, que el encuentro que me parecía ordenado por la Providencia ha sido pura obra del acaso. Algunos caballeros se llegaron al tribunal del confesor antes de la batalla; pero otros no menos famosos no tuvieron por necesaria esa demostración, y no por eso fueron menos cristianos, ni salieron menos vencedores. Ermitaño, ¿para qué? ¿Para que me cargue el diablo el día menos pensado? Dirigir las pasiones, convertirlas en virtudes, si es posible, tal es el empeño del filósofo, mi reverendo padre. Luchar uno consigo mismo, destruirse, anonadarse sin ventaja para el cielo ni la tierra, es frustrar de sus derechos a la naturaleza, es cometer un delito enorme so pretexto de virtud. Amor nos da Dios para que amemos, caridad para que valgamos a nuestros semejantes, ambición para que aspiremos a la gloria. Déjese vuesa paternidad de esta sandez del ermitismo, y vengase conmigo a correr el mundo en busca de las aventuras. Vuestas paternidades trabajan sin provecho en esto de honrar la ociosidad, o más bien cometen un grave pecado. Y no hay esto solamente, sino que muchas veces, después de veinte años de solitarios, bajan y se van a hacer piratas o a vivir renegados entre turcos, si una buena noche de Dios no les da en su cueva un patatús y se van a despertar en los infiernos. No debe de ser vuesa paternidad el previsto para oír mis culpas; écheme su bendición o no me la eche, yo me voy.—Y sin gastar más prosa, picó su caballo y se alejó del ermitaño, el cual le seguía con la voz, diciendo en una muy elevada:—Mirad, hijo, que esas son sugestiones del demonio! ¡Deteneos, extraviado! ¡Volveos, réprobo! ¡Ven acá, mostrenco, alma de cañamazo! Nada oía el aventurero, y estaba ya a buena distancia, cuando el santo hombre de ermitaño, arrancándose de cuajo su almacén de barbas, dió la vuelta a la gruta, y con más prisa de lo que hubiera sufrido su ayunado cuerpo, voló cerro arriba por un desvío, junto con otros varones justificados que por ahí salieron, de modo que había de llegar a la cumbre muy antes que Don Quijote.

Juan Montalvo





El retiro de Ficoa, donde Don Juan Montalvo escribió sus mejores páginas de "El Cosmopolita"

POEMA DE AMÉRICA

Al egregio Alfredo L. Palacios

¡Oh la tierra de Anáhuac, cuna de los toltecas
que alimentó a los mayas y a los finos aztecas!;
¡oh madre tierra, fuente de absurdos heroísmos,
sacazo de plata, gesto de cataclismos!...;
¡país a que llegaron los de las manos grandes
fingiendo un mitológico peregrinaje de Andes!;
¡país de Kukulcanes y horizontes azules,
crisol de cien Palenques, Uxmals y Kabules!...;
¡oh tierra de Cacamas y de Chimalpopocas
que resistió a los bárbaros como a la mar las rocas
y que entre sus tormentas y entre sus melodías
y entre sus epopeyas y entre sus fantasías
miró sobre sus montes el signo de Jesús
mientras las carabelas corrían a lo ignoto
y un quetzal, a manera de alado prisma roto,
dibujaba en el cielo su abanico de luz!...;

¡Anáhuac, tierra santa, pródiga en ruiseñores
y en lagos y en palacios y en cimus y en colores!...
¡Anfora de crepúsculos y cáliz de mañanas,
—repique de leyendas, rapsodia de campanas—,
hora de claroscurros hecha de convulsiones,
foco de sortilegios, combates y oraciones!;
¡Anáhuac, tierra mía de audacia y altivez
a donde por la ruta de Colombo el marino
otro pastor de pueblos sobre su nave vino
trayendo un panorama de sol en su pavés!...;

Y en medio de tres siglos de coloniaje hispano
¡el indio siguió artista con una sola mano!...
y encima de las épocas rojas e independientes
en tanto otros dioses se hicieron insurgentes,
el indio fué devoto de la melancolía
y cultivó el espíritu junto al Avemaría...;
y en esa gran carrera de cuatrocientos años
en tanto otros amaban el oro, él los peldaños...
y las exquisiteces de barroco y de arcilla!
¡miniaturas de brujo, juegos de maravilla!
—¡oh aquellos super-hombres salvajes y divinos
que en el pecho llevaban una carga de trinos!—;
se pintó, por el arte, no ya mitología
sino hasta el mismo rictus de la filosofía,
y así como el sol puede con luz hacer canciones,
el indio, con sus manos, pulió las tradiciones
y aun las hemorragias de los atardeceres
y aun los desperpezos de los amaneceres
y aun los aguafuertes de su brutal pasión
que dentro de la música de las tonalidades
sorprendieron la risa de nuestras tempestades
en el kaleidoscopio de la desolación...;

El indio ha sido artista desde Maní; ¡quién sabe
si en la historia de Grecia la América no cabe!;
las civilizaciones caídas en la bruma
sólo alcanzan el tiempo del venado y el puma,
pero antes de los hombres de Yucatán, había
en América un claro sentido de armonía...;

—¡Oh Benvenutos indios, magos de la osadía!—,
se leían los astros, se amaba la pintura,
¡oh el siglo de oro azteca, loco en arquitectura!
así fué, a la llegada de Cristóbal Colón,
que el dios blanco, venido de la luz y del día,
entreceñó los ojos porque ya no veía,
cegado de arboles y de cintilación!...

¡Oh raza de las águilas y de los ruiseñores,
fácil a los fervores y dócil a la luz,
que oras en las pirámides y ríes en el fuego
con aquel estoicismo que no supo del ruego
aun cuando te tuvieron tres siglos en la cruz!....

FLOR DE LUZ

A los ojos, tan soñadores como tristes,
de Lucrecia Fajardo

LUCRECIA:

por tus blancuras hablas de Grecia,
y de Turquía
por tu preclara melancolía....
En tu epidermis de luz y seda
vibra una música leve, queda...
Entre tus labios —estuche fresa—
hay un perfume casi de rosa
y hay un suspiro que a veces reza
y a veces trina cuando solloza....
En tus cabellos la luz se ondula
y en tu epidermis se ductiliza...
y en tu boquita de «girl» modula
los madrigales de tu sonrisa...
Eres a modo de encantamiento
y eres a modo de fantasía,
como princesa de un raro cuento
nacida en tierras del mediodía...
¡Eres de Grecia,
Lucrecia!...

Toda la escala de la ternura
y el vals cobalto de la dulzura
sabes decirlos con tu mirar...;
¡oh mi señora de los espines
que ama el arrullo de los violines
en la nostalgia crepuscular!...

Yo no sabía
que en ti existía
aquella suave melancolía
de las mujeres de Pierre Loti...;
¡me recuerdas a Decjenana;
y a Kbal, la niña de porcelana,
de miel, de rosas y de turquí!...

Por tu blancura,
por tu ternura,
por tu mirar,
yo, que te canto desde mi sombra,
pongo este verso como una alfombra
para que pase tu claridad!...

Baltasar Dromundo

Rabindranath Tagore



Si que este formidable arca puso sus desafiadas planas en el suelo de la India, no he perdido esfuerzo ni minuto alguno para lograr visitarlo; pero hasta hoy han sido inútiles todas mis gestiones. El gran segador de laureles, ruidosamente aplaudido en todos los países que acaba de recorrer, encuentra su patria absorbida por la reacción reivindicadora. Gandhi, el apóstol de la "no-cooperación", pudriéndose en la cárcel; los belicosos *moplahs*, con ganas de repetir sus motines; y por todas partes teorías de fanáticos intransigentes, que exigen de este dulce Francisco de Asís indostano, un rol violento, una acción encendida y mortal, que dé al traste con los ruidos dominadores de la tierra de Vishnú, el fecundo; de Siva, el justiciero; y de Kama, la sibila que enseña en el deleite la perpetuación de la raza...

Tagore se ha ausentado de Calcuta, buscando en Sambalpur, en su colegio de Shanti-Niketán, el refugio del silencio. No: no vendrá a la sultana de los palacios, a la *city* de los grandes clubes, a la Calcuta del fausto y la sórdida miseria, de las cien castas antagónicas, del ruido mercantil y de la grave meditación gangetica.

Las consideraciones que acabo de expresar han regulado, desde hace muchos días, mi pensamiento de hombre curioso y observador. Pero gracias a mi buena estrella un diario local viene a extinguir mis decepciones. Por fin voy a ver a Tagore, voy a oírle recitar uno de sus más bellos poemas, debido a que el bardo se ha dignado corresponder a las muchas instancias de la Universidad Central de Cultura Indostánica, sapientísima corporación que ha organizado un recital.

Desde su retiro de Shanti-Niketán, este Homero asiático ha venido a pie, vestido a la usanza del país. Ha venido para llenar, con su nobilísima figura, el proscenio del Teatro Maidán, donde no han dejado espacio posible los estudiantes de Bengala y los vates esotéricos, de fresca juventud y luminosos turbantes. Tagore va a recitar en *vérsis bengali* su poema cósmi-

co "Versha Mangal". Yo no entiendo un vocablo de esta lengua; pero con la ayuda de una síntesis británica, me encamino al Teatro, dispuesto a seguir, con devoción vernácula, las actitudes del bardo y a recoger, en el caracol de mi oído, la armonía de sus versos.

Gracias a mi cargo oficial he podido conseguir una buena silla, en la que me instalo de los primeros, confundido con la multitud, ávida de lirismo y de emoción. La síntesis inglesa me advierte que "Varsha Mangal" es un poema de grandiosas proporciones y que en su recital el poeta nos dirá solamente la parte relativa a la formación de la lluvia y a los beneficios que derrama sobre las místicas y enormes poblaciones del Indostán.

Alzado el telón, presenta el proscenio un extraño golpe de vista, con su decorado típicamente hindú. Contra un fondo que imita la jungla o maraña vegetal, veinte vírgenes bengalesas, veinte bellidas de Calcuta, notables por su hermosura y elegancia, muestran los encantos de este país hermético, que oculta celosamente sus hembras a la vista del odiado extranjero, vil devorador de las vacas sagradas.

Ahí están ellas, gráciles y finas como estatuillas de terracota; ahí se ofrecen idealizadas, como plasmó a la dulce Sakuntala, el divino poeta Kalidasa; ahí, envueltas en velos transparentes, adornadas con el *sari* de amplia franja de oro, dejan entrever sus excelsas y bronceas esculturas, cuya perfección recuerda a las figulinas de Tanagra; ahí lucen sus grandes ojos negros como la noche de la jungla, sus ojazos de lagos de lagos de tinta en que cabrillea el éxtasis de la carne... Ahí están, hieráticas, con las zampoñas y rabeles que acompañarán la voz cálida y armoniosa del vate iluminado.

Ah, belleza rara de estas hindúes que en vano busca el turista en las calles de Calcuta, sin hallarlas por ningún sitio!... Mendigas asquerosas, viejas entregadas a los más ruines menesteres, feas lumias de Chandernagor, son los ejemplares femeninos que hieren los ojos del europeo.

Ellas las divinas flores de malaquita, fieramente orgullosas de su raza y de sus creencias, huyen del blanco viajero, sólo transitan en coches muy cerrados, y cuando al bajar de ellos algún ojo azul atisba el descenso, los aurigas y lacayos extienden entonces amplias sábanas que libran a la dama del mirar inquisitivo!

Un estremecimiento general me arrancó de mi oblación a la gracia femenina de la India. Rabindranath Tagore, bello y majestático como un apóstol bíblico, apareció con el traje que yo deseaba verlo; nivea clámide le cubría desde los hombros hasta el medio muslo, formando la parte de atrás una especie de cola que le caía de los riñones hacia abajo; las piernas y las pantorrillas completamente desnudas; los pies descalzos y enrojecidos las plantas por medio de un tinte vegetal. La cabeza libre, sin turbante, sin duda porque los grises y abundosos rizos le caen como cascada nazarena, arropándole el cerebro. Abierta sobre el pecho, la blanca barba fluvial le da un aspecto de abuelo joven, rasgo que completan sus ojos plenos de una dulzura infinita, de una paz honda y unánime. En la mitad de la frente soñadora un disco de pintura encarnada revela la antigua religión del bardo.

Tagore es un poeta superlativamente hermoso. Precisa admitir que la belleza de su espíritu, rompiendo los vasos de la concentración mental, se ha derramado en su fisonomía hasta darle un sello de plasticidad renacentista. Sin embargo, Miguel Ángel no sería su pintor, por bíblica que sea la silueta de Tagore. El Buonarroti, de enérgica pincelada, no sabría fijar, con justeza, toda la dulzura de alegría infantil que fluye de este *poverello* de la India. Su pintor sería más bien Leonardo, porque este artista divino supo fijar la leve sonrisa de Gioconda y porque supo llorar de emoción ante el cuerpo desnudo de la Duquesa de Ferrara.

El poeta habló... Su verso fué como un lamento de alteraciones guturales que las veinte musas de formas estatuarias siguieron con una música triste, casi imperceptible, parecida a la *quena* de los hijos de Manco-Cápac. El poeta siguió recitando con la majestad de un sacerdote transido de dolor, cosa que me hizo recordar el sermón cristiano de las "Siete Palabras". La música, lentísima y doliente, resbalaba sobre el auditorio como una lágrima de este enorme y fanático Indostán...

En el rancio idioma bengalés, el poeta imploraba a las nubes, conjuraba a las fuerzas cósmicas, rogaba por la lluvia; y

fueron entonces visiones de masas sitibundas, y fueron entonces desfiles de ganados hambrientos, y fueron entonces desmayos de plantaciones marchitas, y fué, sobre todo, la calcinación unánime de la jungla, lo que el vate hizo ver en sus versos inenarrables....

Ah, la horrible sed, la atroz hambruna de la India, el cortejo fúnebre de la peste bubónica y del cólera! Ah, la visión horrenda de la jungla enfurecida, del tigre famélico, de los elefantes lunáticos, de la sierpe agresiva y mortal! Ah, los terribles y múltiples males que se derivan de la ausencia de la Hermana Agua! Todo el auditorio, con los ojos desorbitados y febriles, vió —con el poeta iluminado— la visión dantesca de la sequía....

Reinó después un largo silencio sepulcral... Más que mirar, el auditorio se extasiaba adorando el rostro divinizado del poeta. Hubo por fin una lenta irrupción de esperanzas. El vate, con los brazos abiertos, declamaba nuevas estrofas y el coro de belladas bengalesas golpeaba, enardecido, los sistrós y tan-tanes. Siva, el sordo a la súplica; Visnú, el impasible al dolor colectivo, cedían el caso al padre Brahma, creador del mundo y de la humanidad. El cielo, rasgando su vientre de estaño, soltaba un alarido de tormenta; por la amplia herida surgían, como chorros, los negros nubarrones; y el monzón, el redentor monzón de la India, vertía sobre la tierra calcinada sus cántaros de frescura. Bendita el agua de Brahma; bendita el agua celeste que sabe el secreto de la vida y purifica las almas en el sagrado lecho del Ganges!

El simbolismo de "Varsha Mangal" había llegado a su punto culminante. El concierto multiforme de la jungla con su millón de arpas seguía las estancias del poema. Todo el auditorio parecía sentir el canto alegre de los pájaros, el ruido optimista de las fieras y el agradecimiento compacto de la multitud redimida de la sed, el hambre, la peste y la muerte. Las musas, coronadas de rosas centifolias, bailaban una danza mística, de resurrección y de embriaguez juvenil. Sus veinte cuerpos, florecidos como veinte juncos del Nepal, decían, en temblores únicos, el misterio de la vida y la afirmación de la especie creada por Brahma en el paraíso de Kandy.

Yo, casi aturdido ante el bello panteísmo del recital, concentraba mi atención en la figura del poeta que había hecho vibrar, hasta en sus raíces, a su numeroso auditorio. Qué bello, qué simbólico y qué humano! De toda la figura de Tagore flúa

una dulzura proteica que, confundiendo con Francisco de Asís, no le alejaba de Sócrates, ni del celeste Poeta del Sermon de la Montaña.

¿Poeta?

Poeta hay que serlo así, todo entregado a la belleza multiforme de la vida. El vate, como aristócrata del espíritu, ha de ser cosa distinta del montón humano. Debe ostentar en la forma, en el verbo y en la luz de los ojos, eso, que separándolo de la basta burguesía, le acerca a Dios, Supremo Creador de la Belleza. Así fueron los poetas de la Biblia, de la Hélade

y del Lacio; así son estos grandes poetas de Oriente, príncipes del Espíritu. Así los vi adorados en una vieja pagoda de Nikko, así los vi endiosados en la tumba china de Li-Tay-Pé; así irradia, como hijo predilecto de Brahma, el dulce Kalidasa; y así he visto, venerado por trescientos quince millones de almas, al místico Rabindranath Tagore.

Cuando todo emocionado abandoné el Teatro Maidán, bogaba en el cielo, como un gran cisne de plata y de poesía, la luna de la India.

Víctor H. Escala

POEMAS DE NIÑOS

El Manantial

¿SABE alguien de dónde viene el sueño que pasa volando por los ojos del niño? Sí. Dicen que mora en la aldea de las hadas; que, por la sombra de una floresta vagamente alumbrada de luciérnagas, cuelgan dos tímidos capullos de encanto, de donde viene el sueño a besar los ojos del niño.

¿Sabe alguien de dónde viene la sonrisa que revuela por los labios del niño dormido? Sí. Cuentan que, en el sueño de una mañana de otoño, ítesca de rocío, el pálido rayo de la luna nueva, dorando el borde de una nube que se iba, hizo la sonrisa que vaga en los labios del niño dormido.

¿Sabe alguien dónde estuvo escondida tanto tiempo la dulce y suave frescura que florece en las carnicitas del niño? Sí. Cuando la madre era joven, empapaba su corazón de un tierno y misterioso silencio de amor, dulce y suave frescura que ha florecido en las carnicitas del niño.

El Principio

—¿De dónde venía yo cuando tú me encontraste?—preguntó el niño a su madre.

Ella, llorando y riendo, le respondió apretándolo contra su pecho:

—Estabas escondido en mi corazón, como su anhelo, amor mío; estabas en las muñecas de los juegos de mi infancia; y cuando, cada mañana, formaba yo la imagen de mi Dios con barro, a ti te hacía y te destinaba; estabas en el altar, con el Dios del hogar nuestro, y, al adorarlo a él, te adoraba a ti; estabas en todas mis es-

peranzas y en todos mis cariños; has vivido en mi vida y en la vida de mi madre. Tú fuiste creado, siglo tras siglo, en el seno del espíritu inmortal que rige nuestra casa. Cuando mi corazón adolescente abría sus hojas, flotabas tú, igual que una fragancia, a su alrededor; tu tierna suavidad florecía luego en mi cuerpo joven, como antes de salir el sol, la luz en el oriente. Primer amor del cielo, hermano de la luz del alba, bajaste al mundo en el río de la vida y al fin te paraste en mi corazón... ¡Qué misterioso temor me sobrecoge al mirarte a ti, hijo, que siendo de todo, te has hecho mío; y qué miedo de perderte! Así, bien apretado contra mi pecho! ¡Ay! ¿Qué poder mágico ha enredado el tesoro del mundo a estos débiles brazos míos?

El Mundo del Niño

Quisiera yo poder hallar un rinconcito de paz en el mismo corazón del mundo de mi niño. Sé que en él tiene estrellas que le hablan, y un cielo que baja hasta su cara para divertirlo con sus nubes tontas y sus arcosiris. Allí, esas cosas que parece que no dicen nada y que no se mueven, llegan arrastrándose hasta su ventana, y le cuentan cuentos y le ofrecen bateas llenas de juguetes de vivos colores.

Quisiera yo poder andar ese camino que va por el pensamiento de mi niño, salirme de todos confines, llegar adonde no sé qué mensajeros llevan y traen mensajes sin razón, por reinos de reyes sin historia; adonde la Razón remonta, como cometas, sus leyes; adonde liberta a las acciones de sus hierros la Verdad.

Rabindranath Tagore

AL POETA

CÁLZATE las sandalias, cíñete la esclavina,
empuñe ya tu mano el bordón del romero
y a los tenues albores de la luz matutina
tu largo viaje emprende por el primer sendero.

No te asuste la yerma llanura de la vida.
Peregrino del arte tu alforja va colmada;
si el dolor te apuñala, los labios de tu herida
pronunciarán más dulce la palabra rimada.

APRENDE a ver las cosas en su actitud más bella;
amor sólo hace falta en tus ojos de artista.
Bajo el destello rubio de la lejana estrella,
la vida más humilde es tierra de conquista.

PARA tu lira todo te ofrecerá una nota,
aun la brizna de hierba que con tu planta humillas.
Tus versos, sobre el mundo, desde tu cumbre ignota,
bajarán como un áureo reguero de semillas.

Guillermo Bustamante

Quito, 1927

EPILOGO

(Versión de Enrique González Martínez)

OTOÑO; el año muere en la lluvia cerrada.
La juventud se extingue, y el afán noble y fuerte,
único en que pensamos cuando llega la muerte:
el de sobrevivir en la obra terminada.

MAS la esperanza huye, el afán incesante
es sueño ido, vano como todo lo nuestro;
los apóstoles niegan el nombre del Maestro;
y el más leal traiciona antes que el gallo cante.

GUERNALDAS de la gloria, ¡ah, vanas, siempre vanas!
Y, no obstante, qué triste es el haber soñado
no perecer del todo, un poco haber salvado
y dejar algo nuestro en las barcas humanas.

Rodenbach

AL POETA



APOTEOSIS DE MONTALVO EN LUTECIA.—M. de Waleffe., Excmo. Ministro del Perú, Excmo. Ministro del Ecuador, Unamuno y el Marqués de Peralta en el momento en que M. Contenat, Secretario del H. Concejo Municipal de París, toma la palabra en el homenaje a Montalvo

MONTALVO Y LAS GENERACIONES QUE LE SUCEDIERON

Cuando en un cercano porvenir los pueblos hispano-americanos pongan en acervo común las glorias de cada uno de ellos, arraigándolas en la conciencia de los otros, la imagen de Montalvo tendrá cuadros y bustos que la multipliquen en Bibliotecas y Universidades de América.

J. E. Rodó

FESTAS frases del inolvidable Rodó alcanzan ya los caracteres y contornos de la más luminosa y bella de las realidades.

Y no es que solamente las Instituciones culturales de la América Hispana reconozcan y admiren en Montalvo una gloria purísima de arte y de inspiración, y un exponente, firme y fuerte, que arrancó de la misma fuerza virtual y misteriosa de la raza, los bríos indeclinables de la libertad y el ímpetu desenfadado en que, sin mengua de vacilaciones, agitó su vivir de apóstol de la humana dignidad.

En París, cerebro y luz del mundo, en donde se albergó el ilustre americano en su afanoso traginar por senderos varios, de que había de extraer — en acendrada quintaesencia — los jugos de su iconoclasta dialéctica invencible, también se ha rendido un sentido y solemne homenaje a su memoria, por la voz, acentuada de sinceridad, de muy ilustres representantes de las culturas latina e hispana. Y, a la docia y sagaz insinuación de un escritor que, en la hora actual, honra a la patria en centros europeos, asumiendo el primado de la ilustración ecuatoriana, amplia y diversa, acudieron Unamuno, el viejo Unamuno de las frases lapidarias y llameantes como una crátera en ignición; el Marqués de Peralta, admirador enternecido y amigo dilecto del maestro ambateño; Martineche, distinguido Profesor de la Sorbona y otros no menos ilustres pensadores.

Así la luz cenital, en su más pura irradiación, aureola la frente pensadora de Montalvo.

Y es que, por el fervor reivindicativo, pleno de angustas serenidades y comprensiones lúcidas, de la juventud de todas las latitudes, amante de la belleza y el saber,

el Montalvo de las consejas y de las leyendas terroríficas que la incompreensión amontonó a su paso; el Montalvo detestable que el fanatismo de los coetáneos hizo surgir ominoso, cruel; el Montalvo acribillado de anatemas de la plebe oscura, por instigaciones que el rencor banderizo alentó en las sombras; el Montalvo maldecido y maldiciente, se ha esfumado para dejar lugar, en su actitud de sembrador de ideales y fustigador de malandrines, al noble manchego, de vida limpia y pura, que, en sus erranzas de cosmopolita irreductible, levantó en los puntos de su pluma, exhibiéndolos a los ojos atónitos de la multitud, los negros cenales de tanto prejuicio e injusticia como constituyeron la trabazón del vivir colonial y que, por herencias y rezagos incalificables, superviven aún muchos de ellos en pleno siglo XX; para dejar lugar, sobre todo, al doctrinario rectilíneo, que supo armonizar, de modo espléndido y cabal, sus enseñanzas con su vida austera, inclaudicante, de solitario de su torre milagrosa, que enseñaba los derroteros de la libertad, de la dignidad, de la justicia....

Acallados quedan ya, por el tiempo y la serenidad del juicio póstumo, el despecho irreprímido y la rabia bullente de los que otrora lanzaron contra él el dardo, buido y no certero, en defensa de viejas y caducas normas inhumanas.

Y su figura queda, a los vientos de la posteridad, como la de un mago del pensamiento, de la energía y de la virtud ciudadana, que supo mantener el esfuerzo constantemente heroico en la lucha titánica del patriotismo, del arte y de la belleza insuperada....

S. José M. Leoro

Ibarra, Ecuador

DE MI TIERRA

Al Amor de la Lumbre

MIENTRAS en mí iba prendiéndose y cuajándose en frutos cada vez más acendrados y autónomos, precoces para el desasimiento, la vida en torno, al ritmo de la eterna clepsidra, seguía indiferentemente arrastrándose siempre monótona, isócrona e imperturbable.

Matices tradicionales e inconfundibles por doquiera: *surmenage* del hogar, olor a pátina en todas las cosas, cómo a poco nos resultaban éstas familiares y desde sus orígenes, infinitamente más anteriores que los nuestros, parecíamos haber asistido con nosotros a remotísimos avatares, a añejos momentos de una vida que fué. No era sino el pasado histórico de la comunidad, de la familia, del saber antañón que se nos infiltraba a merced de la convivencia, atizada con las frecuentes reminiscencias y relatos domésticos, como una lección objetiva, en presencia de esos testigos confidenciales y mudos, que así, para siempre, se vinculaban e incorporaban aún más a nuestro existir, cual elementos de más consubstancial y profunda raigambre, de más pereñe y amplia vitalidad y poder.

Algún camarada del abuelo, como el retrasado y cesante, indefectible y oficioso contertulio de la casa, símbolo viviente de ese como puente dimidiario de la vida y de la muerte y vestigio de los tiempos idos, que ahí se está refrescándolos para el debido culto y veneración de casi todas las casas! era el que, como de propósito, tomaba sobre sí, con su indeliberada e infatigable chuchara *retroactiva*, el empeño de acentuar más, si cabe, en nuestras almas juveniles, ese contraste.

A la verdad, habíamos surgido demasiado tarde quizá en un mundo mucho más envejecido del que cubia imaginar. Por donde todo nuestro loco ensueño desmenizaba la dicha de que llegáramos a ser sus coevos, de que pudiéramos compenetrarnos cuanto antes con él.

Las veces que sustraíamos así el ya latente sentimiento de nuestra libérrima voluntad, a la sevicia del preceptor o a la férrea disciplina, mística a que inflexible, quería siempre sujetarnos la vendedida autoridad materna. Y entonces era el conspirar activo en pro de

la ardorosa y prematura gesta de nuestra emancipación; los fulgores de triunfo con que anticipadamente nos deslumbraba la visión acariciante de las propias y frágiles alas desplegadas *ad libitum* en vuelos plenamente autoritarios y sublimes. . . . El soñar en todas las embriagadoras voluptuosidades de la gloria o en la garifa belleza de la mujer amada, que presentíamos ya en el capullo fresco y rozagante de la inquieta colegiala, que había de despertar curiosa de esa deidad recóndita! a la bella durmiente de nuestro corazón. Y entonces era el tumbar la casa, el voltear el mundo y el trastornarlo y atropellarlo todo, reunida la tremante y estrepitosa *jorga* del vecindario y entregada, con la grandulería avezada e indócil, a la disipación correntona, a vivir los cuentos de hadas de la abuela, a *filmar*; inocentes tauraturgos de la propia ilusión! Las Mil Noches y Una Noche o a ensayar preferentemente el papel—que ¡ay! había de sernos, en estotra cotidiana comedia de "carácter", de veras repulsivo y acerbamente arduo y fatal—de hombres maduros.

Ensayos fermentidos e irónicos que poco a poco, por modo insensible, fueron formalizándose, escalando el plano de las realidades mismas que grotescamente caricatureaban y formando ineluctables la trama incoherente y dilacerante de nuestras vidas. En breve habíamos de ser también nuevos guarismos—con más o menos o ningún valor—de la suma de almas, en la cuenta del tiempo o, a nuestro turno, para los de la retaguardia, los prototipos lugareños que preferiríamos por modelos: el grave señor pedáneo, intencionadamente inexorable y patibulario. . . . como un *clown*; el borroso y desvanecido padre de familia; el burguesito "desocupado" cuando "sale a luz" del antro de sus degradaciones y sus vicios; el milite gallardo, con muchos trofeos, . . . de adornos colgados de una pared y mucha argentería y muchos aspavientos por fuera y nada por dentro; o el hombre ensimismado y hermético, que toma muy a lo serio atemperar—que soterradas no habían de estar— ante el vulgo irreverente y nivelador, con su coraza majestuosa, las maravillosas excelcitudes de su alma. . . . O el reverso de todas estas inverosímiles efigies, o en fin los innominados, la carne plástica e inerte, sin

el relieve de un delimitamiento ni un contorno, que se esfuman en el tumulto de la sinuosa piara de las multitudes y apenas si en montón llegan a representar el escalón último, el bloque absurdo y ya estratificado en una sola pieza, al fondo, como un sedimento impuro de la áurea copa de la vida. . . .

Y presto habíamos de encaramarnos a sus favoritos, traqueados y prosaicos sitiales, de recorrer el amplio y florecido camino que nos sonreía con el misterio alucinante, para hacer alto ya en las cumbres yermas que otean la sombría trayectoria del descenso, el loto del olvido, restregarnos las pupilas después de uno como largo sopor de larvas y añorar entonces por la fúlgida alborada, la ansiosa vehemencia de despertar, los deliciosos pinitos de aprendices de mayores, el muelle regazo de esa edad de oro para cada cual, que hoy nos parecen no más que un dulce sueño vaporoso e inenarrable. ¡Si tornáramos a ser niños!

El alma colectiva de nuestro pueblo

Otro Gustavo Le Bon del porvenir— para sintetizar en glorioso nombre epónimo nuestra idea— o siquiera algún psicólogo menor de estas latitudes, dirán en ese terreno resbaladizo y fecundo de la ciencia, la palabra sacramental o si se quiere "bautismal" que le dé como si dijéramos carta de naturaleza, en su república, a nuestro pueblo.

Los pequeños, los *soi-disant* espectadores de la realidad circundante, apenas si hemos de reducirnos a señalar hechos, consignar tradiciones, fijar aspectos o aprisionar en nuestras crónicas desgarradas y volanderas, el destello habitual de algún disperso y superficial fragmento del peculiar cromatismo, cual modestos materiales de operario humilde para la obra ya más perfeccionada y cumplida del artífice.

El sello, el signo evidente y revelador del alma colectiva de nuestro pueblo, bien así como de sus demás fundamentales características sociológicas, remonta su génesis a una herencia ancestral, acaso la más rica en jugosidad y elementos de triunfo y preeminencia de la raza, en más del solo y llamativo sector de actividades y de esfuerzos que refleja o realza. Es esa brava intrepidez castellana, el ímpetu revoltoso del Cid que con un poco también de la altanería y el desgaire primitivos de los aborígenes, han moldeado el carácter dinámico, puntilloso y rebelde del ambateño, ya dueño y merecedor de esta aureola caballeresca desde la oscura noche de la edad media de nuestra vida colonial.

Los jóvenes marinos españoles don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa — entre otros cronistas de la época— en efecto, consignar

ya en su *Relación Histórica del Viaje a la América Meridional* (Tomo II, Primera Parte) la severa apreciación que les merecía el entonces Asiento de Ambato, a los pacatos criollos del siglo XVIII.

"En cuanto al vecindario— dicen— sigue éste el mismo método que el que tiene Quito; y por lo tocante a la distinción de familias, no se señala tanto como Riobamba. Todos sus naturales son belicosos y traviesos, propiedad que les desacreñita mucho en lo restante de la Provincia; y así no logran reputación muy sana en el concepto de los circunvecinos".

Desparpajado, altivo, pandonoso, el ambateño en la escuela, muestra ya las orejas de lobo, pleitea con iguales y superiores, y como el de los últimos no se aviniera con ese su modo de ser y su temperamento, y no supiera catarles el punto, lleva las cosas aún más allá de lo que nos antojara dable conceder a la morallada francamente quisquillosa e irreductible en el de su honra. O en su punto de vista, cuando la convicción lo ha formado o la razón no lo destrona.

De joven— que a menudo suele ser más presto de lo común y regular— ya está en la gran vida, como un gerifalte en mundología y refinados escarceos de la alta sociedad, y el paraíso de risas y deleites y plena eclusión de sus gallardías y arrestos que viene a ser ella, cuando no lo trueca con el calvario de un gran sentimiento público y la pasividad hostil de sus quereras y sentires contrariados, o con las amarguras y asperezas del vivaz revolucionario, al que acude denodadamente para no deirandar a la guerra los cuadros homéricos de la audacia, de la almejeción y del valor, hasta llegar colmado de laureles a las puertas de la senectud y seguir alleude su plabidez y desmadejamientos manteniendo el prestigio conquistado con el celo instintivo del arminio y la misma disyuntiva de su obsesión inquebrantable, antes que romper la tradición.

Orgullo de casta y clarividencia es ese y no vano e infundado, que desmejora y ofende; valor que se nutre y se prodiga en dignidad y señorío, en desembarazo y propensión a más grandes cosas y más vastos dominios de la vida o se traduce también en protesta tácita contra la estrechez del marco y en revelación elocuente de un cúmulo de dones y facultades para la actuación pujante dentro de otro mayor y más primorosamente rico y cincelado. Vaharada de franqueza y lealtad; energía superabundante en afrontar la vida de frente, deponer humillantes temores de la supuesta o parsimoniosa pequeñez y antes vivir sobre las superioridades y delicadezas del mundo que se sueña. . . . Vigor que no irrita ni enfada y se desperdiga en vivacidad de ingenio, efusión del alma comunicativa y

abierta, alegría del vivir remansado y libre; o también en esas oleadas tempestuosas e imponentes de un pueblo que supo velar siempre por la majestad de la República y abatir el necio orgullo de las tiranías.

Así en las manifestaciones bullangueras del patriotismo; en la expresión liberal de un espíritu ya horro de las trabas esclavizadoras de la intransigencia religiosa y en el cotidiano esparcimiento de la comunión social, a que por trivialidad del medio todavía primitivo e indiferente para cualesquier otras corrientes o disciplinas espirituales, resulta concentrarse el vivir colectivo, con preponderancia sobre el de los demás.....

Hombres representativos—si los hay—podemos señalar aun entre los que, por otros múltiples y más nobles aspectos, podrían también serlo, y de hecho lo son, entre nosotros: acuden fluidamente a los puntos de la pluma los nombres venerandos del Patriarca de la historia patria y el novelista, el pintor y hombre de carácter que sigue siendo el Benjamín de nuestra gloriosa familia inmortal.

Cevallos y Martínez vivieron su juventud dispada, romántica y jovial de ambateños autóctonos e hicieron de su camino de iniciación una regocijada leyenda de anécdotas reales—que parecen imaginarias—donde se extravía y palpita vigorosa y eternal, el alma colectiva de nuestro pueblo.

Conocidas son de sobra—evocando a los que aquí vienen a ser los exponentes primates—las aventuras hazañosas y viriles de un Mariano Castillo, de un Joaquín Hervas y cien más; aunque no cómo debieran ser los rasgos que evidencian como el que queremos recordar, por referirse a tiempos más posteriores, a los albores de la República, de ese "patriota incorregible", de ese "doctrinario empecinado" que fue el doctor Constantino Fernández. Gallarda figura de nuestros mozos de pelo en pecho y armas tomar y después de nuestros buenos viejos tremebundos, la que se revela ya en el niño de apenas tres y medio años de edad que, según es fama, al

darse cuenta del fin trágico de su progenitor, el valeroso Coronel venezolano don Segundo Fernández, en la terrible rota de los **chiguaguas**, que ha explicado la maldición de esos infernales y espantosos torbellinos de la tierra caemada y furiosa que envuelven en la hirviente descomposición del caos los áridos campos de Miñarica, échase indignado a la calle vitoreando al partido liberal frente a las tropas vencedoras del sin par Otamendi y busca e increpa desesperado "al que había dado muerte a su padre".....

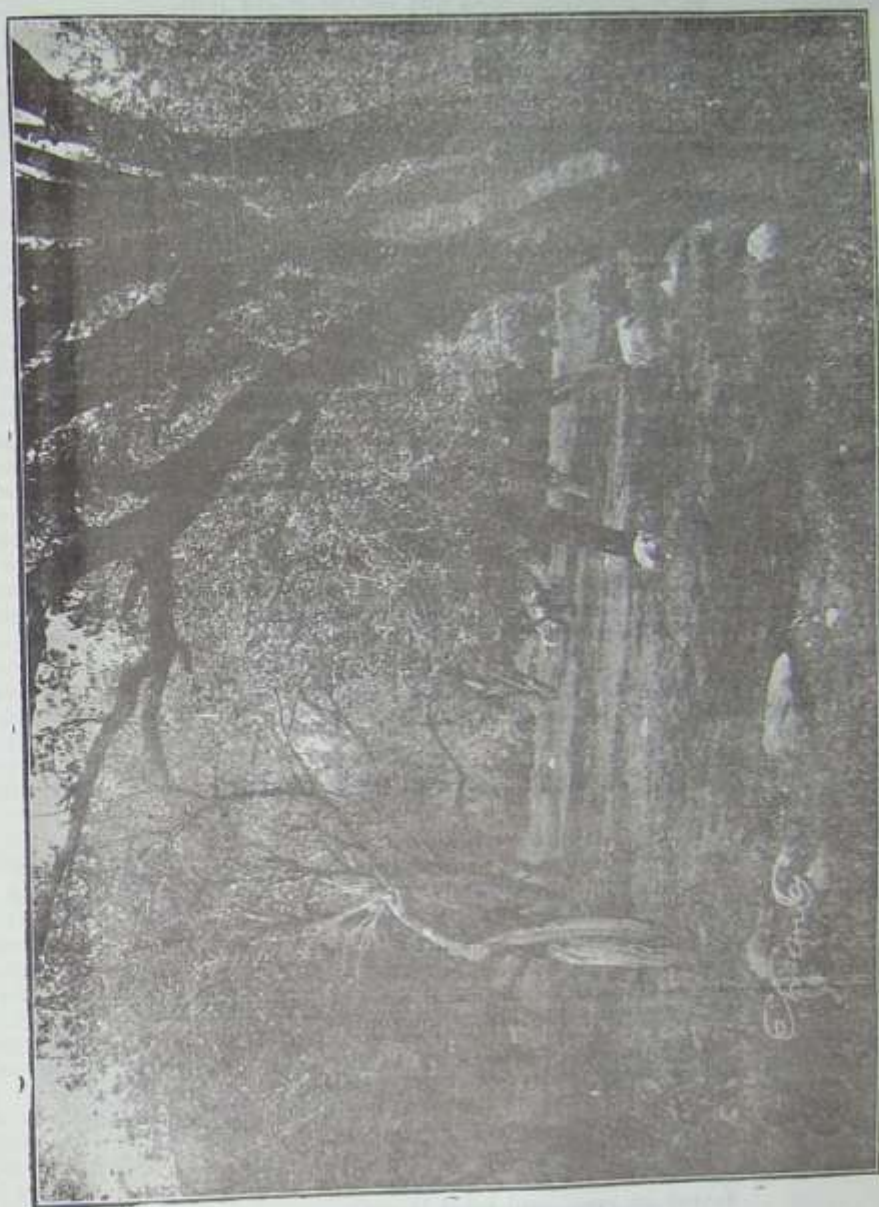
Y así don Pedro, don Juan, don Diego... que pasean mayestáticos su orgullo de grandes señores, de chapados hidalgos por la tranquila calleja o los mozos a quienes—según que parecía así mismo insinuarlo uno de nuestros espíritus dilectos—por algo más que por una accidental asociación de ideas, correspondería también, como una cumplida definición, aquella cálida dedicatoria con que a los jóvenes españoles "hundidos en el oscuro fondo de la existencia provinciana, en perpetua y tácita irritación contra la atmósfera circundante", "discolos e independientes resueltos a no evaporarse en la ambiente impureza", entregaba el maestro de la actual generación, don José Ortega y Gasset, uno de sus ensayos más notables:

"..... Me parece verlos en el rincón de un casino, silenciosos, agría la mirada, hostil el gesto, recogidos sobre sí mismos como pequeños tigres que aguardan el momento para el magnífico asalto predatorio y vengativo. Aquel rincón y aquel diván de peluche raída son como un peñasco de soledad, donde esperan mejores tiempos estos naufragos de la monotonía, el achavacamiento, la abyección y la oquedad de la vida española. No lejos juegan su tresillo, hacen su memuda política, tejen sus mínimos negocios "las fuerzas vivas" de la localidad, los hombres constituyentes de este ominoso instante nacional....."

Julio P. Mera

Ambato, 1927





El peral de la Quinta de Montalvo

HAY QUE GUIDAR LAS ROSAS

No te pongas tan seria que me das mucha pena!
 Recuerda que la vida puede hacerse serena;
 yo pondré mi entusiasmo, sigue tú siendo buena.
 Y ya verás qué amable será vivir.

Las cosas
 tú lo sabes, se muestran noblemente sencillas;
 pero eso sí, no olvides...hay que cuidar las rosas
 porque las pobrecillas
 siempre son susceptibles de un abandono.

CUIDA
 de todo con cariño, que es amable la vida.

Y PERSISTE, QUE LUEGO.....

HERMANA, no te inquietes, no apresures las eras...
 Ya verás que más tarde darán su rendimiento
 como no se apresuraron jamás las primaveras
 por darnos el milagro de su florecimiento.

TEN calma, sé paciente; las cosas verdaderas,
 hermana, nunca fueron el fruto de un momento.
 Y persiste, que luego, como en las sementeras
 incuba el sol, incuba también el pensamiento.

...YA ves! Se va tornando en fruto la semilla;
 no fue preciso el tosco morder de la cuchilla
 para que el surco diera su bella florescencia.

SABRÁS que entre más pródiga la semilla, más tarda!
 Hermana, no te inquietes, ten confianza y aguarda
porque todo se obtiene con amor y paciencia.

Todo se copia sobre el agua oscura

Todo se copia sobre el agua oscura:
 tu rostro angelical y el rostro mío.
 El agua da su mansedumbre pura
 y es un silencio de plegaria el río.

VUELCA el ramaje su febril verdura
 y se ve que un nervioso calofrío
 lo hace temblar cuando en el agua apura.
 Y se oye entre los dos un murmurio....

MIRA, sobre los árboles parece
 que hubieran puesto sargas de cristales
 pues con las hojas un rumor se mece ...

Y al ir tras el arullo de la fronda
 mis labios y tus labios matinales
 fueron un punto azul sobre la onda.

Rogelio Sotelo

(De "El Libro de la Hermana", cuyo envío agradecemos al ilustre amigo)

PROSAS SERENAS

¿Cómo es vuestro dolor?

L DOLOR tiene sus escalas sociales, sus rangos; sus burguesías y aristocracias. Tiene también su plebe.

Examinad vuestro dolor. Estudiadlo a conciencia y clasificadlo con sinceridad. Porque siempre os será permitido irlo ascendiendo paulatinamente del infimo nivel al escaño superior donde se asientan los dolores blasonados.

Examinad vuestro dolor. Fijaos cómo se mantiene en vuestro espíritu y cómo con éste se armoniza.

El dolor plebeyo no acierta a comprimirse entre las estrechas paredes de su cárcel, el corazón. No se resigna al silencio y al aislamiento. No conoce el gesto pulcro e impasible. Su lenguaje es el grito; su ademán, la ira; su faz, contorsionada y diabólica.

Si es burgués, gime y se retuerce, se queja con suspiros como ronquidos de fierro. Se revela en lágrimas copiosas, en llanto escandalizante y ruidoso, en contracciones sombrías y trágicas de los rasgos faciales.

Sólo el dolor aristócrata, el dolor blasonado, pasa desaperebido para el vulgo, incapaz de leer con los ojos de su alma amodorrada lo que sus ojos materiales no alcanzan a columbrar.

Es el dolor aristócrata un sentimiento sutil que se amolda perfectamente al espíritu y al corazón; que gusta de morar oculto en ellos, de no mostrarse a las miradas profanas y curiosas.

No tiene lenguaje, no tiene gestos, no tiene linfas en qué escurrirse a través de las cuencas de los ojos.

No altera la regularidad del rostro, no lo afea con los músculos crispados, no empapa sus mejillas, no ensordece con quejas ni alaridos.

Porque se ha despojado de todo lo material y grosero, de todo lo que le pudiera denunciar a los sentidos físicos.

Porque es impalpable, etéreo, cabe en el rincón más íntimo del alma y es consustancial a ésta, no la subyuga ni anonada.

Tiene por lema el silencio, por norma la discreción, por gesto, el estoicismo, por

cuarteles heráldicos la energía indómita, la resistencia inquebrantable.

No se abate. Se alza sobre su propia debilidad como una estatua sobre tosco pedestal de piedra.

No se amilana ni acobarda. Se yergue sin petulancia ni ridícula presunción de fortaleza. Se mantiene inflexible como el roble, altanero como el cóndor, salvando con poderosas alas el vértigo de los abismos...

Examinad vuestro dolor! Si es plebeyo, podéis redimirlo y aburguesarlo. Si es burgués, podéis ennoblecerlo. Id despacio. No queráis saltar violentamente del bajo suelo a la cumbre.

La nobleza del dolor no se adquiere a peso de oro, ni en los campos fragorosos de combates sangrientos, ni en lides con descumunales enemigos exteriores.

Se la alcanza, se obtiene su real espaldarazo sumando un sufrimiento a otro sufrimiento, en ininterrumpida concatenación. Se la conquista en las batallas continuas de la vida, venciendo y domeñando las flaquezas del corazón, adversario peligroso y temible; y afianzando sobre ellas las diáfanas aspiraciones del espíritu.

El dolor plebeyo, ya lo sabéis, es aquel que materializa su naturaleza.

El dolor blasonado y aristócrata es aquel que la purifica y la espiritualiza; aquel que se cubre con una faz austera, grave y apacible.

Es la casi plenitud del sentimiento heroico del alma y del corazón.

Es su majestad apostólica o caballeresca, realizándose con la clámide de la serenidad radiosa e imperturbable.

La plenitud, ay! es tan sólo patrimonio del dolor sublime. Es la aspiración divina del dolor humano, que florece en sonrisas de amor y de holocausto.

El Vaso de la Dicha

Del tesoro secreto de la Vida robó el Hombre, cierta vez, la Dicha. Era ésta un licor de bella tonalidad, aromático e inebriante, que llenaba hasta los bordes de un vaso de riquísima orfebrería.

El Hombre lo saboreó lentamente, con fruición, a pequeños sorbos, para impregnarse del gusto del licor maravilloso.

Luego lo bebió con avidez, con ansia extrema, hasta acabar la última gota.

Entonces, no sabiendo que hacer ya con el vaso, lo arrojó como objeto inútil y molesto, y se entregó al deleite de embriagarse con el recuerdo del pasado goce.

Pero ese recuerdo fue también debilitándose, opacándose en todo lo que de sensual tenía.

Y en el alma y en los sentidos del Hombre quedó sólo la nostalgia de la Dicha, locamente apurada y absorbida. Sintió el tedio y la tristeza mezclada de sobresaltos y ansiedades que dejan los placeres prontamente extinguidos.

Buscó en todas las cosas de la tierra algo con qué sustituir el licor cuyo gusto anhelaba paladear. Agotó su imaginación inventando delicias y recreos.

Fue todo en vano.

Con tanto trasegar falsos elixires, acabó por adular y luego olvidar el inefable sabor de la Dicha, sin por esto lograr sustraerse a su influencia.

Mientras más se alejaba de ella, más la deseaba y requería, llamándola desesperado.

La Dicha no acudía.

Hasta que arrepentido fuese el Hombre hacia la Vida y le confesó el hurto.

Airada, sañuda, escuchóle la madre Vida.

— Insensato! increpóle al Hombre. Creías, acaso, que toda la Dicha para ti tan sólo estaba reservada? Qué has hecho para merecerla? Hurtarla y gozarla torpemente. Si tanto la necesitas, si tanto la anhelas, si agonizas por poseerla, búscala, anda en pos de ella. Pero ve por donde nadie quiere encontrarla. Y mirala, cónocela bien, que quizás vaya contigo mis-

mo, sin que tú lo adviertas. Toma, que tal vez te sirva, lo que antes la contenía.

Y poniendo en manos del Hombre el vaso riquísimo que la Vida recogió en sus correrías, empujóle duramente por un sendero estrecho, solitario y agreste.

Caminó poco, pues pronto sintió el rigor de la jornada. Le rindió la fatiga y la soledad le llenó de desconsuelo. El Hombre se detuvo a descansar.

Sentía sed, sed ardorosa y abrasadora. Le embargaba dolor íntimo y amargo. Quiso beber y buscó una fuente, mas todo era aridez, reverberación sofocante en torno suyo.

Se hallaba en un desierto, el aterrador desierto de la Vida.

Llorando silenciosamente reanudó la marcha. Sus lágrimas caían, una a una, en el vaso precioso que contuvo la Dicha y que el Hombre llevaba ahora pendiente de su cuello.

Y al caer la tarde, exhausto, desfalleciente, no encontrando un misero manantial donde apagar su sed, maquinalmente bebió sus propias lágrimas.

Se reanimó su rostro endurecido por el dolor; brillaron fulgurantes sus pupilas nubladas por el llanto; sus miembros flácidos y abatidos por el cansancio, se extendieron e inflamaron con galvánica y portentosa llama.

Y por primera vez desde que agotara el dulce licor llamado Dicha, su paladar supo de su gusto purísimo, inconfundible e inefable.

Y entonces, el Hombre comprendió por qué la Vida puso en sus manos el vaso que el arrojara como inútil.

Ben Omar

Quito, 1927



El Puerto de Guayaquil

SORDINA

(O. BILAC)

Es una campana que canta,
que canta en el aire sombrío,
Pálida Venus se levanta...

¡Qué frío!

El bronce canta. El campanario
aparece en la lejanía.
Bronce que cantas solitario,
¿qué quiere decir tu elegía?

Y se arrebujan las colinas,
llorando va el agua del río,
cúbrese el cielo de neblinas...

¡Qué frío!

Nadie... La pampa amplia y silente
sin viajeros, solitaria...
Bronce que cantas dulcemente,
¿qué me dices en tu plegaria?

¡Ay es el miedo que despierta
al corazón triste y vacío!
¿Qué esperas más, alma desierta?

¡Qué frío!

¡Ay tanto he amado y padecido!
Mis ojos, ¿por qué estáis mojados?
¡Por mí los bronces con gemido
¡ay! están doblando a finados!

Sombras, llegad: el día ha muerto.
Muere también ensueño mío.
Es la muerte el último puerto.

¡Qué frío!

Pobres amores sin destino,
suelos al viento, deshojados;
os lloro con doliente trino;
mi corazón dobla a finados.

¡Con qué tristeza el bronce canta
en el aire quieto y sombrío!
Pálida Venus se levanta.

¡Qué frío!

Plenitud

Qué veces como fiera aprisionada
en vano el hierro de la jaula muerdo.
Pido la libertad que me fue dada
que la perdí y es mi único recuerdo.

Amigos vienen, sin pedirme entrada;
dícenme sea resignado y cuerdo.
Al escucharles, siento revelada
la conciencia, esa audacia que no pierdo.

Y en una como juvenil locura,
en la emoción y vértigo de un salto,
con súbito furor de desafío,
rompo los hierros por ganar la altura;
y al verme en élla soberano y alto,
siento que soy, por la conciencia, mío.

Mi Sombra

Dejando atrás mis rústicos alares,
dejando mi rincón de poesía,
marcho al fulgor de misticos luminares,
con lento paso, al término del día.

¿Dónde a mi culto el fuego en los altares?
¿dónde el amor que me luga compañía,
como en las dulces horas de cantares
en que yo amaba porque Dios quería?

Va conmigo hoy la adusta compañera,
la que me empuja a inevitable ocaso,
la confidente y único testigo.

¡Es mi sombra fatídica y severa,
que, gigante y tenaz, sigue mi paso,
y al fin al polvo rodará conmigo!

Amanecer

La mañana
ha llorado en las vidrieras
de tu ventana .

¡Será el frío
de las blancas cordilleras
que el rocío
trajo para tus vidrieras!

¡Tal vez será que mi aliento,
iba a tu pecho a decir
térnuras de mi quebranto,—
helado en alas del viento—
fue a morir,
trocado en gotas de llanto!

Ay qué fría esta mañana,
que ha llorado en las vidrieras
de tu ventana!

Olor de Tumba

Se abrió hoy el aposento
del amigo muerto...
Cunde olor de humedad y de hielo:
es un cementerio.

Los libros, las plumas, los versos,
las cortinas como alas de un cuervo;
en los vidrios yertos
han llorado rocío los cielos.

En un vaso de arcilla, cubierto
de líquen, de hormigas, de insectos,
una rosa muerta que fue blanca un tiempo
y hoy un esqueleto
muestra el tallo seco
con las púas-puñales tan negros
con que desafía a las burlas del tiempo.

Todo es ido y muerto...
Sólo las espinas viven como fueron:
son como el recuerdo
que no muere nunca, porque nació muerto.

Cansancio

No puedo más... ¡Cuán agrios los cantiles!
cómo quema la arena del camino!
Mis pies ensangrentaron las sutiles
aristas... Es mi inevitable sino!

Vano será que ardores juveniles
me lancen a otras sendas, peregrino:
los grandes seres y los seres viles
tienen un sólo y único destino:

En la vida el cansancio, en la ribera
del sendero lamerse las heridas
y bañarlas con lágrimas... Consuelo

es sólo hallar, en la estación postrera—
ya inmóviles las plantas doloridas—
la única puerta de salida: el cielo...

Remigio Crespo Toral

Cuenca, Ecuador

¿Yanquismo o Iberismo?

La inquietud de España por América y cómo América se aleja de España.—Los "reclamos" yanquis por la simpatía....

HACE poco publicó la prensa diaria del Ecuador un cablegrama interesantísimo para quienes, en estos instantes, discuten acaloradamente sobre las conveniencias del yanquismo en la América hispana. Se trataba nada menos que de la actitud de ciertos valiosos elementos de la prensa española respecto del "panamericanismo".

Decididamente, es éste ya un fantasma en las cordiales relaciones —más de orden intelectual que práctico,— entre los pueblos iberoamericanos y España. ¿Es el panamericanismo, en efecto, un ideal yanqui para desvincularnos radicalmente de las naciones madres de Europa y absorberlos con mayor facilidad que ahora? ¿O es el panamericanismo un ideal perfectamente hispanoamericano para renunciar por siempre al sentimentalismo histórico que nos acerca porfiadamente a los latinos de Europa, quienes, por su parte, no nos corresponden sino con indiferencia absoluta o con absoluto desprecio?....

Quién sabe.

Por fortuna, no es solamente de última hora esta inquietud hispánica por los destinos y problemas de América. Aunque sea una lamentable verdad que después de don Rafael María de Labra, España no ofrezca más hombres entusiastas para establecer medios de efectivo acercamiento entre España y las pequeñas naciones que un tiempo fueron sus colonias, no le faltan, en cambio, inteligencias superiores que, sin ponerse de espaldas a los afanes de la clásica *europiedad*, no renuncian tampoco a la inquietud por un iberoamericanismo fervido.

Entre ellos están Luis Araquistain, Marcelino Domingo y unos pocos más.

Debemos a éstos —y especialmente al primero de los indicados— una activa labor de crítica, de propaganda y comprensión de las cosas de América. —Les debemos

también aquel entusiasmo, aquel decidido afán por exaltar el valor e importancia de la raza y de las raigambres históricas, por sobre la omnipotencia del israelita interés que va conduciendo a la preferencia por Pan-América, con tácita exclusión de España y Portugal.

Y deben de ser precisamente algunos de estos nobles amigos de América y servidores de un alto ideal de confraternidad hispánica, quienes, también en esta ocasión, vuelven sobre la preocupación novísima: ¿debe España mirar impasible el yanquismo en la América Latina o tolerarán los yanquis, sin sentir quemarse el *monroísmo* dentro del cuerpo, que la América Latina se acerque *efectivamente* a los españoles?....

A este propósito, creemos oportuna una digresión.

Como es sabido, el Panamericanismo no es un producto ni de afecto, ni de comprensión, ni de simpatía intelectual. Al contrario, es un *ideal* tan árido, tan sin alma, que apenas se lo *ve* en los extremos— el latino y el anglosajón— aunque sin sentirlo, ni siquiera entre los mismos diplomáticos que lo han inventado.

Por otra parte, como muy bien ha podido observarlo desde España mismo el escritor E. Gómez de Baquero, "*los Estados Unidos están en un momento de absoluta impopularidad en la América Latina*".

Pero, al fin, aún con semejante impopularidad y con semejante carencia de motivos históricos y motivos siquiera intelectuales; aún con toda la antipatía sorda y las desconfianzas propias del débil que teme a cada momento ser devorado; aún con diferencias absolutas y todo, ¿cómo no ser *panamericanistas*, siquiera por dilettantismo o por mero deporte en la América Latina, si en ésta de lo único que se habla es precisamente de panamericanismo?

AUGUSTO ARIAS,

que siempre nos ofreció su colaboración en la que pudo apreciarse el ritmo de «Poemas Intimos» o la frase de «En elogio de Ambato», es desde ahora uno de los directores de «AMÉRICA».

Su entusiasmo quiere unirse al nuestro y su fervor por las letras nos acompaña en esta desinteresada faena con la sinceridad que es su distintivo y su laboriosidad que es su norma.

Los yanquis, los de los Estados Unidos de Norteamérica, provocan incesantemente festividades, reuniones y hasta paseos y espectáculos de carácter "panamericano".

Recientemente acaba de celebrarse en Washington un Congreso Panamericano de Medicina; pocos meses atrás hubo también un Congreso Panamericano de Periodistas. Antes hubo otro Congreso Panamericano de Vialidad. Y mucho antes, otros Congresos Panamericanos de Higiene, de Medicina, de Agricultura; en fin Hay también oficinas y libros y revistas destinadas a propaganda panamericana. La revista "Inter-América", que es una de las mejores publicaciones literarias de este Continente, es, como se sabe, costeada y difundida por la "Sección Interamericana" de la división de intercambio y educación de la Fundación Carnegie y ofrece en castellano artículos literarios y estudios científicos de yanquis para los latinoamericanos, y artículos, y estudios en inglés de autores latinoamericanos para conocimiento y recreo de los yanquis. . . .

Y frente a esta formidable y porfiada labor de los norteamericanos, ¿qué hacen los españoles? ¿qué pueden hacer los españoles? ¿qué desearían hacer nuestros buenos e inteligentes hermanos los españoles? ¡Qué si pudiéramos nosotros mismos hacer algo para defendernos siquiera!

Pero no. El panamericanismo avanza triunfante aunque no sobre rosas, pero al fin, sobre las vetas de nuestras minas, por sobre nuestras industrias y nuestros carreteros y ferrocarriles. ¡No hay qué oponer a la invasión!

La América Latina está invadida, en efecto, de oro, de billetes, de papeles im-

presos y de hombres yanquis, como está invadida ya la misma Europa en forma de préstamos y valores fiduciarios del "Wall Street".

Por tanto, el Panamericanismo— aunque sea como simple fantasma, como simple estorbo para cualquiera otra cuestión, para cualquier otro acercamiento político de naciones,— es un hecho.

Y es un hecho que, sin tener el valor de un organismo útil para nosotros, va consumándose, por desgracia, sobre un volcán de odios y recelos.

Los yanquis tienen una historia negra adscrita a la historia del desenvolvimiento político y económico de Hispanoamérica; y he aquí el motivo de la desesperación y la alarma que, como en España, causa aquí el panamericanismo, o sea, según lo comprende el autor de estas crónicas, *el yanquismo*— absorvente, negociante, capitalista y usurero.

Ultimamente el ex-Presidente de Chile don Arturo Alessandri —resentido por las actitudes yanquis en aquel escabroso asunto de Tacna y Arica— ha opinado por que debíamos preferir, ya francamente, el simple y escueto "latinoamericanismo".

Pero tanto éste como el otro *ismo* que nos acerca histórica y sentimentalmente a España, llevan por lo que hemos anotado, el serio peligro de pasar, más bien, a la categoría de los nobles y sagrados ideales sin esperanza de realización.

Lo que no dejará nunca, por cierto, de ser en extremo sensible, así para los americanos que amamos a España, como para los españoles que quieren y se inquietan profundamente por los destinos de América.

Ambato, Ecuador

Oscar Efrén Reyes

EPISTOLA AL HERMANO

DESDE esta señorial ciudad de San Francisco de Quito, linda ciudad que oculta su latina grandeza en el agreste marco de sus verdes colinas, ciudad épica y lírica de próceres y bellas mujeres adorables, en donde como un rancio romántico de antaño vivo mi juventud, te escribo.

HERMANO:

Recuerdas que era un niño cuando tu adolescencia precozmente atraída por la inquietud del éxodo echó a volar al mundo?
Pues bien, hoy ya he vivido tanto que en mi cuarto de siglo me siento perfectamente viejo...
Y esto no me entristece; pienso que está muy bien que la vida se acabe!
Lo que aflige mi espíritu es ver que el tiempo corre cada vez más a prisa... y que tus pasos nunca se orientan por el grato sendero ya olvidado del hogar que dejaste...
en donde siempre hay labios que pronuncian tu nombre y brazos que te esperan...
y una madre que riega con llanto de esperanza la oración cotidiana en gracia del ausente.

Nada ocurre en la casa. Todos viven. Sólo ella, la abuelita, te acuerdas?
No dejó para siempre!
Se fue tan en silencio en un dolido y triste amanecer de invierno!
Se fue sin despedirse ni darnos el adiós!

Y vivimos... vivimos. Yo un poco envenenado con el lírico ajeno de la literatura.
Cuando me deja el monstruo de mi vieja neurosis, leo, pienso, escribo. Y hallo en esto una dulce consolación errante para el cansancio eterno de mis horas vencidas...
Frecuentemente el ansia de abandonar el cielo tan azul y tan bello de este rincón de América me asalta!
Tanto he soñado yo con el tedio de Londres y la melancolía fragante de París!

Ya no más el hastío te cogerá en sus garras:
y dejarás de nuevo tus rascacielos rígidos
para perderte —loco de extraños horizontes—
en el gran laberinto del camino del mar...
Callarás por un tiempo. La esperanza de verte
vacilará en nosotros. Otra vez dudaremos
si existes....
Pero no. Un buen día nos sorprenderá el grato
milagro de una carta que viene desde el Cairo
o Estambul....
Serás tú que nos mandas
tu retrato: un extraño retrato alucinante:
estarás en un caique sobre un remanso dulce....
con torbante y un largo narghilé de turquía...
Nos dirás:
«Un recuerdo del Bósforo. He de verlos muy pronto.
Adiós!»

OLEO PROFUGO

Son las cinco. Ha llovido.
Las campanas católicas riegan en el espacio
el dulce Ave María del ángelus urbano.
Los pararrayos rígidos de las cien torres místicas
muerden lúbricamente la desnudez azul
del cielo.

DISPERSAS
las garzas de la nieve se han quedado dormidas
en los tejados húmedos,
mientras
la nave del crepúsculo ha encallado en los picos
de las altas montañas
y se incendia!...
Para ver su naufragio, las muchachas románticas
se asoman en las ventanas
de sus casas y miran
con tristeza al horizonte....

Es la noche, la luna pondrá su embrujamiento
en todos los jardines plateados por la nieve
y las rosas...
Yo desde la boharda de mi tercero piso
miraré a la ciudad
blanca como una novia...
Y pensaré en el llanto febril de las mujeres
que no he querido amar.

Antonio Montalvo



Un cendero hollado por la planta de Montalvo
en su morada de Ficoa

LIBROS Y AUTORES

EL hospedaje que me conceden los amigos de "América" me ofrece la oportunidad de agradecer a sus autores, si quiera en breves opiniones, por algunos de los libros que recibo.

Medardo Angel Silva. — POESIAS ESCOGIDAS. — Editorial Excelsior. — París, 1926.

Gonzalo Zaldumbide, por intermedio de Hernán Pallares Z., que tiene como él un juicio armonioso y profundo, me obsequia con un ejemplar de las poesías escogidas de Medardo Angel Silva, seleccionadas y publicadas por él en París. He releído las estrofas, ya casi familiares en virtud de lo conocidas de aquel que "estuvo marcado para un sino de gloria y duelo". Como antes, he reparado en su corazón de adolescente, melodioso y pálido, agitándose como en una prisión, en el triángulo del amor, la muerte y el dolor. El miedo de la vida canta en sus versos con una reticente expresión y la muerte que "pasa y repasa y revuela leda y se posa en esos sus poemas fúnebres que parecen estremecerse al soplo del misterio con un murmullo de frondas nocturnas", habla en sus versos con un singular anhelo libertador, como un desdén de la primavera niña, con la obscecada firmeza que ya le había predestinado al fin incontenible. La silueta de colegiala, la mujer real o verdadera que corporiza el amor y acicatea su maravilloso don de cantar, le sugiere también, en su perecedera hermosura, la imagen clara o difusa de la muerte. Convaleciente, tiene la "bella tentación de darse muerte" tejíndose un cordel con la peluca de la amada. La tiniebla cinérea le asedia aún en los momentos en que el pródigo corazón deposita su rocío en el búcaro amable de la vida. La blancura de la mujer que sueña o ama halla en el lucero divino, su voz en el canto del ruiseñor y el simil fácil le trae el recuerdo de sus cabellos de seda en la divagación del viento vespertino, pero **el reloj que cuenta las horas de no verla**, le parece un comentario imposible a su suerte de enterrado vivo. Otra vez, la muerte repasa en torno de su frente, le trae revelaciones lontananas, sobre su alma ahíta de locuras acedadas y de sueños ilusos, se complace en estrujar su flor letal, ahogándole, incitándole.

En lo tardío, denominación que dió a su posterior **Suspiria de Profundis**, su lamentación fúnebre hácese más patética y su voz desolada, clavándose en el corazón de la madre como una saeta, le habla de que su vida enferma y triste no vale los dolores que ha costado. ¿Paradoja de la eclosiva jornada inicial que se llena de visiones fúnebres o presentimiento verdadero, predestinación fijada en el canto armonioso que trayéndonos el suave aroma de los azahares juveniles, nos ofrece también la sombra moribunda y el adiós verdadero?

Deslumbrante, momentáneo; riquísimo de espirituales joyas auténticas, profundo, puro, melodioso, trajo su verso acabado y sincero, con galas aristocráticas de imaginación y verdades esenciales de la vida. "Versos, estrofas, poemas hay de Medardo Angel Silva que bien pudiera pasar como molitos de Dario", dice Gonzalo Zaldumbide, después de escuchar la armonía en que Silva desparramaba su don espontáneo con admirable prodigalidad.

"No dicen los Inviernos que no haya primavera, en la noche más negra palpita el alba pura, lo sabio es esperar; es fuerte quien espera —buen sembrador—relando la cosecha futura".

Atentos a la inflexión de su voz persuasiva, cabe pensar cuanto habría dado el poeta en su hora de meditación, ya serenizado el anhelo sin órbita en el que se debaten inútilmente nuestros primeros sueños y nuestras incontenidas angustias lacerantes que no saben esperar. Pero Silva hizo prontamente efectivo su ademán cansado o le sorprendió, acaso, con súbito gesto, la Muerte impetrada en sus estrofas, que le impulsaba en la emoción de la partida, rompiendo en él esa voluntad de reposo, aquella grave actitud que separa el sueño de la vida como una espuma de color, momentánea y frágil se desprende del agua que nos lleva en el viaje calmoso. Silva escuchó la voz de sirena de la Muerte o incalculado, prematuro, trajo para el cantar de su delicado cisne, el golpe de la hoz, el final perseguido, larga, cruelmente, en obsesión de estrofa.

Después de "lo amargo de los sueños hallados" que dan al corazón la pregunta imposible: "¿Qué voy a pedir ahora?", llegaría la cordura con sus voces convencedoras. Nos

hubiera dado un canto sedante, una heroica punta armoniosa, quien nos hizo escuchar, en el comienzo, su acento dolorido y tembloroso. Un poeta casi niño que se debatía con angustias imprevistas ante las sombras del eclesiástico, como justa compensación había de ofrecernos más tarde la reconfortadora claridad que ama, espera y aguarda. En la actitud de la danzarina, de uno de sus mejores sonetos, de la que se "ignora si danza o volar quiere", y a la que el poeta pide que la sostenga porque "se va a morir", porque "se muere", me parece advertir, por no se que oculta imagen, un vago simbolismo de su alma inquieta y disforme. Era como ella, "tan aerea, tan leve, tan divina", se tornaba "un ala" en el cotidiano vuelo, rebosaba de inquietud, de melancólica inestabilidad, como poseída de "una alada esencia". Sugiere también "un ambiguo miserere", el dinamismo de la vida que sonreía en las mañanas claras, hiriéndole en la melancolía de los ocasos con esa indeterminada espina que ha hecho exclamar a uno de nuestros mejores poetas: "Nada me ha pasado—me digo otras veces—dolor y abulia—me llenan la frente".

Esa vibrátil alma columpiábase en la más promiscua de las inquietudes y daba de sí, en abundancia matizada, poemas conmovedores. El ensueño estable apagaría su voz penserosa y el poeta—admirable ya—más humano y apaciguado en la certeza de encontrarse frente al calmoso horizonte de la serenidad, hubiera hablado con las voces más ciertas y definitivas.

Después de cerrar el librito de poemas, recorro, con el afán de hallarlo de nuevo, las páginas de su novelita "María Jesús" que huelen a humildes violetas de campo y por las que pasa, con un fulgor indistinto, su alma florecista de romanticismos en pos de otra alma, inhaliada y fugitiva. Este es uno de los más simples romances y sin embargo, sus cuadros efímeros y llenos de cotidianismo están bañados de poesía silvestre y de amor veraz que conmueven profundamente y junto a la muerte, a la inencontrada, sobre sus ojos ya cerrados, en torno del vacío de la campaña sin alma, en el corazón de la noche oscura, oigo su voz que grita con la urgencia de los sueños deshechos, con la angustia de la inaridez de todo que era su voz conatural: ¡María Jesús! ¡María Jesús!

Notas marginales al Discurso "Bernardo Valdivieso".— Clodoveo Jaramillo Alvarado.— Loja, 1927.

La figura educadora del ilustre lojano Bernardo Valdivieso adquirió los indeclinables relieves del recuerdo en la fiesta espiri-

tual de hace poco tiempo, consagrada a conmemorar el centenario de la fundación del Colegio que lleva su nombre. En la ocasión de la apoteosis consagrada fuimos a buscar, en dispersas páginas, la huella de su vida noble y descubrimos como actuó, renovando los sistemas educativos, abriendo la ruta de nuevas conquistas pedagógicas, poniendo el primordial afán de su vida en lograr la educación integral de los lojanos, quienes en agradecido tributo, ciñen el nombre de Valdivieso con el fresco laurel de la admiración. El doctor Clodoveo Jaramillo Alvarado, correcto escritor de la juvenil generación lojana, ha publicado el discurso que pronunciara en la velada conmemorativa del Centenario de la fundación del Colegio "Valdivieso" como delegado de los colegios "Mejía", "Benigno Malo", "Bolívar", "Gómez de la Torre", "Pedro Carbo" y "Espejo" y recorriendo sus páginas, fruto de un cariñoso estudio y de una total comprensión de la obra del fundador, hemos vuelto a mirar al hombre venerable, luminoso en la justicia del homenaje. El galano conferencista, siguiendo la trayectoria de la biografía, juzga al educador en relación con el tiempo en que asimiló teorías y asiste a su formación espiritual, situándolo en el medio escolástico y tradicional de su época, para entrar a contemplar la vasta influencia de su obra, concluyendo con la exposición de los mirajes del porvenir, susceptibles de mejoramiento, si la incansable labor va unida al buen propósito.

Comentaremos brevemente las tres partes del interesante discurso.

El educador y el tiempo

Señala la tendencia teológica dogmática como el distintivo de la educación colonial y considera a Loja como al "foco de luz que irradia en el antiguo Reino de Quito" cuando las letras clásicas, las matemáticas y las ciencias metafísicas alcanzan su apogeo en la Facultad de Artes y Teología de la Compañía de Jesús, establecida como "la clásica Academia de la que salen una legión de humanistas, filósofos, teólogos y oradores". Sus nombres están claramente delineados en las letras ecuatorianas y el doctor Jaramillo cita a algunos de ellos: Rojas, Montcada, Ureña, Velasco.

"Toda esta edad de oro de nuestra cultura colonial, hubo de cortarse un día bruscamente por la mano del destino. Primero el terremoto de 1749 reduce casi a escombros nuestra real ciudad, y luego, en 1767, es expulsada de América, por mandato de Carlos III, la Compañía de Jesús, bajo cuyos auspicios se levantaba nuestra Facultad de Arte y Teología", dice el doctor Jaramillo Alvarado.

Después de más de 30 años de "penumbra espiritual", surge Bernardo Valdivieso, "en quien fulgura toda la tradición gloriosa". Tiene inquietudes modernas muy bien encauzadas en aquel marco severo y disciplinado de sus estudios anteriores: Pide efocación moral y educación científica. "Una moral no limitada por la terquedad del dogma y el convencionalismo político del Estado teocrático" y "una educación científica que acerque el educando al gran libro de la Naturaleza, a la Filosofía y a la Historia". Reemplazó el Colegio "Bernardo Valdivieso" a los antiguos centros educativos y en la modalidad de su enseñanza se imprimieron con acierto y visión clara, las nuevas orientaciones, el espíritu de modernidad "que lo colocaba en la línea de un libre desenvolvimiento ideológico".

La obra y su influencia

La obra magna tiene su contratiempo desde la muerte de Valdivieso (1805) hasta 1812 por "una tenaz lucha de intereses personales al rededor de la cuantiosa fortuna que representa el legado". La presencia del doctor José Mejía, el orador quiteño, salva la situación y se dicta entonces el primer plan de estudios del Colegio, inspirado aun en un profundo dogmatismo. "La obra del filántropo se modela en el espíritu del Libertador de América" y es así como desde 1822 se reorganizan las normas pedagógicas ya que "junto al Cristo soñador e idealista, ábrese el libro de la Ciencia y de la Vida". En 1859 llega a su radiante cenit el Colegio, pues la Comisión Granadina enviada desde Bogotá por el doctor Riofrio concede importancia definitiva a la "preparación literaria y científica de la juventud". Es en este tiempo de fructífera evolución cuando "se funde en las excelencias del Arte el alma puritana de Loja". El doctor Jaramillo enumera las excelentes conquistas del Colegio, a partir de esta brillante época. Recordemos algunas: Se modifica la unilateralidad dogmática que absorbía totalmente la enseñanza y se amplifica el criterio artístico y científico. Las ideas de progreso, cultura, civilización; los conceptos de gobierno, sociedad, estado, democracia, mantenidos en el Colegio han formado el tipo de moderna cultura de estos tiempos que se nutre de saber científico, artístico, vigor racial, etc. Cúpole al doctor Riofrio iniciar la liberalización de la enseñanza lojana, en una admirable continuidad del pensamiento de Valdivieso. Y señala Jaramillo Alvarado, como una consecuencia de esta libertad, primero el surgimiento del canto romántico como la revelación libertaria del arte del rigorismo clásico y luego "la rebeldía de la juventud en el aula, en la prensa, en el vivac...."

Mirajes del porvenir

Pero "el Colegio Valdivieso ha cumplido ya su misión, que no se puede esperar más de él", se pregunta el conferencista. Cree que, a pesar de ser un establecimiento de primer orden, todavía conserva el tipo de "programas anteriores a la conflagración mundial de 1914, que fue como la crisis de la civilización occidental". La post-guerra, como muy bien lo expresa el Dr. Jaramillo ha traído en sus reformas educacionales la supresión del enciclopedismo, y la marcha hacia las nuevas realidades.

Quedan, de la vieja cultura, algunos defectos que se exponen en el discurso con brillante criterio y estos son: el ideal de la formación de sabios, rigorista y acaso perturbador para la educación integral. "La enseñanza intelectual, irreal, libresco" de memoria, sin objetivación adecuada, carente de realidades concretas, de aplicaciones inmediatas, teórica y hasta fantástica. "Vivimos en plena edad romántica, en la época eglógica, deleitándonos con el drama de la vida sin entrar a la vida misma", dice Jaramillo Alvarado, que señala, finalmente, algunas reformas de enseñanza para fortalecer los mirajes futuros.

El Colegio "Bernardo Valdivieso" y el intelecto de Loja

Del Bernardo Valdivieso, obra del benefactor cuyo centenario ha sido saludado con los vitores de una generación que se nutre en el estudio del pasado para afianzar su fe en el porvenir, han salido poetas y prosistas en halagador florecer, tribunos, legisladores, magistrados, diplomáticos... El autor de las páginas que comentamos fue distinguido alumno del Colegio, y si mal no recordamos, desempeñó la cátedra de Literatura de ese plantel.

Loja, además, es un reducto de Castilla, porque el buen decir se conserva en ella como un símbolo de nobleza peculiar y hasta como un distintivo del alma racial.

En este tiempo, felizmente de tránsito, en que la soberbia indocta alza cátedra de letras ininteligibles, Loja se mantiene como un crisol del idioma.

*Ernesto López. — BREVIO
ITINERARIO. — Cuenca, 1927*

Como un original saludo de año nuevo, el Dr. Ernesto López publica un diminuto y sugestivo itinerario en el que marca, con

la oportunidad del viajero inteligente, los sitios amables de su visita. A poco trecho de su lectura se descubre al poeta que aprecia detalles de belleza y sabe mirar el alma de las cosas. "La ciencia de viajar no es fácil sabiduría. Locomoverse no es difícil: así, Sancho viaja fácilmente", dice en las líneas iniciales de sus recuerdos de viaje, destacando la verdadera emoción inteligente del viaje, de aquella simple locomoción material que da una idea de vulgar transporte de algo inerte. Paisajes inolvidables de nuestras serranías a lo largo de la línea férrea ha descrito en breves pinceladas y conociendo a los jóvenes escritores de Quito de los que acierta a expresar acertados conceptos, se ha dado tiempo para visitar el moderno vernissage de un artista, concurrir a una velada patriótica y hacer un alto en un pueblecito e los contornos, mojado de rocío agreste pesar de sus recientes humos de urbanismo. Al poeta vienenle imágenes repentinas en el decurso de la vía. No puede ocultar el esbozo de alguno de sus originales *versos blancos* cuando el lápiz pronto y colorista, verifica la anotación de un sitio que intentare tener en el preciado album del recuerdo. Y es para Quito su rítmico piropo: "Entre cien villas, soberana villa—Ambiente de París, sol de Castilla—Sonrisa pasional de Andalucía—Tú, del amor caliente nido azul—Tú, del ensueño, auténtica Stambul".

Rogelio Sotela.—*EL LIBRO DE LA HERMANA* — San José de Costa Rica.—1926

El pensamiento hondo y amable que nos condujo por las páginas de "Recogimiento", haciéndonos admirar espirituales tesoros, reúne ahora en "El Libro de la Hermana" sus poemas de confidencia y ternura sobria y acariciadora. "En mi verso hay un poco de humildad, de ternura", dice el poeta que pone su rima clara en el regazo de la hermana. Cerca de esa amorosa devoción fraternal, la calma de su manso panteísmo le sugiere imágenes cristalinas y apaciguadas: "el agua está tranquila — como una alma de Sor que se hiciera pupila"— exclama en su poema del lago, en donde ha caído un pedazo de cielo para la "buena hermana", a quien le dice de la alegría de cuidar las rosas.

Fresca promesa que nace para la amada con espontánea rima es aquella que trae de la evocación desteñida, las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las almas:

"Vivamos la ventura de nuestra compañía y hagamos una dulce promesa en este día, tu, ser la hermana Elvira y yo, José Asunción.

Y así como la luna refleja su tristeza sobre el azul del lago y se queda dormida consagra tu el motivo de tu gentil nobleza con la dulzura blanca de tu delicadeza sobre el murmullo tenue que cantará mi vida".

Invítale a su gentil Amalia a unirse sobre la mudable inquietud de las cosas. Fuerte lazo de espíritu que atará los sueños y en una doble supervivencia habrá de alargar el alma de la musa grácil en el verso del poeta y retendrá la voz del cantor en el ánfora sensitiva y trémula del corazón de la inspiradora. Siempre la sombra de las almas.

En torno de la felicidad cumplida que ostenta la guirnalda del amor bien logrado, pasa, insistente y glorificadora la imagen de Dios que puede ser en esta vez, una conciencia purificadora que se identifica con el corazón sano, la obra de bondad, el empeño noble y la clara esperanza. "Dios es el hermano mayor", logra decir bellamente quien encontró (espíritu singular de doña Amalia Montagné) la mejor hermana. "Para nuestra ventura nos bastamos. Soñemos". Con Dios y Amalia, tiene Sotela un admirable recogimiento, lleno de luces y colmado de venturas.

Desde la montaña comprende mejor a Dios que viaja entre el espíritu de las soledades y en su convalescencia tiene palabras que revelan como el dolor está curado con vendas apacibles. "Gracias, hermana, gracias! me siento ya tan bueno".

La hermana y el poeta, en la velada familiar y de la densa página de la lectura, en la espiral del sueño, son llevados a Dios por la escala persuasiva de las líneas que escribiera Platón:

El amor verdadero
el que está en la suprema comprensión
cuando del propio fondo de las almas
se levanta su imagen hasta Dios".

En la primera parte del libro aparece bondadosa y serena la imagen de la esposa del poeta. El pincel que la anima puede retenerla en ligeros toques que se entibian de cariño. Grácil, inteligente, compasiva y discreta, tal es la que tiene el poder de llevar hacia Dios el espíritu de un gran poeta. En la segunda parte

"Elogios a la hermana", un selecto grupo de cantores parece cincelar el marco de contornos delicados que guardará ese lienzo anímico en el que palpita, sobre el corazón de Rogelio, el rostro imperecedero de Amalia.

"Si eres rubia o morena, si eres lánguida o triste no lo sé, mas hay algo que en tus labios risueños y en tu frente divina y en tus ojos extraños resucita en mi mente lo mejor de mis sueños y en mi pecho despierta lo mejor de mis años!"

Tal es la guirnalda de oro terso puesta por Guillermo Valencia en ese marco inolvidable. Una cuarentena de artífices han tallado en él un pensamiento, una violeta, una rosa galante, una florecilla recordativa o una ligera hoja, plana y reverente.

Una rosa y un laurel, definitivos, José Santos Chocano:

"Perdón, señora, que tan de prisa me entre en vuestro album. Corriendo estoy veinte mil años hace, corriendo como el soldado de Maratón.

Ave Señora! Salud Poeta!
Lauros y rosas os traigo al par...
(El arte lauros ciñe a la dama
y el amor rosas brinda al galán).

Veinte mil años hace que corro
y hoy en vuestro album paro los pies...
Para el poeta traigo una rosa
para la musa traigo un laurel!"

DEVOCIONARIO ROMANTICO. —

Carlos Préndez Saldías.—

Santiago de Chile.—1926

En los libros anteriores del fácil y emocionador Carlos Préndez Saldías — "Paisajes de mi corazón" y "amaneció nevando"—ya le encontré mi simpatía tejiendo esa rima evanescente de recuerdo que tiene un vocablo portugués para denominarla por lo que encierra de melancolía pura y de evocación plácida: *saudade*...

Ahora me llega de la selva lírica de Chile esta rosa emotiva y mística, pequeña y fragante, su "devocionario romántico" que contiene las oraciones del alba para el milagro del florecimiento, rezos de la tarde, plegarias de la noche en que se guarda el amoroso bien logrado, oraciones eternas como la del *buen olvido* que tiene aciertos de recordación y elegantes reproches: "Ahora en la tristeza—me hieren sus fragancias.—Fue todo el regocijo— y es todo el desencanto— dice evocando a la novia que va internándose casi sin sentir en la sombra de la olvidanza y a quien se cantó en el verso "que la querta tanto" pa-

ra hacerla más viva y tangible, el mismo que habrá de borrarla al fin como al sueño de otras noches.

Libro pequeño como un verdadero manojo de oraciones y en el que canta y reza, con liturgia de beatífico amor, la misma voz del Préndez de ayer, tan pura y armoniosa. En realidad, la misa del corazón se vuelve diáfana en su cándido rosario de plegarias emotivas y el "Dios te salve amor nuestro" puede servir para acariciar el sueño de la primera novia.

NUESTRA AMÉRICA.—Revista mensual de difusión cultural americana. — Director: Enrique Stefanini. — Buenos Aires. — Nuestra América es una vieja casa de cultura. Su Director la viene manteniendo desde hace siete años con una voluntad admirable; ahora reúne esas frescas voces que hacen la poesía del terruño y reflejan en el colorido de la novela el ambiente peculiar de las tierras de América. De Horacio Quiroga o González Arriola se leen siempre páginas inolvidables. Su Bibliografía es un mirador abierto a toda la producción hispanoamericana de valía y en "Voces de nuestra América" se recogen, con discreta inteligencia, los problemas que interesan al mundo nuevo.

REPERTORIO AMERICANO. — Semanario de cultura hispánica. — Director: Joaquín García Monge. — San José de Costa Rica.

Este periódico de modestísima apariencia que fue llamado por algún escritor "La Universidad del Espíritu" realiza una labor de incalculable trascendencia. García Monge, con exquisito gusto y amplio miraje, reúne todo lo que de interés colectivo aparece en la numerosa prensa indoeuropea. Nos libra, con esta selección acertada y minuciosa, de la búsqueda larga y de la fatigosa investigación. Nos ofrece, en un haz armonioso, la obra espiritual ya ordenada y clara. Los escritores representativos de habla castellana conceptúan como un alto honor el hospedaje de "Repertorio". Y allí se debaten los problemas más contrarios, con la amplitud que quisiéramos ver en todas las publicaciones del continente. No es una capilla de pocos; es una alta tribuna de todos. Parece que hasta las tijeras de García Monge tuvieron inteligencia. Es un maestro de antología, un gran ordenador de idearios. A él le debemos el brillante archivo del pensamiento americano.

Augusto Arias

EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE BEETHOVEN

¿CÓMO dejar que pase en silencio la conmemoración del más grandioso de los genios musicales, en el primer centenario de su muerte? El inclito artista que debía arrebatarse los laureles a la gloria, bajó a la tumba, en un día como éste, hace un siglo, el 26 de Marzo de 1827.

Procuraré reunir mis evocaciones de otra época para tributar, aunque sea débilmente, un sincero homenaje al gigante.

Recuerdo que cuando estudiaba música en Nashville, bajo la dirección del célebre maestro belga Eduardo Potje, discípulo de Liszt, conocí a un compatriota de Beethoven, que me refirió muchos episodios de su vida. Había nacido en la ciudadcita de Bonn, cerca de Colonia, en donde es popular el recuento biográfico del autor de la Novena Sinfonía. Muchas veces había paseado por delante de su estatua, meditando en los infortunios de su inmortal paisano. Me aseguró que se conservaba la clave donde empezó sus primeros estudios casi forzosamente, sufriendo los rigores de su tercer padre, amigo del alcohol. Sin duda en ese mismo instrumento recibió lecciones de Albrechtsberger y Salieri. La pobreza le abrumó hasta el extremo que hubo ocasión que no contaba ni con ropa ni zapatos presentables para salir a la calle. En su pueblecito natal no olvidan las tristezas del genio, y se han familiarizado con los trozos principales de sus sonatas y tríos para piano, violin y violoncello.

En Nueva York, dió conciertos un célebre maestro, que se decía pariente, creo que nieto, del amigo íntimo de Beethoven: Schindler, que le vió súbitamente encanecer a causa de los pesares que le causaba su ingrato sobrino Carlos, que aceleró la muerte de Beethoven. El concertista me contaba que conoció los rudimentarios aparatos acústicos de que se servía, fabricados por un mecánico de apellido Maelzel. Existen, como una de las torturas que atormentan, en la ley de los contrastes, a los que sobresalen en este mundo,

aquellos instrumentos en el Museo Beethoven.

El peor de todos sus sinsabores fue su sordera crónica, que se le presentó antes de los 28 años, y que trataba al principio de disimular, porque esta dolorosa revelación le pesaba como una montaña. Los médicos han atribuido a la herencia, tomando en cuenta que su madre falleció tísica.

Sobre el huérfano infortunado cayeron las obligaciones del hogar, acostumbrándose desde temprana hora a las luchas fuertes por la vida.

Fue de carácter altivo e indomable, de sólidas virtudes, amigo de socorrer a los desgraciados. Su alma se había escudado en una firmeza moral que asombra. Sus amores fueron purísimos, si bien muy contrariados por los golpes de la suerte, desde su infantil compañera Eleonora de Breuning, hasta Julieta Guicciardi, a la que consagró el inefable "Claro de Luna". Después, endulzó unos instantes su vida Teresa de Brunswick. Ella rememora la inspiración de Beethoven y cómo se transformaba su alma. "Una noche del domingo, escribe ella, después de comer, Beethoven se sentó al piano, a la luz de la luna. Principió por pasar su mano abierta sobre el teclado, que era su manera de preludiar siempre, y que Francisco y yo conocíamos. Tocó después algunos acordes en las notas bajas, y, lentamente, con una solemnidad misteriosa, ejecutó un canto de Sebastián Bach: "Si quieres darme tu corazón, que sea primero en secreto, y que nadie pueda adivinar nuestro mutuo pensamiento". Mi madre y el cura se habían dormido; mi hermano miraba en el vacío con gravedad; y yo, bajo el influjo de su canto, y de su mirada, sentía la vida en toda plenitud". Tal vez de allí brotaron las tranquilas bellezas de la Cuarta Sinfonía. Quiso componer una ópera para Teresa.

El 1º de Abril de 1825 se ejecutó, por la primera vez en Alemania, en la ciudad de Francfort, su obra que es la cumbre inalcanzable del arte musical: "La Novena

Sinfonía". Le tocó perfeccionar la técnica sinfónica engrandecida por Mozart y Haydn. Era el revolucionario entre los eminentes músicos de los albores del siglo XIX, como Carlos Weber el creador de la ópera romántica, el hamburgués Mendelssohn, Schubert el de la "Muerte del Cisne", Robert Schumann, el de los motivos del Fausto, etc. A propósito, Beethoven acarició siempre la idea de ilustrar, con una obra maravillosa, la del gran poeta alemán. Sería tarea larga anotar sus ex-

celsas composiciones, tríos, óperas como Leonor y Fidelio, fantasías, su Misa en Re y los cuartetos que escribió en las postrimerías de su existencia, desde 1824 hasta 1826.

Aseguran que, además de sus cartas y pensamientos musicales, dejó varias obras inéditas, el más grande de los genios de la melodía y de la ciencia armónica.

R. Andrade Coello de Gusakis

Quito, 1927.



EDIFICIO

de el

DIARIO



**E
L
C
O
M
E
R
C
I
O**

El decano de la prensa capitalina cuenta ya con un magnífico edificio en el que se instalarán todas sus dependencias y se dispondrá de piezas amplias para su REDACCION, BIBLIOTECA, Talleres de fotografía y fotograbado, etc.

"El Comercio" es un diario moderno que se afana por presentar las mejores informaciones, mantiene secciones variadas de lectura amena y se inspira en un espíritu de seriedad.

Lámparas de Ilusión

Fragmento



ER el esqueleto de las cosas, es como ver el alma del mundo. Esto es lo que yo ambicionaria. Limitado número suman los que tal logran: mientras que somos innumerables; quienes olvidándonos de esa necesidad del alma o desconociéndola:—la cubrimos con una indiferencia crepuscular en la vida mundana, como se apaga un gemido con un tarareo de sosiego, y giramos por el mundo en el vértigo de la oscura ilusión, para morir sin habernos hecho estas interrogaciones alarmantes: ¿cuál es el sentido, la significación de la vida? ¿Tendremos *allá* la radiante conciencia del Misterio?

De noche, con su tranquilo, interminable roer, de una monotonía tan agresiva—fijas en que la monotonía de las cosas, es una inquietante agresión para el alma—el ratón me molesta; y no encuentro forma de pacificarme, pues ignoro con cuál otro plan puede haber sido creado este animalito, si no es para minar las paredes, perseguir el queso, propagar la peste y no dejar dormir a las personas. Empero, la cólera me impide recordar otra enigmática suerte de ratones: la que llevamos dentro de la cabeza, y que, si lo pensamos bien, tampoco deja dormir al hombre. Es la que nos indica en el silencio de nuestra vigilia interior, como esas onerosas causas que atribuimos a la creación de los roedores, son precisamente los motivos supremos de su existencia: puesto que la gran Madre crea y cria sin humano permiso a los gatos y a los ratones, al Scorpión de la Esfera y al insecto alacrán, a Sócrates y a Platón lo mismo que a los tiranos griegos, a Washington y a los petardistas, al doctor Vargas y a Garratazú, a Sucre y a Zuazola.

A propósito del significativo Zuazola y de sus compañeros cortadores de orejas a los patriotas, veo estas dos ilusiones: Por el antiguo método criminalista se persigue al malhechor conforme a la responsabilidad inherente al libre albedrío. (Ya sabemos que la hoja en el árbol no se mueve sin la voluntad de Dios). Ese castigo parece, pues, una retaliación. La sociedad dice al delincuente: me has ofen-

dido en plena conciencia de tu acto. Esa trasgresión rebosa mi ira y mi miedo. Necesito vengarme y hacer un ejemplo para estar tranquila. Muere, pues, en holocausto a mi miedo y a mi ira. El bandido sube —debatándose también lleno de miedo, o con tranquila indiferencia, ensayando retóricas patibularias— la escalera del cadalso... En cambio, la nueva ciencia no exige la responsabilidad del criminal: el determinismo triunfa de la volición: la herencia, los tremendos hilos atávicos sujetan el individuo a una vida brillante, o a una suerte pavorosa. El hombre de bien, eslabón en la gran cadena de las generaciones, se pregunta espantado si él, personalidad recta y sana, será otra cosa que vehículo temporal, obscuro pasadizo de alguna trágica corriente de crimen o de vicio que, brotando de fuentes ancestrales, corra esotéricamente a través de la familia para formar dentro de ella pozos siniestros en almas y vidas que él adora y sueña honradas y puras, para decoro propio y gloria del nombre. Y dice la ciencia: Este malhechor no es responsable; el crimen está en la masa de su sangre; es producto de una acumulación de gérmenes morbosos, de enfermedades de sus antecesores; es un caso patológico incurable. ¿Dejaremos vivo a este enfermo tan peligroso, a esta fiera racional que desvelará pensando en asesinar hábilmente al carcelero, al ordenanza de la penitenciaría, a la hermana de caridad en el hospital? Es, pues, necesario matarlo: llegando así a la misma solución de la fórmula vieja, con la diferencia de que en el libro de la ley constaría que ahora se realiza una *eliminación, una piadosa purificación social*, y antes nos entregábamos al feo ejercicio de la venganza, lo cual es impropio de una civilización decente. Cuanto al alma, a la profunda conciencia del ser ¿cuál beneficio cosecha en uno y otro caso? ¿No queda en una vacilación plausible frente al misterio de la virtud y el crimen, de lo que se ha convenido en llamar el Bien y el Mal? La *Sociedad*, vieja como es y niña siempre ante la Eternidad y aún dentro del Tiempo, sabe de esto muy poco; y sin embargo, no se puede negar que han existido y sin duda existen *hombres* que presenten algo de la ilusión y casi la dele-

trean en los filos fosforescentes del esqueleto.

Se hacen leyes penales vengativas y hasta el presente parece difícil esclarecer en el acto de conocimiento, en el hecho antropológico y social, la profilaxia del delito. ¿Será el delincuente una piedra de espato de las remotas cavernas primitivas, rodando por el mundo, más bien que un producto de la constante actividad viviente? En la fábrica humana entran muchas de tales piedras. ¡Cuántos matadores! Y además de los que matan, los que sirven para ser matados. Emerson exclama: "¿Qué suma de tontos, pediguños, inválidos, epicúreos, anticuarios, políticos, ladrones, frívolos!" Y entre nosotros ¡qué cantidad de párvulos y adultos cogedores de mariposas, que tan bellas son volando y posadas sobre las flores, cuántos filatélicos, periodistas, literatos, indiscretos, vanidosos, borrachines, condecorados, tahures, diplomáticos, tenorios y *deportistas!* Extraordinario espectáculo, éste de las calles. Empero ¿cómo cuadra en la ecuanimidad de una tranquila, natural filosofía, y cuánto socorre a la necesidad que tienen las almas de hallar en todo una expresión de la belleza, que es el alma del mundo! Sin embargo, ¿no serán erróneos tantos calificativos y no bastará el de *Ociosos*, ya que según parece, *trabajar* no es estar *ocupado*? Sin duda el acre placer que nos dan nuestros quehaceres es tanto mayor cuanto más conforme son ellos con la vocación; y el punto de coincidencia negativa entre el ocioso y la vocación universal del trabajo, es la falta de ese acre placer. Este ocioso es un ente desorientado y ridículo en medio a la grave, formidable solemnidad del universo. Está ocupado y tiene la opaca sensación de no saber lo que hace de sí mismo, en el inmensurable taller donde los astros, las águilas y los ofidios, viven seriamente consagrados a su labor. No comprende el gozo, porque no sabe ganarlo y está en contradicción con la inteligencia, como un matrimonio malo. ¿No será ésta la oculta fuente de la envidia? Quizás es un feto, pero no será nunca una capa rota: ésta sirvió antes. Si algo es, en apariencia, será sin duda un error. Pero ¿qué digo? ¿Significan alguna cosa estas palabras *contradicción*, *error*? ¿Hay acaso errores y contradicciones? ¿No será más justo pensar en hechos dulces y amargos? Sin duda, no podemos imaginar la vida en un encadenamiento de hechos dulces. Pero el ocioso, probablemente, es un hecho desabrido; y yo que, en cuanto ocioso, soy un hecho desabrido, soy también ¡ay! un hecho amargo, en cuanto me

analizo. Vivimos dentro de una ley; y esta ociosidad, este ridículo, es la cara que ponen tales seres y tales cosas hacia la ironía del misterio. Si hemos de fijarnos bien, observamos la simpleza de muchos individuos que no trabajan, a pesar de su grave apariencia de vivir afanados. Estar ocupado no es trabajar: el trabajo, me parece, es una realización de actividad lógica, que produzca resultados naturales y provechosos en el vasto movimiento de las almas. Pero es tan intensa la ociosidad de algunos, que son capaces de ser ministros, de ser todo. Son los *filistinos* de Schopenhauer, libres de *necesidades espirituales*. Este filósofo se asombraba de que Goethe hubiera sido funcionario y hombre de mundo... El ocioso es un híbrido... Sin embargo: ¿con cuál derecho podríamos exigir a todo hombre una contribución trascendental benéfica para el conjunto humano? Y, ¿cómo podría ser esto, sin que fueran violadas las propias leyes esenciales de la vida? La obra de destrucción —y ¿cómo destruye el hombre! para ello se organiza, se junta, se disciplina, y forma sociedades, clubes, congresos, ejércitos, naciones— la obra de guerra y de muerte, puesto que resulta de una ley, es quizás necesaria, fecunda, inevitable para el conjunto infinito de la Vida. Son muy variados los caminos de la Naturaleza. No podemos pedir a esta grande y ruda Madre la eliminación de lo que juzgamos superfluo: vivimos como ciegos instrumentos de eliminación, en tanto que nuestro turno se acerca para ser también eliminados, en calidad de superfluos. Lo que es odioso a nuestro gusto, a nuestras ideas, a nuestra vida, lo juzgamos inútil: y no podemos eliminarlo en el punto y hora en que lo deseamos. Cada hecho y cada cosa, están sujetos al enigma por un hilo invisible que el hombre, voluntaria y deliberadamente, por más que lo sueña, no puede cortar. ¡Pobre ciego, y cojo, y manco! Se ha teorizado que la humanidad necesita sangrías periódicas y son por tanto útiles las guerras: de tal modo que si éstas no llegan oportunamente, a causa de la pacífica torpeza del hombre, acuden series epidémicas de crímenes que son como válvulas de desahogo para el instinto. Ignoro en este caso, como en muchos otros, lo que haya de verdadero: mas en virtud de eso pensar, fuera de justicia, la recompensa para los abnegados asesinos por medio de cuyas manos, llenas de maestría y armadas de gloriosos cuchillos, el instinto busca su salvadora expansión: aunque por otra parte nos privan de los grandiosos espectáculos de la muerte en masa, que des-

puebla naciones en los campos de batalla, y del surgimiento de tantos ilustres generales que viven salvando y civilizando repúblicas, y cuya modesta divisa de *El mundo es de los valientes*, constituye el justo castigo y el recordamiento de los sabios.

Realmente, ¿por cuántos hilos espirituales no estará enlazado el acto abominable del asesino—Tropmann, Franzini, Ravachol, Prado, Henry, Moral— con el gran foco de la actividad universal? ¿Qué representa el destino de tal ser? Sin duda se trata de una vocación desastrosamente marcada; y sabemos que la vocación tarde o temprano, suele brotar como una espiga roja, o verde, o morada, o azul. Tenedor de libros era Allan Kardec: no fué la de Hidalgo, pacífico eclesiástico de aldea, sino resuelto emancipador de gentes: no de Lincoln leñatero, sino afilado cortador de humanas ligaduras: ni la de Boves-pilotin o leñero, sino —leñero magistral, genete de corcel venezolano— tremolar furiosamente su bandera, regar con sangre autóctona y con la suya propia el suelo rebelde y servir de crisol a la enérgica constancia y al talento inextinguible del Hijo de Caracas.....

Extraña cosa, esta de la vocación. Veo una sala de telares, un *caney* de fábrica: manos de hombres y mujeres tienen un movimiento acompasado que parece inconsciente y fijos los ojos, con una suerte de ataraxia, en el detalle nimio y mecánico de la labor, mientras en todo su cuerpo, que no obstante parece también una máquina como las demás que allí funcionan, expresan una vaga impresión de pensamiento lejano, de alma que vaga en otra parte. Así, el alma no está trabajando junto con las manos: y pienso cómo en el interior de estos seres, se realiza un movimiento sombrero de la indeterminada vocación, porque no hay trabajo fecundo en el universo tan activo, si no está el alma interesada en él.

Mientras el hombre piensa es libre: y Emerson me sorprende con su dura opinión, hasta entonces instaurada no más por Maquiavelo, acerca de la multitud. No estamos acostumbrados a ver tratar tan rudamente, de palabra literaria, al pueblo soberano. Domarlo, disciplinarlo, dividirlo, quebrantarlo y sacar de él a los individuos: hacemos completa y eficazmente lo primero y decimos en bellas cláusulas sonoras lo contrario. Y la multitud es "el árbol que si bien produce muchas manzanas inservibles, da la docena para el postre". ¿Dichosa la tierra donde crezca el árbol y se cojan manzanas inservibles y se recojan manzanas para el postre! ¿Qué pensar de la tierra donde vejeta raquitico

árbol, que da fruto inservible o pernicioso, y hace esperar siglos la docena sin producirla todavía sana, jugosa y de bellos colores? Conozco masas quebrantadas, divididas, disciplinadas, domadas: y los individuos no aparecen. En largos decenios uno, dos, tres.

Veo una tierra vasta y rica: nevadas cumbres: majestuosas montañas: torrentes tormentosos: anchos, profundos, caudalosos ríos: mares azules batiendo con sus bravos encajes de sal playas doradas y escarpas de roca: amplias, hospitalarias bahías, de un sereno fondo glauco: selvas que guardan todavía el misterio de la época de formación, y el misterio de las razas primitivas: horizontes donde la esmeralda de la pradera se va desvaneciendo hasta juntarse, como un ensueño, con el zafiro celeste: oro rutilante sobre el zafiro y bajo la esmeralda oro en cuarzo: toros de fiero coraje que pastan pensativos, levantando la nariz humeante para lanzar su aguda voz de reto a la raza que sólo quiere sacudir sobre la aguja del cuerno la flamante capa de gualda y púrpura e hincar el hierro sobre la cruz del lomo: curvas de serpientes que fingen troncos ondulantes en torno de troncos inmóviles: pupilas de topacio que parecen fulgurantes monedas de oro y lanzan sus dardos, precursores de la zarpa, por entre las lentejuelas de las hojas: y las flores, las infinitas flores... ¿Dónde se alza el amplio ramaje del manzano, que produce la fruta inservible, pero también la docena para el postre? Sabemos dónde imploran los mendigos, pero no dónde viven los hombres. En el silencio ceremonial de la noche vese todavía brillar fugitivamente por entre las estrellas algún rojo destello de la poderosa lámpara de ilusión que llenó la América: pero abajo, solo candiles cárdenos que por ir sus pobres rayos alargándose en la soledad, creen poder alcanzar con su resplandor el límite de la tierra y del misterio...

Mi pequeña lámpara torna sus vidrios: contempló a las mujeres que pasan y pienso como el poeta, que *llevan un nimbo en la cabeza, y acaso un redentor en las entrañas*.

Pero nada más... Me dirán: la melancolía le pone a usted antejo turbio que le hace ver el gris por todas partes: su melancolía es una enfermedad; ponga usted en régimen el estómago para que su sistema nervioso se normalice. Muy bien: pero ni en la historia, ni en derredor mío, veo muchos estómagos sanos. No parece muy buen clima el intertropical. Pues además, ¿cuál régimen tenéis vosotros

para vuestro talento, que así mismo es una enfermedad y para nuestra fe, y para el amor, y para el odio, y para la piedad y el heroísmo? Cuál remedio le hacéis a la perla, que es una enfermedad también?... Cuanto a vuestra vanidad, tengo pésima opinión de ella: veo cómo la prostitución es su hija. La venta de la carne de mujer y la venta de la honra de hombre son sus flores: jamás el hambre solamente alcanzaría semejante altura.

La naturaleza convierte todo mal en bien. Es decir: *no hay mal que por bien no venga.* La cosa puede ser verdadera, pero tiene malas vistas, desde que *no hay bien que su mal no traiga.* Luego, ¿no es misión de la sabiduría interpretar la naturaleza, modificar sus rutas, canalizar sus brutalidades? "La primera lección de la Historia es la utilidad del mal. El bien es un buen maestro, pero el mal es a veces un maestro mejor". Es muy cierto: pero también lo parece que la torpeza de los alumnos es infinita. Cuanto al mal, creo en su *realidad* y dejo su *utilidad* a la deliberación de lo Desconocido: pero no veo al hombre consolarse, a pesar de su buena voluntad y de su experiencia, de ser testigo y juguete del mal toda su vida. ¿Cómo normalizar las cosas? O mejor: ¿cómo anormalizarlas, porque si esto es lo natural toda aspiración contraria es ilógica? Póngome, pues, de acuerdo con la naturaleza y doy al desafortunado superhombre; lo propio que al más rudimentario burguesillo, a la lámpara de ilusión a toda luz, así como a la humosa candeléja, la filosófica razón de ser que arraiga en el hecho de su existencia misma. Todos obedecemos, ruidosamente o en silencio, a las severas leyes de la vida, del pensamiento. Pero si la inercia me domina el alma, como una influencia narcótica, debo tratar de aprovecharla extrayendo de la melancolía y el dolor, algo noble, como la perla de la madre-enferma, como la llama del cuerpo en combustión. No debo preguntar: ¿Para qué me afano, pobre hombre, en hacerte algún bien, si luego sopla el huracán y a ti, y a mí, y al beneficio nos arrebató? No: no debo preguntar así. ¿Por ventura el perverso formula tal interrogación cuando se propone realizar el daño? Es cierto, pobre hombre, que no tienes inteligencia, ni memoria, ni voluntad: pero, ¿caso las tengo yo? Si deseo hacer lo que considero el Bien, así como si deseo hacer lo que considero el Mal, obedezco en silencio y en lo profundo, a las leyes del pensamiento, de la vida. Y por eso perdura, florece la variada existencia... Y las filosofías.

¿Quién penetra la inmensa mente de Júpiter, que tampoco puede ser trasgredida?

Si no existen contradicciones ni errores, tampoco existen cosas *contra-natura* y las aberraciones, por más absurdas que parezcan, están dentro de la naturaleza y son por consiguiente naturales. "En todas partes —dice Remy de Gourmont— desde los insectos microscópicos hasta los hombres, aparece la aberración: el problema es insoluble y no se puede perfeccionar la Naturaleza, más que desorganizándola: nada de lo que existe puede considerarse antinatural: sólo hay animales de dos clases, cazadores y presas; pero no hay cazador de uno que no sea presa de otro: toda la Naturaleza se funda en el robo y en el asesinato: son los actos normales". Y sobre tan rígida fábrica, flamea como una llama la ilusión, que es también una ley del pensamiento y que gobierna en el hombre todos sus actos. Y desconocer esta ley del pensamiento no es negarla: la lógica nos facilita su cumplimiento, nos dirige a pensar económicamente; pero por más que la ignoremos, nuestro pensamiento será siempre de acuerdo con su ley, porque es imposible, absolutamente imposible pensar contra la ley de pensar, lo mismo que es imposible suponer la *no existencia* de la gravedad, dentro de la cual están todas las cosas mecánicas y dinámicas. Si suprimis la gravedad, todas las cosas, dinámicas y mecánicas, *no serían*; así, no será el pensamiento sin su propia ley. Mas el pensamiento, flor del ser,—pienso, luego soy—queda también encerrado en la fosa, para ser comido por los gusanos? La llama de la ilusión, ¿no volará a incorporarse con las infinitas estrellas que vemos en el silencio de la Soledad, cubriendo el obscuro manto cénico de la vida?

La mano que con suave ademán de cruz bendice, bajo el angélico mirar, de Francisco de Asís, y la mano que con enérgico ritmo blande un estoque, bajo el ojo inexorable de César Borgia, obedecen al propio designio del Misterio; pues si no ¿cómo existirían? La gran naturaleza tiene seno y espacio para todos: la flor perfuma el aire, mientras el colmillo de la serpiente destila su gota de veneno. El hombre combate contra todo: el hombre de bien contra el malvado, contra el ladrón, contra el asesino y contra los demás hombres de bien. Sobre una mercadería o artefacto cualquiera de comercio se realiza en un momento dado una lucha tan encarnizada, como sobre la Presidencia de la República en tiempo de guerra civil o elecciones. No veo por cual razón ha de ser el asesino más cruel o más duro que la

propia naturaleza que lo forma. Nuestro odio es convencional. Hay un enorme desguello de vidas, de seres, de cosas. Es lo impenetrable. Y me decía una vieja, bastante impertinente: "Si admitimos que hay una ley establecida por el Todopoderoso para que así suceda, podemos también preguntar: Este Señor Todopoderoso, ¿por qué no escogió una fórmula más *cristiana*?"

Sin embargo, los métodos de la vida superior han variado un poco en los modernos días: y doy, naturalmente, una extensión relativa a esa vida superior, que lucha por el poder, por el gobierno de los demás y las concupiscencias que ofrece. El profesor Maquiavelo, quien con tanto arte y buena intención proponía a la Magnificencia de Lorenzo de Médices— sin recoger como premio siquiera una módica mesada— al insigne César Borgia como espejo y modelo de príncipes, vería si anduviera por el mundo, cómo son distintas las rutas en nuestra vida contemporánea: y "el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, adquirido por él en un continuo estudio de las cosas antiguas, y de las cosas modernas en una experiencia de muchos años y a costa de tantos trabajos y peligros" hubiera quizás fructificado en otras admirables teorías.

Por cierto: es muy curioso de observar cómo durante centurias ha venido amontonándose la infamia— quizás por los mismos que aprovechaban el consejo— sobre la memoria del gran Secretario florentino. No veo que este pensador haya hecho otra cosa que metodizar con un fin político, patriótico y en clásicos períodos literarios, lo que los hombres vienen realizando con abrumadora perfección desde que se trató del gobierno y sus voluptuosidades. En la época de Maquiavelo era profunda la miseria italiana: las ciudades antes soberbiamente prósperas eran rapiña de los dominadores intestinos, de los despotismos devastadores y bárbaros de las potencias trasalpinas o del victorioso capitán español: la Corte Pontificia era el escándalo regularizado; los príncipes sonreían acurciendo el estilete, los preladados bendecían con la fca mano adornada de sortijas que guardaban el veneno entre la gema y el oro: el gran Gonfaloniero de la Iglesia Católica asesinaba a su hermano Juan, por el celoso amor de su hermana Lucrecia, de ambos amante, y bajo el propio manto del Pontífice su padre, apuñalaba al joven Peroto, mientras pensaba en adscribir a su servicio y a su séquito el nombre y la obra de Leonardo de Vinci: las potentes, heráldicas aves de presa volaban en círculos si-

nistros por el aire azul de la Península, y el comercio, la independencia, la libertad, las artes, eran cuerpos rotos por las garras y envilecidos por la pobreza o la política.... Era, pues, necesario que un gran propósito, como el de fundar un gobierno de fuerte y verdadera inteligencia, como el objetivo de la unidad italiana, floreciera en todos los cerebros; animara todos los espíritus y por consiguiente surgiera con vigor impetuoso en el pensamiento y en la vida de hombres como César Borgia y Maquiavelo. Ha llegado a decirse que el Embajador de la Señoría aconsejó al Príncipe de la Romaña sus más grandes y decisivos crímenes: por mi parte los miro con el mismo espíritu sereno que a los de Luis XI, ambos realizados por la sutil y eterna perfidia, cubiertos por la Santa Cruz y sancionados por la espada heroica de gavilanes feroces. Suponer que *El Príncipe* fue obra de profunda ironía republicana, es olvidar que Maquiavelo tenía empeño en publicarlo a fin de que alguno de los áulicos florentinos no se lo apropiase y ganar, por su virtud la gracia del Magnífico en perjuicio del autor: es olvidar principalmente la *noble y patética exhortación*— la califica Macaulay— con que termina el libro para que los Médicis abrazaran la *gran Causa de la Patria bajo una gloriosa bandera*. Los hombres de Estado producidos por semejante época tenían, pues, que ser como Maquiavelo para la teoría, como el Borgia para la acción. ¿Cuál diferencia había, sino la del talento, entre César y los Vitelli, los de Fermo, los Pagolo y los Orsini?

Las leyes del gobierno son las mismas: no puede ver diferencias esenciales, sino de colores y matices entre los bíblicos reyes David, Salomón, y nuestros modernos presidentes de repúblicas. Pero los caminos de la ambición han cambiado. Sería interesante poner al Duque Valentino con su hermosa figura, sus métodos de sangre, de lujo y de infidelidad en las angostas calles de nuestra Caracas, mientras el Secretario, de ancha y mediatubunda frente, compulsaba la historia y cavila en su escritorio: habría que augurarles el fracaso, no por la mala intención que sería absolutamente contemporánea, sino por las fórmulas que son relativamente arcaicas. Los primeros pasos del superhombre lo conducirían al presidio: no tanto porque nuestra justicia social se preocupe con exceso del orden público ni sea muy estrecha nuestra solidaridad, cuanto porque sería demasiado personal y quizás demasiado bello. El extraordinario asesino y artista de la política en su tiempo tendría que sacar de su ri-

ca inteligencia nuevas fuerzas dúctiles y sin dejar de ser tigre, alcanzar la superior flexibilidad de nuestros burócratas acuciosos y de ancha moral. Los tiempos no son para ocultar el veneno y el oro, bajo el prodigio de las joyas y la filigrana de una cultura luzbérica: ahora llevamos la daga en la lengua y el tósigo en la misma piel de la mano. La fea comedia de nuestro siglo no es la hermosa tragedia de Maquiavelo y César Borgia: el reino es de buhoneros trashumantes que sienten cómo y cuánto es su grandeza de falsa y temporaria. Afortunadamente es así, y nosotros los pacíficos hijos de Venezuela, debemos por ello felicitarlos: pues pienso en la angustia de ciertas almas —si estuvieran de moda las cosas del Renacimiento italiano y si ciertas almas fueran posibles bajo los Borgias— al ver el río Guaire lamiendo cadáveres vestidos de seda, bajo las rosas de la mañana...

Pero, *no nos contentamos con ser agradados sin analizar curiosamente la causa*, y como para algunas almas es imposible que suceda de otro modo, encuentran el placer en sufrir las agresiones del análisis. Esta es la misión de las lámparas a media luz: almas de clara elevación y radio inmenso, que siempre tienen mucho de fraternales. De ellas son los grandes poetas, que pueden cantar el Dolor y los dolores: y cantando los dolores y el Dolor, tienden sobre el mundo —verdad un manto de iris y hacen brillar las estrellas sobre la incomodidad de las rutas. ¡Benditos poetas! Ved cómo su largo lamento es la música de la vida, cómo el río de sus lágrimas es el riego de todos los jardines: ved cómo su palabra es una fina seda que cae sobre nuestra carne y ved cómo la seda nos protege algo contra las cosas y las ideas que nos visten de cilicio! Positivamente *nuestra correspondencia con la naturaleza no es lo que parece*: por eso las almas que tienen mucho de fraternales tratan de hacer aquel análisis, no de las cosas de aparente agrado, sino de las cosas de hondo y verdadero dolor: ¡grandes almas poéticas, las más grandes de las almas, que ponen sobre la vida el manto de iris!

Para nosotros, actores-espectadores de la vida, lo que parece, es. La mosca tiene el ojo conformado para mirar los objetos enormemente más grandes de lo que el ojo humano los mira. Esta mosca que zumba en torno de mi bujía, ¿de cuál tamaño verá la pequeña luz que yo miro con una pulgada? Tendrá el feliz insecto la ilusión de que se acerca al sol, al incommensurable sol de las moscas, así como

nuestra lámpara del espíritu nos produce la ilusión de acercarnos al eterno sol por los caminos del bien, de la belleza, de la sabiduría. Por lo demás, sé cómo quedan las moscas que tocan con su alita frágil la llama de mi bujía. La feroz ternura de la naturaleza está en leyes que ninguna cosa ni ser alguno pueden violar, y dentro de las cuales está también la crueldad de la ironía para todas las ilusiones. ¿Qué cantidad de ilusión habrá en el foco llamante de nuestro sol? El sol inmenso ¿qué será para nosotros cuando pase la ilusión de la vida?

No creamos esto que oímos decir: el hombre es una combinación que semejante a otro cualquiera organismo mecánico, desarrolla una fuerza. No lo creamos en el sentido en que lo dicen; pero, ¿cuál felicidad mejor que ésta, de que nuestro pensamiento sea una fuerza? Sobre todo si recordamos que la prueba de la superioridad del hombre, es precisamente la facultad animal que tiene para degradarse. El pensamiento —llama de ilusión que vuela y no perece— es cosa admirable, consoladora e inconsciente. Sin incumbencia de la volición pienso: movido por un motor que no puedo detener, ni aun diciendo *no quiero pensar en nada*, pienso. Podría dejar de poner estas líneas sobre el papel: mas ¿habría por eso dejado de escribirlas en la tela misteriosa de la vida? Una vez que mi lámpara irradió sobre el manto ceniciento, hacia la selva en penumbra, principiaron a saltar los áureos tigres y no parece fácil volverlos a sus guaridas, de donde salen hambrientos de aire y de cielo.

El acto de pensar, el hecho que realizo —aun cuando por su eficacia no haya construido una casa, ni escrito un libro, ni pronunciado una palabra, me prueba que soy algo más de *una envoltura de huesos y pellejo*; que la ilusión es mi Señora; inevitablemente la amo. Si el hombre contempla la fragilidad de su vida y la fuerza de ilusión que irradia dentro de su delicada envoltura, verá cómo, siendo superior a sí mismo, es también juguete de sí mismo. Inventó el vapor para cruzar mares y tierras: el Steamer lo lleva al naufragio, un tren lo mata sobre los rieles o en una colisión; construye un coche para ir más lejos que con sus pies y el coche arrastrado por fogosos caballos le mata; extrae del gran laboratorio arcano de la naturaleza los venenos, y los venenos le matan por la mano de un enemigo o por la equivocación de un farmacéutico; en sus horas de pobreza y ensueño combina explosivos, que le revientan cuando se vale de ellos para

perforar una montaña; para las fieras, para la caza de lindas aves, fabrica el arma simple que acaba con él en una civilizadora fraternidad. Sin duda es un placer considerar toda la fuerza que la humanidad desarrolló en el tiempo, y que no ha desaparecido: está en el aire, puesto que nada se pierde dentro de la atmósfera y es por eso por lo que el mundo está lleno de pensamientos.... y de almas. Boticelli, secretario de Savonarola—tremendo fraile que se enfrentó al Pontificado para consagrar luego la hoguera—el artista Boticelli, medio paralítico y devorado por los males del cuerpo, arrimó con su propia mano, lienzos que eran los hijos de su alma a la candelabro expiatoria y propiciatoria que el fraile fanático encendió contra el espíritu del Hombre; y Boticelli no pudo quemarse a sí mismo, y sigue viviendo como Savonarola y como Alejandro VI. Veo, pues, cómo es imposible destruir los hechos, es decir, las ideas: porque si es cierto que cada idea produce, tarde o temprano, un hecho, es también positivo que cada hecho produce, inmediatamente, una o muchas ideas.

Algún hombre mira en torno y se pregunta: ¿qué hacemos con estos enanos hechos, con estas miserables ideas? Viven, es necesario que vivan y florezcan. Estos seres, estas cosas, estas ideas pertenecen a la humanidad y es la humanidad quien los ha formado. Fieras, insectos, raíces envenenadas, todo brota en ordenada confusión del enorme vientre y en el ser humano, en quien dicen que la chispa divina es visible, se encuentra una no menos ordenada variedad de raíces envenenadas, de insectos y de fieras. Y mientras que todo esto cumple su labor en el gran taller de la vida, pensemos en las almas que parecen estar en otra parte....

No creo, pues, en nada *contra-natura*, puesto que *no se mueve la hoja en el árbol*

sin la voluntad de Dios. De manera que, en realidad, no existen las violaciones. Violaciones, ¿de qué? La naturaleza entera, desde su ínfimo tramo visible hasta la pared del misterio, es una escala de violaciones: la vida se viola a sí misma. Pues, el ser criminal se encuentra tan cómodamente instalado dentro de su temperamento, como la hermana de caridad en su piedad y su virtud, cuando las tiene. Por supuesto, ciertas ilusiones están dentro de la lógica, como los sultanatos y las satrapías dentro de los gobiernos constituidos: nuestro ojo conforma y pinta las cosas—el horizonte es del tamaño del ojo—y cada ojo las pinta y las conforma, según su propia *sabiduría*. Los pensamientos siguen todos los rumbos del cuadrante, y por eso está el mundo lleno de almas y de pensamientos. Pero el alma del mundo—la realidad central, hacia la que giran o deben girar todas las almas—es el Dolor, para poder sentir y revelar la Belleza. *Out of sorrow have the worlds been built*, dijo el malogrado esteta inglés. ¿No es por consiguiente verdad, que las almas de linterna a media luz, marchan cantando por el filo del término medio, producido por la eficaz visión del esqueleto, por la real tristeza de las cosas? Sí. Estas almas ven para ambos lados, hacia las dos caravanas que corren a juntarse, como dos ríos, en el océano de lo Desconocido: van hacia la que hace alegremente su camino, llevada por la visión optimista del mundo y hacia la que transita cabizbaja, en una silenciosa desolación, con el signo interrogante sobre la frente, con los ojos muy abiertos, contemplando como triunfa, debajo de la belleza universal, debajo de la maravillosa florescencia de líneas y colores, el profundo, universal Dolor....

José Austria

AGENCIA de PUBLICACIONES

P. S. Fernández Serrano

Acepta la Agencia de diarios y revistas de cualquier índole. Además, se encarga de la venta de obras de autores nacionales.

DIRECCION: Calle Juan Montalvo.—Machala-Ecuador

LA MENTIRA SOSPECHOSA

CUENTO

I

CIERTA noche — como era frecuente — me hallaba en el Parque SEMINARIO con mi buen amigo Enrique Gómez, cuando improvisadamente habló él así:

—Esta mañana estuve en el Cementerio a dar sepultura a Adela Torres....

—¿Adela Torres....?

—¿No recuerdas?

—No —afirmé, porque en verdad no hacía memoria de la persona aludida.

—¡Hombre! Adela Torres: ¿No te acuerdas de la mujer del pobre Teófilo Riquelme?

—¡Ah! Ya sé. Pero como puedo decir que yo ni la conocí, no te extrañe... Sucede también que, acaso, he estado en la creencia de que esa mujer ya no existía.

—La verdad es —explicó Enrique— que yo mismo estaba persuadido de eso. ¡Qué cosas pasan en la vida!...

Anteayer, al salir de la oficina para ir a almorzar, se me acercó una mujer enlutada, de humilde aspecto y murmuró, casi a mi oído: «Señor, lo estaba aguardando para comunicarle que en mi cuarto está, muy enferma, Adela Torres de Riquelme, y me manda a que le ruegue a usted le haga la caridad de ir a verla. Quedé atónito al escuchar esto, sin saber que pensar; pero como, al mismo tiempo, manifestara a la mujer mi desconfianza y mis dudas, ella reiteró la súplica, muy compungida y afanosa, añadiendo que la señora se hallaba a la muerte y que pedía verme con mucha ansiedad. ¿Qué había que hacer? Temí que si yo no accedía, fueran a buscar al hijo, a mi Carlitos, y quise evitar esto a todo trance. Así es que pedí a la mujer sus señas y le prometí ir sin demora, como lo hice poco después.

—¿Y resultó cierto? —pregunté, mientras Enrique, preocupado, hacía una pausa.

—Ciertísimo. En un cuarto interior de una casa vieja y sórdida, estaba la enferma, la moribunda mejor dicho...

—¿Y para qué te llamaba? —volví a preguntar, con viva curiosidad.

Se adivinaba que Enrique estaba conmovido y meditabundo, por el recuerdo del raro evento, y tardó un poco en hablar, exclamando:

—¿Quién había de sospechar que acudía a conocer la verdad del drama de Teófilo, a presenciar el tremendo epílogo?

—¡Qué dices! A ver; cuenta.

—Es que esa mujer, querido, me reveló... ¿Cómo diré? Algo tan monstruoso, tan inaudito, tan inesperado, que pasma... pasma...

—¿En referencia con la tragedia?...

—Aunque has estado más de una vez y no por corto tiempo ausente —recordó Enrique— seguramente tú llegaste a saber lo que pasó con el pobre Teófilo, lo que se dijo, lo que se conjeturó...

—Como no; que a él se le encontró muerto y a la mujer herida; que ésta salvó; que fue procesada; que aunque lo negó constantemente, todo el mundo la señaló como asesina del marido; pues dice que aparecieron —creo— unas cartas de ella comprometedoras. Y, por fin, que hallándose en la Cárcel, logró fugarse, sin que jamás se diera con su paradero. Pero de esto hace tantos años:.....

—Más de doce. Pues bien, eso que sabes es muy poco —aseguró Enrique—. La historia de Teófilo Riquelme, al presente, sólo yo, su íntimo amigo, la conoce con todos sus pormenores e incidencias; y ahora, las últimas palabras de Adela han lanzado viva luz sobre el drama, que aparece terrible, desemejante.

—¿De veras? ¿No podrías contarme? —apunté, no sin recelo de mostrarme imprudente.

—¿La historia de mi amigo? Bueno. A ti que eres como mi hermano ¿por qué no?

Uno de estos días, pues, te relataré cómo fueron estas cosas deplorables. Deja que mi espíritu se tranquilice; porque ahora no puedo; la voz de Adela agonizante me suena todavía en los oídos, y no me deja...

Pero ¿qué te ha dicho esa señora?— inquirí con aturdimiento.

—Ya te manifesté que eso era como el epílogo. Hay, pues, que dejarlo para el fin, ¿verdad que voy a contarte la vida entera de mi nunca olvidado Teófilo?

Y por entonces no hablamos más del asunto.

Me acuerdo muy bien que esta conversación la tuvimos en 1898, en una noche de luna clarísima, de esas que sólo en Guayaquil se gozan, sobre todo cuando acarician la ciudad los céfitos de Julio, henchidos de alboroso y de fragancia.

11

No muchos días después, nos volvimos a encontrar, por la noche. Enrique y yo en el Parque SEMINARIO; y así que nos hubimos cómodamente sentado en un banco, mi querido amigo cumplió su promesa y empezó a narrarme la interesante, conmovedora vida de Don Teófilo Riquelme. Tan interesante, en efecto, me pareció, que no me ha sido fácil abstraerme al deseo de escribirla; por supuesto, sin la más leve intención de darla a la estampa, ya que aún subsisten los motivos que tuvo Enrique Gómez, para pedirme conservara secretas sus confidencias. Lo hago como simple recuerdo o mero pasatiempo; por lo cual, finalmente, el manuscrito quedará, de seguro, entereverado con mis inútiles papeles viejos.

Procuraré poner aquí la relación tal como salió de los labios de mi amigo, aunque natural será presumir que no en vano adolexto de ciertos conatos literarios y que, inevitablemente, en la relación de que se trata no podrá menos de notarse la mano cuidadosa del escritor de oficio, bueno o malo.

Enrique principió su relato de esta manera.

—No recuerdo exactamente de qué lugar era oriundo Teófilo; pero tengo casi la seguridad de que procedía de Manabí. Lo que sé perfectamente es que en una de sus excursiones comerciales lo trajo a Guayaquil muy joven don Martín de Hojeda, el español aquel que fundó la gran casa de comercio, donde he trabajado tantos años. Cuando yo entré en esa casa, muchacho aún, ya Teófilo había mucho tiempo que estaba allí; pero es lo cierto, que, a pesar de la diferencia de edad

—que era algo así como diez años— desde que nos conocimos supimos apreciarnos, llegando a ser leales, íntimos amigos de por vida, como lo prueba el hecho de que, a su muerte, su hijo pasó a ser mío y como muy mío lo quiero y conmigo lo tengo. Nunca se vieron aquí parientes de Teófilo; él me dijo que había perdido a sus padres apenas salido de la infancia: vivió, pues, siempre enteramente solo, sin conocersele, que yo sepa, entesos amorosos ni cosa parecida. Por lo demás, era culto, tranquilo, de buenas costumbres. Durante el largo tiempo que trabajó en el almacén del señor Hojeda, como su comportamiento era inmejorable, fue ascendiendo hasta ocupar el puesto de jefe de los empleados de mostrador; y como era muy ordenado y nada gastador, fue poco a poco, paulatinamente, reuniendo un capitulito; pues gran parte del sueldo mensual y el tanto por ciento que le correspondía sobre las ventas, cuidadosamente los iba invirtiendo en acreditados valores fiduciarios, que le produjeran segura renta.

—Sin duda aspiraría —insiné yo— a establecerse en el comercio por sí solo.

—No, no, ni por un momento. Lo que él anhelaba era que llegara un día en que le fuera dable cesar de trabajar y vivir libre y descansadamente, con lo que le redituara su dinero ahorrado. Treinta y tantos años había consagrado a un trabajo penoso, abrumador, y, claro, sentíase fatigado, y muy justamente ambicionaba conseguir una plácida, dulce, serena tranquilidad, para la venidera inminente vejez. Pero ¡ay! querido, en esta ocasión con más propiedad que en ninguna, pudiera repetirse el adagio aquel de que el hombre propone y Dios dispone; aunque en realidad en este caso no lo ha de haber dispuesto Dios, sino el Diablo, el mismísimo Lucifer. Al cabo de algún tiempo, llegó el suspirado día; y el buen Teófilo Riquelme se separó, se despidió del almacén, dejando, como bien se comprende, en jefes y dependientes un sincero sentimiento por su salida. Hay que reconocer que los jefes —los herederos del señor Hojeda— se demostraron con él inusitadamente dadivosos; puesto que le obsequiaron una gratificación de no despreciable cuantía, la cual él dejó — como ya había hecho antes con parte de sus ahorros— en la misma casa, ganando un módico interés.

—¿Y desde ese día Don Teófilo vivió desocupado? —pregunté, interrumpiendo a mi amigo.

—Sin duda; cumplió sus deseos. Tenía unos cincuenta años; mas, por su aspecto,

creyérase que tenía menos. Aunque no lo conociste de cerca, no dudo que recordarás cómo era.

—Sí; alguna idea tengo... —aventuré dudoso.

—Era delgado, enjuto; de tez ligeramente morena, pálida; de estatura más que mediana; su boca grande y risueña disimulábase con un bigote ralo y descuidado, y sus hermosos ojos negros relucían a través de lentes, permanentemente montados en la nariz bastante bien formada. Añadiré que en su cabello liso y negrísimo, echábase de ver el argénteo brillo de algunas canas, y por último, afirmaré, que gozaba de salud, sino cabal y perfecta, buena, bastante buena. Su vida independiente la empleaba en leer mucho y variadamente, de preferencia viajes y novelas dramáticas, en hacer cortas excursiones en los vaporcitos fluviales, de cuyos capitanes: Indaburu, Cucalón, Marín, Ollague fue grande y buen amigo; en pasear por las noches en la calle del Malecón, en ese entonces, alegrísima, con las tiendas todas abiertas, muy alumbradas y henchidas de gente; y en gustoso visiteo a unas cuantas familias de la ciudad, con quienes cultivaba relaciones amistosas. —Tenía una pasión: el teatro; por lo cual siempre que en el *Obuedo* funcionara alguna compañía dramática o lírica — que en aquellos viejos tiempos solía ser todos los años — Teófilo Riquelme estaba, con seguridad, abonado a su butaca, por cierto la misma en toda ocasión. Continuamente hablaba, pues, de cómicos y de cantantes, desde los lejanos días en que las familias abonadas tenían que hacer llevar sillas para los palcos; porque allí no las había. Y, por supuesto, era de oírlo, ponderando las excelencias de Francisco Torres en *El Campanero de San Pablo*, de Matilde Duclós en *Isabel la Católica*, de Emilia Gaitán en *La Plegaria de los Naufragos*, de Mackay en *D. Juan Tenorio* y *D. Francisco de Quevedo*, de Burón en *El Jarobado*, de Valero en *El Patriarca del Turia*; y de la Segura en *Jugar con Fuego*, y de Antinori en *Lucía*, y por este orden no acababa nunca. Como digo, era su pasión, su manía, el teatro; y todo lo atañedero a este linaje de divertimento. —Más o menos tres años vivió Teófilo esta existencia mansa y pacífica. Pero ahora el solterón amable y feliz desaparece del escenario, para franquear la entrada al marido de Adela Torres.

— Cuenta, hombre, cuenta cómo fue eso — supliqué a Enrique, al observar que callaba un buen rato —. ¿Quién era ella?

—Creo haber oído en aquella época que Adela era natural de Vinces; a lo menos, allí residió constantemente ella con su familia. Fue cuando falleció el padre que vinieron a vecindarse en Guayaquil, en la suposición de que aquí encontrarían más fácilmente medios de vivir, ya que su pobreza venía siendo más premiosa cada día. La familia no se componía más que de la viuda y sus tres hijos; estos eran Adela y dos jovencuelos, menores que ella, que apenas contaría veinticinco años. Teófilo conoció a esta gente, encontrándola de visita en una de las casas que él frecuentaba. Sin sentir fue entrando en amistoso trato, llegando por fin a visitarla en el departamento en que habitaba. Débese aquí declarar que tan hecho estaba Teófilo a la idea de que su destino era ser cónyuge toda su vida — idea a que la carencia absoluta de bienes de fortuna, durante largos años de trabajo, diera origen — que imposible fuera ocutrírsele la posibilidad de casarse, aun entonces que, por dicha, gozaba de posición un tanto holgada e independiente. Adela fue la que, a poco de conocer a Teófilo, evidentemente se propuso su conquista; pues, por lo que oyó o le dijeron, se imaginó que don Teófilo Riquelme era muy rico, y que, consiguientemente, sería para ella soberbia y magnífica cosa casarse con él y darse la gran vida que, en realidad de verdad, persuadida estaba de merecer. Y, en efecto, era ineluctable: lo conquistó.

—Tenía que ser — observé ingenuamente — Hombres como ese son totalmente inermes ante una mujer empeñada en rendirlos, por supuesto si a tal mujer la adornan ciertos atractivos....

—Adela los tenía. Me parece estaría viendo: era de cuerpo lleno y erguido, muy proporcionado, con un rostro en consonancia, blanco, de menudas facciones y muy sonrosadas mejillas. Complacíase en estar, con mucha frecuencia, en cabello, acaso por ostentarlo caudaloso, obscuro, ondeado. Hay que convenir también en que jarifa como era, semejantemente innegable era su gallardía. Y, por cierto, no pueden olvidarse sus ojos, que eran de color claro indecible, cambiante, con manera de mirar tan peculiar, tan peregrina, que no era precisamente confianza lo que inspiraban; pues, medio velados de continuo por una como sonrisa irónica, parecía que burlonamente susurraban: «¿Qué se va a dar usted cuenta de todo lo que yo sé!», o algo por el estilo.

—Pero, amigo mío — saltó aquí derepente Enrique, cortando la narración — dejémos para otra noche la continuación de esta

miserable historia, y vamos a dar unas vueltas por el Parque.

Y así lo verificamos, ambos casi silenciosos, sin lograr desechar del pensamiento la simpática figura de don Teófilo Riquelme.

III

A la noche siguiente, en el lugar y a la hora de costumbre, tornamos a reunirnos; y después de cruzar unas cuantas frases sobre chismera callejera, a mi insinuación, Enrique Gómez, con su bondad genial, reanudó el interrumpido relato:

—Pues fue así, Adela sin apresuramiento, con mucho arte, con cauteloso tino, con singular discreción, logró apoderarse del descuidado e ingenio corazón del excelente Teófilo, quien llegó a mostrarse verdaderamente encantado de la muchacha y a hacerse lenguas de ella; celebrando incesante su buen genio, su gracia para todo, su rara inteligencia, en fin, que a la joven nada, absolutamente nada le faltaba para ser una perfección. El caso era manifiesto; con él cuidaba ella de aparecer respetuosa, considerada, cariñosa y, sobre todo, sin asomos de bajo interés en ninguna de sus demostraciones. Ello fue que, sin darse, por ventura, exacta cuenta, Teófilo entró de lleno en la intimidad de la familia, hasta tal punto que bien pronto no le fue hacéndero dejar pasar un día sin ver a Adela. Y, a la postre, vino a acontecer, que la madre de ésta, sin decir este ni moste, con la mayor desaprensión, se dejó caer cierto día con esta inofensiva y afectuosa pregunta: «¿Por qué no se casa don Teófilo?» Cuando algún tiempo después, mi amigo me refirió el suceso, decía que la tal pregunta le sorprendió tan intensamente que se quedó como suspenso, alhelado; que advirtió que Adela huyó del aposento en que se hallaban, y que él, apenas le fue posible, contestó, sin echar de ver la solercía de la señora, preguntándole a su vez si quería teirse a su costa y tomarle el pelo. Parece que la mujer insistió; y como él viniera a decir que ya no era más que un viejo con quien nadie se resolvería a casarse, ella cual si de pronto surgiera en su mente la ocurrencia, salió insinuándole: «Haga usted una cosa: pregúnteselo a Adelita.» Como si hubiera sido llamada, ésta se presentó en ese mismo momento. Y ¿a qué decir más? ya se colige que ese día quedó concertado el matrimonio; el matrimonio de Teófilo Riquelme con Adela Torres, que tres meses después fueron marido y mujer; siendo presenciada la modesta ceremonia tan sólo por

la familia y unos pocos amigos íntimos. — Durante algunos meses — de la estación más dulce y agradable del año — Teófilo a no dudarlo, fue en extremo dichoso, en la casita nueva de la calle Boyacá, que alquilara y que arregló con mucho gusto para su matrimonio. Después, muy poco después, cuando menos podía esperarlo, supe que Teófilo y su mujer se habían mudado más al centro de la ciudad, a una casa mejor y más espaciosa, porque así — explicaban — lo requería la decisión tomada de que fueran a vivir con ellos la madre y hermanos de Adela. Y es el caso que aquí principia a ensombrecerse la estrella del buen Teófilo; porque Adelita ya comenzó a dejarse ver tal cual era, mostrándose exigente y gastadora, y la madre y los hermanos a manifestarse descomedidos y abusivos en demasía. Tocante a estos mozos, referiré de una vez, para no hablar más de ellos, que uno acabó por tomar el portante, yéndose a Quito, a seguir la carreta de las armas, y que el otro concluyó por andar en continuas borracheras, bordonando de sastrosamente por plazas y calles; no dejaba el primero de girar, de vez en cuando, letritas contra el bueno del cuñado, ni tampoco el segundo de proporcionarle disgustos y vergüenzas con su conducta ignominiosa. En cuanto a Adela, bien segura del amor que le tenía su marido, lentamente fue, entre mimos y carantoñas, pidiéndose más y más dinero, pues la adquisición de joyas y vestidos no cesaba. Y encima el abono al teatro, y la festiva reuñoncita con bailoteo el día de su santo. — Bueno, pues: como quiera que, en los comienzos, y aun durante mucho tiempo, Teófilo acudía de buena gana a cuanto deseo o antojo salía de la boca de su mujer — porque por bella, joven y buena, creía él que todo era poco para ella — esta absoluta y ciega pasividad no podía durar toda la vida. Y ello fue que, llegado el despilfarro a proporciones amedrentadoras, se dió cuenta él de que la cosa no iba bien, se asustó de veras y resolvió poner coto al desorden doméstico e imponerse. Sin embargo, quiso primero probar si suavemente, cariñosamente, sería factible hacer entrar en caja a su mujer; mas, convencido pronto de que eso y perder el tiempo eran lo mismo — puesto que lejos estaba de ser un mandrill o un calzonazos — se puso serio, ordenó, habló recio, recriminó. Pero, fácilmente se presumirá que no era Adela quien, sumisa, mansa, contrita, se sometiera obediente, acto seguido; y de ahí los altercados, los disgustos, que no se hicieron esperar, que ponían de manifiesto los disímiles caracteres de

los cónyuges y en los que se mezclaba la señora mayor, con habilidad tal que siempre aparentaba ponerse de parte del yerno, a fin de abonanzar rápida y convenientemente la tormenta, para que Adelita, a su salvo, sin tregua ni descanso, siguiera la socialita y explotación del marido. La verdad es que, en lo sucesivo, ya fueron indeficientes las disenciones y riñas entre los esposos, si bien de ordinario el desenojo sobrevenía sin mucha tardanza, al menos en Teófilo, aunque con visible abatimiento y dejación de voluntad, por lo mismo que Adela, a veces, olvidando todo miramiento, enrabíabase desafuoradamente. No obstante lo dicho, la familia continuaba sin alteración su misma vida, de modo que las visitas y fiestas de sociedad menudeaban dispendiosas; y de añadidura, débese recordar que frecuentemente aparecían por allí parientes o amigos, procedentes de Vinces y tal vez de lugares vecinos, que, ciertamente, no dejaban de fastidiar a Teófilo, agriándole el humor con sus impertinencias, necesidades e intrusiones. Había entre estos parientes, unos Ronquillo —que eran hermanos y respondían a los nombres de Rosendo y Rosalía— que señaladamente eran el blanco y objeto de profunda tirria, de invencible antipatía por parte de Teófilo. Cuando venían, había que darles hospedaje, y eran insoportables la petulante suficiencia de Rosendo —que administrador era de una gran Hacienda de cacao— y el huronear y chillona parlería de la hermana —que era viuda, afortunadamente sin prole.—Más de tres años tendrían de casados Adela y Teófilo, cuando su hogar —como dicen los gacettilleros— vióse alegrado con el nacimiento de un hermoso niño. Adela se empeñó en imitar lo que algunos matrimonios, de los llamados de alto copete, suelen hacer cuando bautizan un hijo, y así hizo cristianar al suyo con nueve o diez nombres, yendo a la cabeza el de *Carlos*, que ella se figuraba el más lindo y distinguido de los nombres. Por lo que hace al padre, supóngase lo contento que andaría, cuando a todo el mundo quería hacer partícipe de su dicha, deteniendo a los amigos en medio de la calle, para noticiarles el advenimiento de la preciosa criatura. Con este acontecimiento, demás está decir que los gastos de la familia aumentaron; por lo que, al transcurrir de los días, Teófilo veíase más y más apurado y zozobroso, teniendo necesariamente que recurrir a la venta de algunos papeles o acciones de banco, más a menudo de lo que hubiera deseado. Y de esta suerte, siempre de mal en peor, pasaron dos, casi tres años más, ha-

biendo muerto en ese lapso la suegra de Teófilo, y llegado éste a situación tan estrecha, tan difícil, tan angustiosa, que pensando andaba ya en volver a las faenas mercantiles; porque, a decir verdad, todo cuanto había poseído, su fortuna toda, tan querida un tiempo, se había ido evaporando hasta restar muy poca cosa. Y todavía, al venir la estación bocherosa del último año de los citados, se le metió en la cabeza a Adela que había que ir al *balneario* de Posorja, a pretexto de que Carlitos requería este cambio de clima, para robustecerse; y Teófilo no protestó, no se opuso, porque ¡ay! se trataba del hijito, a quien, dicho sea de paso, adoraban con extremo los padres, tal cual lo merecía, porque —parecido a la madre— era muy vivo y bonitísimo. Como se ha de colegir, hubo pues, gastos extraordinarios, amén de la confección de trajes adecuados, convenientes, que precisaba llevar, para no parecer un adolecido, un espantajo, provocando críticas y desaires; pero para poder alternar con las elegantes que en la playa abundarían. Todo se puso en ejecución como ella quiso; pues Teófilo, aplanado como se alaba, aterróbase sólo al pensar que sus observaciones y reparos pudieran infernar enseguida el ánimo quisquilloso de Adela; con lo que dicho está que pocos días después estaban instalados en Posorja. —Lo peor fue que el bizarro primo don Rosendo Ronquillo, por estos mismos días, vino a Guayaquil, y al ser enterado de que la familia Riquelme se encontraba en el consabido lugarejo, tuvo la feliz idea de irse allá, como quien está seguro de suscitar gratísima sorpresa; y en cuanto lo pensó lo puso por obra, colándose de rondón y muy campante en casa del estupefacto Teófilo, que desde luego perdió el sueño y el apetito y el humor. Si en Guayaquil era cargante don Rosendo, aquí se ostentó mucho más, haciendo pensar que, acaso, el pueblo con sus juguetonas aurás marinas le infundía más llaneza, más confianza, más libertad; y a su talante promovió paseos, ideó excursiones, en los que raramente tomaba parte el triste Teófilo, que prefería quedarse solo, meditabundo, perplejo, musitando proyectos para el temeroso porvenir. Cerca de un mes se entretuvo en Posorja el pariente Ronquillo. Al cabo, se marchó, alegando que su hermana Rosalía lo esperaba, para que le apadrinara en su segundo casamiento; y Teófilo respiró, un tanto aliviado, cual si arrojara de sus espaldas un fardo pesado, molestísimo. Pero entonces, de súbito, se manifestó Adela aborrida, hastiada del poblacho, afirmó que a Carlitos



Monumento a los Héroes de la Libertad.—Guayaquil

no le probaba bien el clima, y se entercó en que lo mejor, lo que había que hacer, era regresar a la ciudad sin dilación; y efectivamente, así se realizó no muchos días después.—Al arribar a Guayaquil, cuál no sería el asombro de los viajeros, al columbrar en el muelle, destacándose gallardamente, al inconfundible don Rosendo, que, sin duda, esperándolos estaba, para ayudarlos a desembarcar y acompañarlos a casa. Explicó que al día siguiente se iba a la hacienda, que su viaje se había retardado, de modo inesperado, causándole tremendos perjuicios. Por supuesto —de más está decirlo— se quedó en la casa como solía, y se prestó solícitamente a acompañar a Adela en la recepción, distribución y arreglo del copioso equipaje traído de Posorja.—A la mañana siguiente, Teófilo —que sólo por la madrugada había logrado dormirse— se despertó de repente, al escuchar el llanto clamoroso de Carlitos, en la estancia contigua. Llamaba a gritos y repetidamente a la mamá. Teófilo sin la menor extrañeza, notó que Adela ya se había levantado, pues se imaginó que se había dado prisa por tener que acabar el arreglo

de la casa. Aceleradamente se vistió y corrió a ver qué pasaba con el chiquitín. La criada que lo atendía, al ser preguntada, respondió que el niño lloraba porque no encontraba a la *señorita*. Teófilo tomó a su hijo en brazos y procuró que se sosegase, a fuerza de besos y de mimos; mas, Carlitos, siguió obstinado su clamoreo y el padre, entonces, convencido de que no había otro remedio, fue con él a los otros aposentos en busca de la madre. Pero bien pronto Teófilo, pudo cerciorarse de que Adela no se hallaba en la casa. Y que tampoco estaba don Rosendo Ronquillo.

Hizo aquí Enrique una pausa, con señales de cansancio. Yo, que no interrumpí la narración esa noche ni una sola vez, por tener toda mi atención pendiente de las palabras de mi amigo, comprendí que había que poner punto; e invité a Enrique a pasear un rato, charlando amablemente sobre política.

Juan Illingworth

Guayaquil, 1925

(Concluirá)

LIBROS NUEVOS

Arguelles (R),	Miembros artificiales	12,00 Ptas.
Benedito:	Como se enseña el canto y la música.	1,00 ..
Brentano:	El origen del conocimiento moral ...	3,50 ..
Ebray:	La Paz Turbia	6,00 ..
Juarros:	Los senderos de la locura	6,00 ..
Osty:	Una facultad de conocimiento supra- normal	5,00 ..
Recaséns (L),	Diagnóstico bibliógico de la gestación	5,00 ..
Sensat:	Como se enseña la economía domés- tica	1,00 ..
Stoddard:	La rebeldía contra la civilización ...	7,00 ..
Valera:	Las ilusiones del Dr. Faustino, dos tomos.	10,00 ..
Wells:	La dama del mar.	5,00 ..

O. Spengler

La Decadencia de Occidente

Tomo IV y último de esta obra la más sensacional escrita en este siglo, 9 ptas. en rústica.

Comandantes: Gallarza y Loriga

El Vuelo Madrid-Manila

5 ptas;

A. Danvila:

La Princesa de los Ursinos

Nueva novela de la serie Las Luchas Fratricidas de España.—5 ptas.

Pida el Catálogo ilustrado por Bagaría en su librero o a

ESPASA-CALPE
Ríos Rosas 24.—Madrid.—España

REVISTAS

que deben solicitar las personas que se interesan por la cultura Hispánica

<p>NUESTRA AMÉRICA</p> <p>REVISTA MENSUAL de difusión cultural Americana.</p> <p>Director: <i>Enrique Stefaniini</i></p> <p>DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: San Eduardo, 2521 Buenos Aires</p>	<p>Repertorio Americano</p> <p>Semanario de cultura Hispánica, de Filosofía y Letras, Artes, Cien- cias y Educación, Mis- celáneas y Documentos.</p> <p>Publicado por <i>J. García Monge</i></p> <p>Apartado Letra X San José, Costa Rica C.A.</p>	<p>Revista de las Españas</p> <p>Órgano mensual de la <i>Unión Ibero-Americana</i></p> <p>Suscripción: América y España, un año 25 pts. Número suelto y id.</p> <p>Calle de Recoletos, Nº 10—Madrid</p>
<p>Revista Hispano-americana</p> <p>de Ciencias, Letras y Artes.</p> <p>Director: <i>Juan B. Acebedo</i></p> <p>La correspondencia debe dirigirse a José M^º de Gamoneda</p> <p>Calle de San Agustín, Nº 7 Madrid, España</p>	<p>REVISTA ARIEL</p> <p>Quincenario de Letras, Artes, Ciencias y Misceláneas.</p> <p>Director: <i>Froylán Turcios</i></p> <p>Tegucigalpa, Honduras</p>	<p>ORTO</p> <p>Revista Quincenal Ilustrada de Literatura y Arte</p> <p>Directores: <i>Juan F. Saviol</i> <i>Ángel Cañate Vico</i></p> <p>Apartado Nº 154 Manzanillo, Cuba</p>
<p>PATRIA GRANDE</p> <p>Órgano de la Federa- ción Universitaria Hispanoamericana</p> <p>Revista Mensual</p> <p>Magdalena 12 Madrid, España</p>	<p>Santafé y Bogotá</p> <p>Revista Mensual</p> <p>Directores: <i>Victor E. Caro</i> <i>y Eduardo Guzmán</i> <i>Esponda</i></p> <p>Apartado Nº 541 Bogotá, Colombia</p>	<p>PERFILES</p> <p>Quincenario Ilustrado de Literatura, Artes, Ciencias y Actualidades</p> <p>Director: <i>Antonio Reyes</i></p> <p>Apartado Nº 434 Caracas, Venezuela</p>

Cuatro Revistas Valiosas

EL FIGARO

REVISTA UNIVERSAL ILUSTRADA

Director y Subdirector:

Dr. Ramón A. Catala y René Lufriu

Administrador:

Francisco Bustillo

San Ignacio 52.—Apartado Núm. 369

Habana-Cuba

CULTURA VENEZOLANA

REVISTA MENSUAL

Director:

José A. Tagliaferro

Administrador:

Ernesto Spinetti

Verves a Jesuítas 14.—Apartado Núm. 293

Caracas-Venezuela

SAGITARIO

REVISTA DE HUMANIDADES

Dirigida por

Carlos A. Amaya

Julio V. González

y *Carlos Sánchez Viamente*

Secretario:

Pedro A. Verde Tello

Avenida 53.—Núm. 538

La Plata-Argentina

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS, ARTE, HISTORIA,
FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Directores:

Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti

Secretario:

Emilio Suárez Calimam

Libertad 747.—U. T. (41) 3.354, Plaza

Buenos Aires-Argentina

Los Eructos Agrios

Sabe Ud.
qué son?

Una prueba inequívoca de que usted tiene "hipercloridia," esto es, que su estómago produce más ácido clorhídrico del necesario para la digestión.

Sabe cómo se evitan?

Tomando después de las comidas una cucharadita de

**LECHE DE
MAGNESIA DE
PHILLIPS**

la cual tiene tres veces más poder neutralizante sobre los ácidos del estómago que el bicarbonato de soda y no produce consecuencias desagradables de ninguna clase.

La Leche de Magnesia de Phillips es también el laxante clásico para niños y personas delicadas.

¡MADRES!—La Leche de Magnesia de Phillips es cincuenta veces más efectiva que el Agua de Cal para impedir que el alimento se "agrie y cuaje" en el estómago causando al niño cólicos, vómitos y estreñimiento.

FABRICAS DE TEJIDOS DE JACINTO JIJON Y CAAMAÑO

ARTICULOS DE ALGODON:

Casinetes — Camisetas — Calzoncillos — Calcetines —
Cotín — Chamelote — Driles — Franelas — Hilos — Lien-
zos — Lonas — Limpiones — Manteles — Medias — Pa-
ñolones — Satines — Servilletas — Sobrecamas — Tela
afelpada — Tela de guardas para pisos y macanas — Tela
para sábanas, manteles y cortinas — Toallas y otros
artículos más.

TEJIDOS DE LANA:

Bayetas — Casimires gran surtido — Cobijas — Fra-
nelas — Gualdrapas — Jerga — Ponchos con y sin fleco.
— Pañolones enteros y de media hoja — Mantas de viaje,
etc. etc.

BOTONES DE TAGUA:

PRECIOS sin competencia — Calidad Superior. —
Tinturas firmes.

DEPOSITO:

ALMACÉN, CARRERA SUCRE Nº 9.

AGENCIAS:

EN Latacunga, Ambato, Riobamba, Alausí, Cuenca,
Guayaquil y Manta.